

**L. Trotsky**

**España:**

**3**

**ULTIMA  
ADVERTENCIA**

**Biblioteca Socialista  
1992**

**León Trotsky**

**ESPAÑA:  
ULTIMA  
ADVERTENCIA**

## Índice general

### **LAS TAREAS DE LOS COMUNISTAS EN ESPAÑA**

<i>La burguesía y la dictadura</i>	7
<i>Las consignas democráticas</i>	9
<i>La cuestión nacional</i>	10
<i>El papel de la oposición de izquierda</i>	10

### **LA REVOLUCION ESPAÑOLA Y LA TÁCTICA DE LOS COMUNISTAS**

<i>I. La vieja España</i>	12
<i>II. El ejército español y la política</i>	14
<i>III. El proletariado español y la nueva revolución</i>	16
<i>IV. El programa de la revolución</i>	19
<i>V. Comunismo, anarcosindicalismo, socialdemocracia</i>	23
<i>VI. Junta revolucionaria y partido</i>	26

### **LOS DEBERES DEL COMUNISTA ESPAÑOL** 29

### **LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA Y SUS PELIGROS. Los dirigentes de la Internacional Comunista ante los acontecimientos de España.**

<i>¿Cómo actuar ante las Cortes?</i>	33
--------------------------------------	----

<i>El cretinismo parlamentario de los reformistas y el cretinismo antiparlamentario de los anarquistas</i>	35
<i>¿Cuál será el carácter de la revolución en España?</i>	37
<i>El problema de la revolución permanente</i>	39
<i>¿Qué es la "transformación" de la revolución?</i>	39
<i>Dos variantes: el. oportunismo y el aventurismo</i>	40
<i>Las perspectivas de las "jornadas de julio"</i>	41
<i>La lucha por las masas y las Juntas obreras</i>	43
<i>La cuestión de los ritmos de la revolución española</i>	44
<i>¡Por la unidad de las filas comunistas!</i>	47
<b>PRIMERAS LECCIONES DE ESPAÑA</b>	
<i>El cuerpo de oficiales</i>	49
<i>El papel del frente popular</i>	50
<i>Defensa de la república o revolución obrera</i>	51
<b>LOS ULTRAIZQUIERDISTAS EN GENERAL Y LOS INCURABLES EN PARTICULAR, ALGUNAS CONSIDERACIONES TEÓRICAS</b>	53
<b>LECCIÓN DE ESPAÑA: ÚLTIMA ADVERTENCIA</b>	
<i>Menchevismo y bolchevismo en España</i>	58

<i>La teoría del frente popular</i>	59
<i>La alianza con la sombra de la burguesía</i>	60
<i>Los stalinianos en el frente popular</i>	61
<i>Las ventajas contrarrevolucionarias del stalinismo</i>	62
<i>Stalin confirma, a su modo, la teoría de la revolución permanente</i>	63
<i>El papel de los anarquistas</i>	64
<i>El papel del POUM</i>	66
<i>El problema del armamento</i>	67
<i>Las condiciones de la victoria</i>	68
<i>Stalin ha garantizado las condiciones de la derrota</i>	69
<i>La guerra civil en la retaguardia</i>	71
<i>El desenlace</i>	71

**CLASE, PARTIDO Y DIRECCIÓN: ¿POR QUÉ HA SIDO VENCIDO EL PROLETARIADO ESPAÑOL? (CUESTIONES DE TEORÍA MARXISTA)**

<i>"Que faire" explica</i>	74
<i>La sofística de los traidores</i>	75
<i>La manera dialéctica de abordar el problema</i>	76
<i>Cómo se produjo la maduración de los obreros rusos</i>	77

<i>Relatividad en la "madurez"</i>	78
<i>El papel auxiliar de los campesinos</i>	79
<i>El papel de las personalidades</i>	79
<i>El stalinismo en España</i>	80
<i>La traición del POUM</i>	81
<i>Responsabilidad de la dirección</i>	81
<i>Represión de la revolución española</i>	82

## Las tareas de los comunistas en España Carta a la redacción de "Contra la corriente"

Saludo calurosamente la aparición del primer número de vuestro diario. <sup>1</sup> La oposición comunista de España entra en la arena en un momento tan propicio como decisivo.

La crisis que atraviesa España se desarrolla, actualmente, con una notable regularidad que deja a la vanguardia proletaria cierto tiempo para prepararse. Pero es poco probable que ese tiempo sea muy largo.

La dictadura de Primo de Rivera ha caído sola, sin revolución. En otros términos, esta primera etapa es el resultado de las dolencias de la vieja sociedad y no de las fuerzas revolucionarias de una sociedad nueva. Y esto no es casual. El régimen de la dictadura, que ya no se justificaba, a ojos de las clases burguesas, por la necesidad de aplastar de inmediato a las masas revolucionarias, representaba, al mismo tiempo, un obstáculo para las necesidades de la burguesía en los terrenos económico, financiero, político y cultural. Pero la burguesía ha eludido la lucha hasta el final: ha permitido que la dictadura se pudriera y cayera como una fruta madura.

### *La burguesía y la dictadura*

A continuación, las distintas clase, personificadas en sus agrupamientos políticos, se han visto obligadas, a pesar de todo, a asumir una posición clara ante las masas populares. Y entonces observamos un fenómeno paradójico: los mismos partidos burgueses que, debido a su conservadurismo, había renunciado a toda lucha mínimamente seria contra la dictadura militar, hacen hoy recaer en la monarquía la responsabilidad de esa dictadura y se declaran republicanos. Habría que suponer que la dictadura estuvo constantemente colgada de un hilo en el balcón del palacio real, que no se apoyaba en el sostén, mitad activo, mitad pasivo, de las capas más sólidas de la burguesía, las cuales paralizaban con todas sus fuerzas la actividad de la pequeña burguesía y oprimían a los trabajadores de la ciudad y el campo...

¿Qué es, sin embargo, lo que vemos? Mientras que no sólo los trabajadores, los campesinos, el pueblo llano de las ciudades, sino también los jóvenes intelectuales y casi la totalidad de la gran burguesía, son republicanos y declaran serlo, la monarquía sigue existiendo y actuando. Si Primo sólo se sostenía gracias al apoyo de la monarquía, ¿cuál es el sostén de la monarquía misma en un país tan "republicano"? A primera vista esto parece un enigma irresoluble. Pero la solución no es tan complicada: la misma burguesía que fingía "estar sometida" a Primo de Rivera era la que de hecho lo sostenía, del mismo modo que ahora sostiene a la

---

1. Éste es el texto de la carta de saludo enviada por Trotsky a la redacción del periódico "Contra la corriente", primer periódico de la Oposición Comunista española, editado en Lieja (Bélgica) y dirigido por Henri Lacroix, del que sólo se publicaron tres números. (N. del E.)

monarquía con los únicos medios que le quedan, o sea, declarándose republicana y adaptándose, de este modo, a la psicología de la pequeña burguesía, para mejor engañarla y paralizarla.

Esta escena, para quien la observa desde fuera, y pese a su carácter profundamente dramático, no está desprovisto de una cierta comicidad. La monarquía está instalada a hombros de la burguesía republicana, que no tiene ninguna prisa en desembarazarse de su carga. Escurriéndose, con su preciosa carga, entre las masas populares en efervescencia, va gritando, con voz de chalatán de feria, respondiendo a las protestas, reclamaciones e imprecaciones: "¡Mirad esta criatura sobre mis espaldas! ¡Es mi peor enemigo! ¡Voy a enumerar sus crímenes, miradla bien!", etc. Y cuando la muchedumbre, divertida a la vista del dúo, se echa a reír, la burguesía aprovecha la ocasión para llevar su carga un poco más lejos. Si esto representa una lucha contra la monarquía, ¡mejor no pensar cómo sería una lucha a favor de la monarquía!

Las manifestaciones de los estudiantes no son más que una tentativa de la joven generación de la burguesía, sobre todo de la pequeña burguesía, por encontrar una solución a la situación de equilibrio inestable en la que se ha encontrado el país después de haberse, según dice, liberado de la dictadura de Primo de Rivera, cuya herencia, en sus elementos esenciales, ha sido conservada. Cuando la burguesía se niega, consciente y obstinadamente, a resolver los problemas que se derivan de la crisis de la sociedad burguesa, y cuando el proletariado no está aún preparado para asumir esta tarea, son, a menudo, los estudiantes los que ocupan el centro del escenario. Pudimos observar muchas veces este fenómeno durante la primera revolución rusa. Para nosotros, siempre ha tenido un gran significado: esta actividad revolucionaria o semirrevolucionaria implica que la sociedad burguesa atraviesa una profunda crisis. La juventud pequeñoburguesa, sintiendo que en el seno de las masas se acumula una fuerza explosiva, intenta, a su manera, encontrar una salida a este callejón haciendo que la situación política progrese.

La burguesía contempla el movimiento de los estudiantes medio desconfiando, medio aprobando: que la juventud propine algunos empujones a la burocracia monárquica no viene mal del todo, siempre y cuando los "muchachos" no vayan demasiado lejos arrastren, con su impulso, a las masas trabajadoras.

Los obreros españoles, al respaldar el movimiento estudiantil, han mostrado pues un seguro instinto revolucionario. Pero, naturalmente, tienen que actuar bajo su propia bandera y bajo la dirección de su propia organización proletaria. Es el comunismo español el que debe lograrlo, y necesita, para ello, una línea política justa. La aparición de vuestro diario, como decía antes, coincide, pues, con un momento extraordinariamente importante y crítico de la crisis, precisamente con el momento en que está transformándose. en revolución.

El movimiento huelguístico de los obreros, la lucha contra la "racionalización" y contra el paro, adquieren una resonancia muy distinta, incomparablemente más profunda, en el seno de un descontento general de las masas pequeño burguesas y de una crisis aguda de todo el sistema. Esta lucha obrera debe seguir estando



estrechamente ligada a todas las cuestiones que proceden de la crisis nacional. Esta participación de los obreros en las manifestaciones de los estudiantes es el primer paso, aun cuando sea todavía insuficiente e inseguro, en el camino de la lucha de la vanguardia proletaria por la hegemonía revolucionaria.

### *Las consignas democráticas*

Este camino supone, por parte de los comunistas, una lucha resuelta, audaz y enérgica a favor de las consignas democráticas. No comprender esto significaría cometer el mayor de los errores sectarios. En la actual etapa de la revolución, en el terreno de las consignas políticas, el proletariado se distingue de todos los demás agrupamientos "de izquierda" de la pequeña burguesía, no por combatir la democracia, como hacen los anarquistas y los sindicalistas, sino porque lucha resuelta y abiertamente a favor de esta consigna, sin dejar por ello de denunciar incansablemente las vacilaciones de la pequeña burguesía.

El proletariado, al proclamar las consignas democráticas, no quiere decir con ello que España deba pasar por una revolución burguesa. Tan sólo unos tiesos pedantes, alimentados con fórmulas hechas, podrían plantear la cuestión en esos términos. España ha superado ya el estadio de la revolución burguesa.

Si la crisis revolucionaria se transforma en revolución, debordará inevitablemente las fronteras burguesas, y, en caso de victoria, entregará el poder al proletariado; pero el proletariado no puede dirigir la revolución en el estadio actual, es decir, no puede agrupar en torno suyo a las más amplias masas de trabajadores y de oprimidos, convirtiéndose en su guía, más que bajo la condición de que desarrolle, al mismo tiempo que sus reivindicaciones de clase, y en conexión con ellas, todas las reivindicaciones democráticas, íntegramente y hasta el final.

Esto tendrá, en primer lugar, una importancia decisiva en lo que se refiere al campesinado. Éste no podría conceder su confianza, por anticipado, al proletariado bajo la garantía de la consigna de la dictadura del proletariado. En un determinado estadio, el campesinado, clase numerosa y oprimida, ve, necesariamente, en la consigna de democracia la posibilidad de que los oprimidos consigan la preponderancia sobre los opresores. El campesinado vinculará la consigna de democracia con el reparto radical de la tierra. El proletariado asume abiertamente el apoyo a estas dos reivindicaciones. En el momento oportuno, los comunistas explicarán a la vanguardia proletaria por qué vía pueden llevarse a cabo, sembrando de este modo el grano del sistema soviético futuro.

El proletariado, incluso en las cuestiones nacionales, defiende hasta el final la consigna de democracia, y declara que está dispuesto a apoyar, por la vía revolucionaria, el derecho de los distintos agrupamientos nacionales a la libre disposición de sí mismos, sin descartar la autonomía.

## *La cuestión nacional*

¿Hace suya la vanguardia proletaria la consigna de separación de Cataluña? Si es la expresión de la mayoría de la población, sí. Pero, ¿cómo puede expresarse esta voluntad? Por medio de un plebiscito libre, o de una asamblea de representantes de Cataluña, o por voz de los principales partidos a los que siguen las masas, o, finalmente, por un levantamiento nacional de Cataluña. Esto nos demuestra nuevamente, señálemoslo de paso, que sería un gran error reaccionario, por parte del proletariado, renunciar a las consignas democráticas. Hasta el momento en que la voluntad de la minoría nacional se haya expresado, el proletariado no hará suya la consigna de separación, pero garantiza por anticipado, abiertamente, su apoyo íntegro y sincero a esta consigna en la medida en que exprese la voluntad manifiesta de Cataluña.

Evidentemente, los obreros catalanes tendrán algo que decir en esta cuestión. Si llegaran a la conclusión de que sería inoportuno dispersar sus fuerzas, en las condiciones de la crisis actual, que abre al proletariado español las más amplias y prometedoras vías, los obreros catalanes deberían realizar una propaganda a favor del mantenimiento de Cataluña, sobre unas bases que habría que determinar, en el seno de España; en lo que a mi respecta, pienso que el sentido político sugiere esta solución. Sería provisionalmente aceptable, incluso para los más acérrimos separatistas, por cuanto queda claro que en caso de victoria de la revolución sería infinitamente más fácil que hoy lograr la autodeterminación de Cataluña, del mismo modo, por lo demás, que la de las demás regiones.

Mientras apoya todo movimiento realmente democrático y revolucionario de las masas populares, la vanguardia comunista lleva una lucha sin compromiso contra la burguesía que se llama a sí misma republicana, descubriendo su perfidia, su doble juego y su carácter reaccionario y oponiéndose a sus intentos de someter a su influencia a las clases trabajadoras.

Sean cuales sean las condiciones exteriores, los comunistas jamás renuncian a su libertad de movimientos. Durante una revolución, no lo olvidemos, no faltan tentaciones en este sentido: la trágica historia de la revolución china es una prueba abrumadora de ello. Sin embargo, aun salvaguardando la plena independencia de su organización y de su propaganda, los comunistas aplican sin reservas la política de frente único, a la que la revolución abre un ancho campo.

## *El papel de la oposición de izquierda*

La oposición de izquierda propondrá la política de frente único con el partido comunista oficial. No se debe permitir que los burócratas creen la impresión de que la oposición de izquierda ve con malos ojos a los obreros que siguen al partido comunista oficial. La oposición, por el contrario, está dispuesta a tomar parte en toda acción revolucionaria del proletariado y a luchar a su lado. Si los burócratas se niegan a actuar junto con la oposición, la responsabilidad, a ojos de la clase obrera,

ha de recaer en ellos.

El desarrollo de la crisis española implica el despertar revolucionario de millones de hombres entre las masas trabajadoras. Nada autoriza a pensar que se enrolarán de golpe bajo la bandera del comunismo. Es muy probable, por el contrario, que inicialmente refuercen al partido del radicalismo pequeñoburgués, es decir, al partido socialista, sobre todo a su ala izquierda, en el sentido, por ejemplo, de los independientes alemanes durante la revolución de 1918-1919.

Será en esta tendencia que la radicalización efectiva y profunda de las masas encontrará su expresión, y no en un crecimiento del "socialfascismo". El fascismo sólo podría lograr otro triunfo y esta vez de una forma más "social" que "militar", es decir, por ejemplo, al modo de Mussolini tras la derrota de la revolución y tras la decepción de las masas engañadas que habían creído en ella. Sin embargo, tomando en cuenta el desarrollo regular de los actuales acontecimientos, sólo podría producirse una derrota como consecuencia de unos errores excepcionales de la dirección comunista.

Es preciso desacreditar políticamente a la socialdemocracia a ojos de las masas, pero esto no se logrará con insultos. Las masas no tienen fe más que en su propia experiencia colectiva. Hay que darles la posibilidad, durante el período preparatorio de la revolución, de comparar, en los hechos, la política del comunismo con la de la socialdemocracia.

Me doy perfecta cuenta de hasta qué punto todas estas consideraciones son poco concretas. Es muy probable e incluso verosímil, que haya omitido una serie de elementos extremadamente importantes. Vosotros mismos lo veréis. Armados con la teoría de Marx y con el método revolucionario de Lenin, vosotros mismos encontraréis vuestro camino. Sabréis recoger el pensamiento y el sentimiento de la clase obrera y darles una expresión política clara. El objeto de estas líneas es tan sólo recordar, en sus rasgos generales, los principios de estrategia revolucionaria que son verificados por la experiencia de tres revoluciones rusas.

25 de mayo de 1930.

# La revolución española y la táctica de los comunistas

## *I. La vieja España*

La cadena del capitalismo se ve de nuevo amenazada con romperse en el eslabón más débil: ha llegado el turno a España. El movimiento revolucionario se desarrolla en este país con una fuerza tal que priva de antemano a la reacción de todo el mundo de la posibilidad de creer en el rápido restablecimiento del orden en la península ibérica.

Indiscutiblemente, España pertenece al grupo de los países más atrasados de Europa. Pero su atraso tiene un carácter peculiar, determinado por el gran pasado histórico del país. Mientras que la Rusia de los zares siempre quedaba muy atrás con respecto a sus vecinos de Occidente y avanzaba lentamente bajo su presión, España conoció periodos de gran florecimiento, de superioridad sobre el resto de Europa y de dominio sobre la América del Sur. El poderoso desarrollo del comercio interior y mundial iba venciendo el aislamiento feudal de las provincias y el particularismo de las regiones nacionales del país. El aumento de la fuerza y de la importancia de la monarquía española se hallaba indisolublemente ligado en aquellos siglos con el papel centralizador del capital comercial y la formación gradual de la *nación española*.

El descubrimiento de América, que en un principio fortaleció y enriqueció a España, se volvió contra ella. Las grandes vías comerciales se desviaron de la península ibérica. La Holanda enriquecida se desgajó de España. Después de Holanda fue Inglaterra la que se elevó por encima de Europa a una gran altura y por largo tiempo. Y a partir de la segunda mitad del siglo XVI la decadencia de España es evidente. Después de la destrucción de la Armada Invencible (1588) esta decadencia toma, por decirlo así, un carácter oficial. Es el advenimiento de este estado de la España feudal-burguesa que Marx calificó de "putrefacción lenta e ingloriosa".

Las viejas y las nuevas clases dominantes -la nobleza latifundista, el clero católico con su monarquía, las clases burguesas con sus intelectuales- intentan tenazmente conservar sus viejas pretensiones, pero sin los antiguos recursos. En 1820 se separaron definitivamente las colonias sudamericanas. Con la pérdida de Cuba en 1898, España quedó casi completamente privada de dominios coloniales. Las aventuras en Marruecos no han hecho más que arruinar al país y alimentar el descontento ya existente profundo del pueblo.

El retraso del desarrollo económico de España ha debilitado inevitablemente las tendencias centralistas inherentes al capitalismo. La decadencia de la vida comercial e industrial de las ciudades y de las relaciones económicas entre las mismas determinó inevitablemente la atenuación de la dependencia recíproca de las provincias. Tal es la

causa que no ha permitido hasta ahora a la España burguesa vencer las tendencias centrífugas de sus provincias históricas. La pobreza de recursos de la economía nacional y el sentimiento de malestar en todas las partes del país no podían hacer otra cosa que alimentar las tendencias separatistas. El particularismo se manifiesta en España con una fuerza particular, sobre todo en comparación con la vecina Francia, donde la Gran Revolución afirmó definitivamente la nación burguesa, una e indivisible, sobre las viejas provincias feudales.

El estancamiento económico, al mismo tiempo que no permitía que se formara la nueva sociedad burguesa, descomponía asimismo las viejas clases dominantes. Los altivos nobles cubrían a menudo su orgullo con capas raídas. La Iglesia despojaba a los campesinos, pero de tiempo en tiempo se veía obligada a sufrir el pillaje por parte de la monarquía. Esta última, según la observación de Marx, tenía más rasgos comunes con el despotismo asiático que con el absolutismo europeo. ¿Cómo interpretar este pensamiento? La comparación, establecida más de una vez, del zarismo con el despotismo asiático, parece mucho más natural, tanto desde el punto de vista geográfico, como del histórico. Pero por lo que respecta a España esta comparación conserva también toda su fuerza. La diferencia consiste únicamente en que el zarismo surgió sobre la base del *desarrollo extraordinariamente lento*, tanto de la nobleza como de los centros urbanos primitivos. La monarquía española se formó en las condiciones creadas por la *decadencia* del país y la *putrefacción* de las clases dominantes. Si el absolutismo europeo pudo desarrollarse gracias a la lucha de las ciudades consolidadas contra las viejas castas privilegiadas, la monarquía española, lo mismo que el zarismo ruso, hallaba su fuerza relativa en la impotencia de las viejas castas y de las ciudades. En esto consiste su analogía indudable con el despotismo asiático.

La preponderancia de las tendencias centrífugas sobre las centrípetas, tanto en la economía como en la política, ha privado de base al parlamentarismo español. La presión del gobierno sobre los electores ha tenido un carácter decisivo: durante todo el siglo pasado, las elecciones daban invariablemente la mayoría al gobierno. Como las Cortes dependían del ministerio de turno, el ministerio mismo caía de un modo natural bajo la dependencia de la monarquía. Madrid hacía las elecciones y el poder caía en manos del rey. La monarquía era doblemente indispensable a las clases dominantes desunidas y descentralizadas, incapaces de dirigir el país en su propio nombre. Y esa monarquía, que reflejaba la debilidad de todo el Estado, era -entre dos sublevaciones- suficientemente fuerte para imponer su voluntad al país. En suma, el sistema estatal de España puede ser calificado de *absolutismo degenerativo limitado por pronunciamientos periódicos*.

Al lado de la monarquía y en alianza con ella, el clero representaba otra fuerza centralizada. El catolicismo sigue siendo hasta nuestros días la religión del Estado, el clero desempeña un gran papel en la vida del país y es el eje más firme de la reacción. El Estado gasta anualmente muchos millones de pesetas para la Iglesia. Las ordenes religiosas, extraordinariamente numerosas, poseen bienes inmensos y una influencia todavía mayor. El número de frailes y monjas es de 70.000, número igual al de los alumnos de las escuelas secundarias, y superior en dos veces y media

al de los estudiantes. En estas condiciones, no tiene nada de sorprendente que el 45% de la población no sepa leer ni escribir. La masa principal de los analfabetos está concentrada, ni que decir tiene, en el campo.

Si los campesinos de la época de Carlos V (Carlos I) obtuvieron escaso provecho del poderío del imperio español, ulteriormente fueron ellos los que soportaron las consecuencias más graves de la decadencia de dicho imperio. Durante siglos arrastraron una existencia miserable, que en muchas provincias fue una existencia de hambre. Los campesinos, que forman el 70% de la población, soportan sobre sus espaldas el peso principal del edificio del Estado. Falta de tierras, insuficiencia de agua, arriendos elevados, utillaje agrícola primitivo, métodos de cultivo rudimentarios, impuestos crecidos, precios elevados de los artículos industriales, exceso de población agraria, gran número de vagabundos, de mendigos, de frailes; he aquí el cuadro que ofrece el campo español.

La situación de los campesinos ha empujado a los mismos, desde hace mucho tiempo, a participar en numerosos levantamientos. Pero esas explosiones sangrientas han tenido un carácter no nacional, sino local, y los matices más variados; en la mayor parte de los casos, un matiz reaccionario. De la misma manera que las revoluciones españolas han sido pequeñas revoluciones, los levantamientos campesinos han tomado forma de pequeñas guerras. España es el país clásico de las guerrillas.

## *II. El ejército español y la política*

Después de la guerra contra Napoleón, surgió en España una nueva fuerza: la oficialidad metida en política, la joven generación de las clases dominantes, heredera de la ruina del que fue en otro tiempo gran imperio y *déclassée* en un grado considerable.

En el país del particularismo y del separatismo, el ejército ha adquirido, por la fuerza de las cosas, una importancia enorme como fuerza de centralización y se ha convertido, no sólo en el punto de apoyo de la monarquía, sino también en el conductor del descontento de todas las fracciones de las clases dominantes y, ante todo, de su propia clase: lo mismo que la burocracia, la oficialidad se recluta entre los elementos, extremadamente numerosos en España, que exigen ante todo del Estado medios de existencia. Pero como los apetitos de los diferentes grupos de la sociedad "ilustrada" sobrepasan en mucho la totalidad de los cargos gubernamentales, parlamentarios y otros, el descontento de los eliminados alimenta al partido republicano, el cual, por otra parte, es tan inestable como todos los demás grupos de España. Pero como bajo esta inestabilidad se oculta a menudo una indignación auténtica y aguda, se forman de vez en cuando en el movimiento republicano grupos revolucionarios decididos y valerosos para los cuales la república es una divisa mística de salvación.

El ejército español está formado por cerca de 170.000 hombres, de los cuales más de 13.000 son oficiales; a esto hay que añadir unos 15.000 marinos de guerra. Los oficiales, que son los instrumentos de las clases dominantes del país, arrastran a sus conspiraciones a la masa del ejército. Ya en el pasado, los suboficiales intervinieron en la política sin los oficiales y contra ellos. En 1836 los suboficiales de la guarnición

de Madrid se insurreccionaron y obligaron a la reina a proclamar la constitución. En 1866 los sargentos de artillería, descontentos de las reglas aristocráticas en el ejército, promovieron también una rebelión. Sin embargo, en el pasado, el papel directivo quedó siempre en manos de los oficiales. Los soldados marchaban tras sus jefes descontentos, aunque el descontento de aquéllos, políticamente impotente, se alimentaba en otras fuentes sociales más profundas.

Las contradicciones en el ejército corresponden ordinariamente a las distintas armas. Cuanto más calificada es el arma, esto es, cuanto más inteligencia exige por parte de los soldados y oficiales, más aptos son éstos para asimilarse las ideas revolucionarias. Mientras que la caballería se inclina habitualmente por la monarquía, los artilleros suministran un tanto por ciento considerable de republicanos. No tiene nada de sorprendente que la aviación, esta nueva arma, se haya puesto al lado de la revolución y aportando a la misma los elementos de aventurismo individualista propios de esta profesión. La última palabra debe decirla la infantería.

La historia de España es la historia de convulsiones revolucionarias ininterrumpidas. Los pronunciamientos y las revoluciones de palacio se han sucedido unos tras otros. En el transcurso del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX se produce un cambio continuo de regímenes políticos y en el interior de cada uno de ellos un cambio caleidoscópico de ministerios. La monarquía española, no hallando un apoyo suficientemente sólido en ninguna de las clases poseyentes - aunque todas tenían necesidad de ella- ha caído más de una vez bajo la dependencia del propio ejército. Pero la disgregación provincial de España imprimía su sello al carácter de los complots militares. La rivalidad mezquina de las juntas no era más que la expresión exterior de que las revoluciones españolas carecían de una clase dirigente. Precisamente por esto la monarquía salía invariablemente triunfante de cada nueva revolución. Sin embargo, poco después de la victoria del orden, la crisis crónica se manifestaba nuevamente en una explosión aguda de indignación. Ninguno de esos regímenes que se derribaban mutuamente removía el terreno profundamente. Cada uno de ellos se gastaba rápidamente en la lucha con las dificultades, engendradas por la pobreza de la renta nacional, insuficiente para satisfacer los apetitos y las pretensiones de las clases dominantes. Hemos visto particularmente el modo ignominioso como terminó sus días la última dictadura militar. El terrible Primo de Rivera cayó incluso sin un nuevo pronunciamiento: sencillamente se deshinchó, como un neumático que tropieza con un clavo.

Todos los golpes de Estado anteriores fueron movimientos de una minoría contra otra: las clases dirigentes y semidirigentes se arrebataban impacientemente de las manos el pastel del Estado.

Si se entiende por revolución permanente la sucesión de levantamientos sociales que transmiten el poder a las manos de la clase más decidida, la cual se sirve luego de dicho poder para la supresión de todas las clases y, por consiguiente, de la posibilidad misma de nuevas revoluciones, hay que constatar que a pesar del carácter "ininterrumpido" de los levantamientos españoles, no hay en ellos nada parecido a la revolución permanente; se trata más bien de convulsiones crónicas

en las cuales halla su expresión la enfermedad inveterada de una nación que se ha quedado atrás.

Ciertamente, el ala izquierda de la burguesía, sobre todo la representada por la juventud intelectual, se ha asignado como fin hace ya tiempo la transformación de España en república. Los estudiantes españoles, que, por los mismos motivos que los oficiales, han sido reclutados principalmente entre la juventud descontenta, están acostumbrados a desempeñar en el país un papel completamente desproporcionado a su importancia numérica. La dominación de la reacción católica ha encendido la oposición de las universidades, dando a la misma un carácter anticlerical. Sin embargo, no son los estudiantes los que crean un régimen.

En sus sectores dirigentes, los republicanos españoles se distinguen por un programa social extremadamente conservador: su ideal lo ven en la Francia reaccionaria de hoy, creyendo que con la república vendrá la riqueza, y no están dispuestos, ni son capaces de ello, a seguir el camino de los jacobinos franceses: su miedo ante las masas es más fuerte que su odio a la monarquía.

Si las grietas y los poros de la sociedad burguesa se llenan en España con los elementos *déclassés* de las clases dominantes, con los innumerables buscadores de empleos y de provechos, abajo, en las grietas de los cimientos, el mismo sitio es ocupado por numerosos "lumpenproletarios", por los elementos *déclassés* de las clases trabajadoras. Los *lazaroni* con corbata, lo mismo que los *lazaroni* en andrajos, forman las arenas movedizas de la sociedad y son tanto más peligrosos para la revolución cuanto menos esta última encuentra un verdadero punto de apoyo motor y una dirección política.

Los seis años de dictadura de Primo de Rivera ahogaron y comprimieron todas las formas de descontento e indignación. Pero la dictadura llevaba en sí el vicio incurable de la monarquía española: fuerte frente a cada una de las clases por separado, era impotente con respecto a las necesidades históricas del país. Esta fue la causa de que la dictadura se quebrara contra los escollos submarinos de las dificultades financieras y de otro género antes de que fuera alcanzada por la primera oleada revolucionaria. La caída de Primo de Rivera despertó todos los descontentos y todas las esperanzas. Fue así como el general Berenguer se convirtió en el portero de la revolución.

### *III. El proletariado español y la nueva revolución*

En esta nueva revolución observamos, a la primera ojeada, los mismos elementos que en la serie de revoluciones precedentes: una monarquía pérfida; las fracciones escindidas de los conservadores y de los liberales que odian al rey y se arrastran ante él; republicanos de derecha siempre dispuestos a traicionar, y republicanos de izquierda siempre dispuestos a la aventura; oficiales conspiradores, de los cuales unos quieren la república y otros, ascensos; estudiantes descontentos a los cuales sus padres observan con inquietud y, en fin, los obreros huelguistas, dispersos en



distintas organizaciones, y campesinos que tienden la mano hacia las horquillas y aun el fusil.

Sería, sin embargo, un grave error creer que la crisis actual se desarrollará de un modo parecido a todas las precedentes. Las últimas décadas, y sobre todo los años de la guerra mundial, han aportado modificaciones considerables a la economía del país y a la estructura social de la nación. Naturalmente, España sigue marchando a la cola de Europa. No obstante, en el país se ha ido desarrollando una industria nacional, extractiva de una parte, y ligera de otra. Durante la guerra se desarrolló considerablemente la producción hullera, la textil, la construcción de centrales hidroeléctricas, etc. Han surgido en el país centros y regiones industriales. Esto crea una nueva correlación de fuerzas y abre nuevas perspectivas.

Los éxitos de la industrialización no han atenuado en lo más mínimo las contradicciones internas. Al contrario, el hecho de que la industria de España, a consecuencia de la neutralidad de este país, progresara bajo la lluvia de oro de la guerra, se convirtió, al terminar esta última, cuando desapareció la demanda acentuada del extranjero, en fuente de nuevas dificultades. No solamente han desaparecido los mercados exteriores la parte de España en el comercio mundial es actualmente aún inferior a la de antes de la guerra (1,1%, contra 1,2%), sino que la dictadura se vió obligada, con ayuda de la barrera aduanera más elevada de Europa, a defender el mercado interior contra la afluencia de las mercancías extranjeras. Los derechos arancelarios elevados han provocado el aumento de los precios, lo cual ha disminuido la capacidad adquisitiva, ya muy reducida, del pueblo. Por esto, después de la guerra, la industria no sale del estado de marasmo, que se traduce por el paro forzoso crónico, de una parte, y por explosiones agudas de la lucha de clases, de otra.

La burguesía española, en la actualidad aun menos que en el siglo XIX, puede tener la pretensión de desempeñar el papel histórico que desempeñó en otro tiempo la burguesía británica o francesa. La gran burguesía industrial de España, que ha llegado demasiado tarde, que depende del capital extranjero, que está adherida como un vampiro al cuerpo del pueblo, es incapaz de desempeñar, aunque sea por un breve plazo, el papel del caudillo de la "nación" contra las viejas castas. Los magnates de la industria española forman un grupo hostil al pueblo, constituyendo uno de los grupos más reaccionarios en el bloque, corroído por las rivalidades internas, de los banqueros, los industriales, los latifundistas, la monarquía, sus generales y funcionarios. Bastará indicar el hecho de que el punto de apoyo más importante de la dictadura de Primo de Rivera fueran los fabricantes de Cataluña.

Pero el desenvolvimiento industrial ha reforzado al proletariado. Sobre una población de 23.000.000 (ésta sería mucho mayor a no ser por la emigración), hay que contar cerca de un millón y medio de obreros de la industria, del comercio y del transporte. A éstos hay que añadir una cifra aproximadamente igual de obreros del campo.

La vida social de España se ha visto condenada a moverse en un círculo vicioso mientras no ha habido una clase capaz de tomar en sus manos la solución de los problemas revolucionarios. La entrada del proletariado español en la arena histórica

cambia radicalmente la situación y abre nuevas perspectivas. Para darse cuenta de ello hay que comprender ante todo que el afianzamiento de la dominación económica de la gran burguesía y el aumento de la importancia política del proletariado han privado definitivamente a la pequeña burguesía de la posibilidad de ocupar un puesto dirigente en la vida política del país. La cuestión de saber, si las sacudidas revolucionarias actuales pueden conducir a una verdadera revolución capaz de transformar las bases mismas de la existencia nacional, se reduce, por consiguiente, a saber si el proletariado español es capaz de tomar en sus manos la dirección de la vida nacional. En la nación española no hay otro pretendiente a este papel. La experiencia histórica de Rusia nos ha mostrado en estos tiempos de un modo evidente el peso específico del proletariado, unido por la gran industria, en un país con una agricultura atrasada, presa en las redes de unas relaciones semif feudales.

Ciertamente, los obreros españoles tomaron ya una participación combativa en las revoluciones del siglo XIX; pero siempre a la cola de la burguesía, siempre en segundo término, en calidad de fuerza auxiliar. En el transcurso del primer cuarto del siglo xx se robustece el papel revolucionario independiente de los obreros. La insurrección de Barcelona de 1909 mostró las fuerzas que encerraba el joven proletariado de Cataluña. Numerosas huelgas, transformadas en levantamientos, surgieron asimismo en otras regiones del país. En 1912 se desarrolló la huelga de los ferroviarios. Las regiones industriales se convirtieron en territorio de valerosos combates proletarios. Los obreros españoles se manifestaron libres de toda rutina, se mostraron capaces de reaccionar ante los acontecimientos y de movilizar sus filas con no menos rapidez y dieron pruebas de audacia en el ataque.

Los primeros años que siguieron a la guerra, más propiamente los primeros años que siguieron a la revolución rusa (1917-1920), fueron años de grandes combates para el proletariado español. 1917 fue testigo de una huelga general revolucionaria. Su derrota, así como la de una serie de movimientos que la siguieron, preparó las condiciones para la dictadura de Primo de Rivera. Cuando el derrumbamiento de esta última planteó nuevamente en toda su magnitud la cuestión del destino ulterior del pueblo español; cuando las taimadas intrigas de las viejas camarillas y los esfuerzos impotentes de los radicales pequeño-burgueses mostraron claramente que la salvación no podía venir de esta parte, los obreros, con una serie de acciones huelguísticas valerosas gritaron al pueblo: ¡presentes!

Los periodistas burgueses europeos de "izquierda" y, siguiendo su ejemplo, los socialdemócratas, gustan de filosofar, con una pretensión científica, sobre el tema de que España se apresta sencillamente a reproducir la Gran Revolución francesa con un retraso de cerca 150 años. Discutir sobre la revolución con estas gentes es lo mismo que discutir a propósito de colores con un ciego. A pesar de todo su retraso, España está mucho más adelantada que la Francia de fines del siglo XVIII. Grandes establecimientos industriales, 16.000 kilómetros de líneas férreas, 50.000 kilómetros de telégrafos, representan en sí para la revolución un factor más importante que los recuerdos históricos.

Intentando dar un paso adelante, el conocido semanario inglés Economist dice a propósito de los acontecimientos españoles: "Aquí obra más bien la influencia del París de 1848 y de 1871 que la influencia del Moscú de 1917". Pero el París de 1871 representa un paso del de 1848 hacia 1917. Por esto la contraposición de estas dos fechas carece absolutamente de contenido.

Incomparablemente más seria y más profunda era la conclusión que sacaba Andrés Nin en su artículo publicado el año pasado en La lutte des classes: "El proletariado (de España), apoyándose en las masas campesinas, es la única fuerza capaz de tomar el poder en sus manos". Esta perspectiva es trazada como sigue: "La revolución debe conducir a la dictadura del proletariado, la cual realizará la revolución burguesa y abrirá audazmente el camino a la transformación socialista". ¡Es así y sólo así como se puede plantear actualmente la cuestión!

#### *IV. El programa de la revolución*

Ahora, la divisa oficial de lucha es la república. Sin embargo, el desarrollo de la revolución empujará hacia la bandera de la monarquía, no sólo a las fracciones conservadoras y liberales de las clases dirigentes, sino también a las fracciones republicanas.

Durante los acontecimientos revolucionarios de 1854, Cánovas del Castillo escribía: "Aspiramos a mantener el trono, pero sin la camarilla que lo deshonra". Hoy, Romanones y otros desarrollan esta gran idea. ¡Como si la monarquía fuera, en general, posible sin camarilla y con tanto mayor motivo en España! No está excluida, es cierto, una situación tal en que las clases poseyentes se vean obligadas a sacrificar la monarquía para salvarse a sí mismas (ejemplo, ¡Alemania!). Sin embargo, es muy posible que la monarquía madrileña se mantenga, aunque sea con el rostro lleno de cardenales, hasta la dictadura del proletariado. La divisa de *república* es también, ni que decir tiene, la divisa del proletariado. Pero para él no se trata simplemente de reemplazar al rey por un presidente, sino de un baldeo radical de toda la sociedad, destinado a limpiar a ésta de las inmundicias del feudalismo. En este sentido ocupa un lugar preeminente la *cuestión agraria*.

Las relaciones existentes en el campo español ofrecen el aspecto de una explotación semifeudal. La miseria de los campesinos, sobre todo en Andalucía y Castilla, el yugo de los terratenientes, de las autoridades y de los caciques han impulsado ya más de una vez a los obreros agrícolas ya los campesinos pobres a manifestar abiertamente su indignación. ¿Significa esto que sea posible en España, aunque sea mediante una revolución, emancipar las relaciones burguesas de las feudales? No, esto significa únicamente que en las condiciones de España el capitalismo puede explotar a los campesinos únicamente bajo la forma semifeudal. Dirigir el arma de la revolución contra las supervivencias del medioevo español, significa dirigirla contra las raíces mismas de la dominación burguesa.

Para arrancar a los campesinos del localismo y de las influencias reaccionarias, el proletariado tiene necesidad de un programa revolucionario-democrático claro.

La falta de tierras y de agua, la esclavitud del arriendo, plantean netamente la cuestión de la *confiscación de las grandes propiedades* agrarias en beneficio de los campesinos pobres. Las cargas fiscales, las deudas insoportables del Estado, la rapacidad burocrática y las aventuras africanas plantean la cuestión del *gobierno barato*, el cual podría ser establecido, no por los propietarios de los latifundios, los banqueros, los industriales o los liberales nobles, sino por los trabajadores mismos.

La dominación del clero y las riquezas de la Iglesia plantean un objetivo democrático: *separar la Iglesia del Estado y desarmarla cediendo sus riquezas al pueblo*. Estas medidas decisivas serán sostenidas incluso por los sectores más supersticiosos del campo cuando se convenzan de que las sumas del presupuesto destinadas hasta ahora a la Iglesia, lo mismo que las riquezas de esta última, no irán a parar, después de la secularización, a los bolsillos de los liberales librepensadores, sino que estarán destinadas a la fecundación de la economía campesina exhausta.

Las tendencias separatistas plantean a la revolución el objetivo democrático de la *libre determinación nacional*. Estas tendencias exteriormente se han acentuado durante el periodo de la dictadura. Pero mientras que el "separatismo" de la burguesía catalana no es para ella, en su juego con el gobierno de Madrid, más que un instrumento contra el pueblo catalán y español, el separatismo de los obreros y de los campesinos es la envoltura de su indignación social. Hay que establecer una distinción rigurosa entre estos dos géneros de separatismo. Ahora bien, precisamente para separar de su burguesía a los obreros y campesinos oprimidos nacionalmente, la vanguardia proletaria debe adoptar en la cuestión de la libre determinación nacional una actitud audaz y sincera. Los obreros defenderán hasta sus últimas consecuencias el derecho de los catalanes y de los vascos a organizar su vida en un Estado independiente en el caso de que la mayoría de la población de dichas naciones se pronuncie por la separación completa. Pero esto no significa, naturalmente, que los obreros avanzados empujen a los catalanes y a los vascos a la separación. Al contrario, la unidad económica del país, con una *amplia autonomía de las nacionalidades*, ofrecería grandes ventajas a los obreros y campesinos desde el punto de vista económico y cultural.

No está descontada una tentativa de la monarquía para contener el desarrollo ulterior de la revolución con ayuda de una nueva dictadura militar. Pero lo que está descontado es un éxito sólido y durable de una tentativa semejante. La lección de Primo de Rivera está demasiado fresca. Sería preciso aplicar las cadenas de la nueva dictadura a las llagas no cicatrizadas aún de la antigua. A juzgar por los telegramas, en las alturas no se tendría inconveniente alguno en intentar la experiencia, y, a este efecto, se busca nerviosamente a un candidato conveniente, pero no aparece, por ahora, ningún voluntario. Lo que aparece con claridad es que una nueva dictadura militar costaría cara a la monarquía, y daría un nuevo y poderoso impulso a la revolución. *Faites vos jeux*, pueden decir los obreros a las clases dirigentes.

¿Puede esperarse que la revolución española saltará por encima del periodo del parlamentarismo? Teóricamente, no está excluido. Se puede suponer que el movimiento revolucionario alcanzará, en un periodo relativamente breve, una

fuerza tal que no dejará a las clases dominantes ni el tiempo ni el lugar para el parlamentarismo. Sin embargo, una perspectiva tal es poco probable. El proletariado español, a pesar de sus excelentes cualidades combativas, no cuenta aún con un partido revolucionario reconocido por él ni con la experiencia de la organización soviética. Además, en las filas comunistas, poco numerosas, no hay unidad, ni un programa de acción claro y admitido por todos. Sin embargo, la cuestión de las Cortes ha sido puesta ya a la orden del día. En estas condiciones, hay que suponer que la revolución tendrá que pasar por una etapa de parlamentarismo.

Esto no excluye en ningún modo la táctica del boicot con respecto a las Cortes ficticias de Berenguer, del mismo modo que los obreros rusos boicotearon con éxito la Duma de Bulguin en 1905 y consiguieron hacerla fracasar. La cuestión táctica relativa al boicot debe resolverse sobre la base de la correlación de fuerzas en una etapa dada de la revolución.

Pero aun boicoteando las Cortes de Berenguer, los obreros avanzados deberían oponer a las mismas la consigna de *Cortes Constituyentes revolucionarias*. Debemos desenmascarar implacablemente el charlatanismo de la consigna de las Cortes Constituyentes en los labios de la burguesía de "izquierda", la cual en realidad no quiere más que unas Cortes de conciliación por la gracia del rey y de Berenguer para hacer un trato con las viejas camarillas dirigentes y privilegiadas. Unas verdaderas Cortes Constituyentes pueden ser convocadas únicamente por un gobierno revolucionario, como resultado de la insurrección victoriosa de los obreros, de los soldados y de los campesinos. Podemos y debemos oponer las Cortes revolucionarias a las Cortes de Conciliación; pero, a nuestro juicio, sería erróneo renunciar, en la *etapa actual*, a la consigna de las Cortes revolucionarias.

Constituiría un doctrinarismo lamentable y estéril oponer escuetamente la consigna de la dictadura del proletariado a los objetivos y divisas de la democracia revolucionaria (república, revolución agraria, separación de la Iglesia del Estado, confiscación de los bienes eclesiásticos, libre determinación nacional, Cortes Constituyentes revolucionarias). Las masas populares, antes de que puedan conquistar el poder, deben agruparse alrededor de un partido proletario dirigente. La lucha por la representación democrática, así como la participación en las Cortes en una u otra etapa de la revolución, pueden facilitar incomparablemente la realización de este cometido.

La consigna del *armamento de los obreros y de los campesinos* (creación de la milicia obrera y campesina), debe adquirir inevitablemente en la lucha una importancia cada vez mayor. Pero en la etapa actual, esta consigna debe asimismo enlazarse estrechamente con las cuestiones de la defensa de las organizaciones obreras y campesinas, de la transformación agraria, de la libertad de las elecciones y de la protección del pueblo contra los pronunciamientos reaccionarios.

Un programa radical de *legislación social*, particularmente el seguro de los sin trabajo, la transferencia de las cargas fiscales a las clases poseyentes, la enseñanza general obligatoria, todas estas y otras medidas análogas, que no sobrepasan aún el marco

de la sociedad burguesa, deben ser inscritas en la bandera del partido proletario.

Sin embargo, deben propugnarse ya paralelamente reivindicaciones de carácter transitorio: nacionalización de los ferrocarriles, los cuales son todos en España de propiedad privada; nacionalización de las riquezas del subsuelo; nacionalización de los bancos; control obrero de la industria; en fin, reglamentación de la economía por el Estado. Todas estas reivindicaciones, inherentes al paso del régimen burgués al régimen proletario, preparan esta transición para, después de la nacionalización de los bancos y de la industria, disolverse en el sistema de medidas de la economía organizada según un plan que sirve para preparar la sociedad socialista.

Sólo los pedantes pueden ver una contradicción en la combinación de consignas democráticas con otras transitorias y puramente socialistas. Un programa combinado así, que refleja la estructura contradictoria de la sociedad histórica, se desprende inevitablemente de la diversidad de problemas legados en herencia por el pasado. Reducir todas las contradicciones y todos los objetivos a un solo denominador: la dictadura del proletariado, es una operación necesaria, pero completamente insuficiente. Aun en el caso de dar un paso adelante, admitiendo que la vanguardia proletaria se haya dado cuenta claramente de que sólo la dictadura del proletariado puede salvar a España de la descomposición, sigue planteada en toda su amplitud la tarea preliminar de reunir y cohesionar alrededor de la vanguardia a los sectores heterogéneos de la clase obrera ya las masas trabajadoras del campo, todavía más heterogéneas. Oponer pura y simplemente la consigna de la dictadura del proletariado a los objetivos históricamente condicionados que impulsan actualmente a las masas hacia la senda de la insurrección, significaría reemplazar la comprensión marxista de la revolución social por la comprensión bakuninista. Sería el mejor medio de perder la revolución.

Ni que decir tiene que las consignas democráticas no persiguen en ningún caso como fin el acercamiento del proletariado a la burguesía republicana. Al contrario, crean el terreno para la lucha victoriosa contra la izquierda burguesa, permitiendo poner al descubierto a cada paso el carácter antidemocrático de la misma. Cuanto más valerosa, decidida e implacablemente luche la vanguardia proletaria por las consignas democráticas, más pronto se apoderará de las masas y privará de base a los republicanos burgueses y a los socialistas reformistas, de un modo más seguro los mejores elementos vendrán a nuestro lado y más rápidamente la república democrática se identificará en la conciencia de las masas con la *república obrera*.

Para que la fórmula teórica bien comprendida se convierta en hecho histórico vivo, hay que hacer pasar esta fórmula por la conciencia de las masas a base de la experiencia, de las necesidades y de las exigencias de las mismas. Para esto es preciso, sin perderse en detalles, sin distraer la atención de las masas, reducir el programa de la revolución a unas pocas consignas claras y simples y reemplazarlas según la dinámica de la lucha. En esto consiste la política revolucionaria.

## V. Comunismo, anarcosindicalismo, socialdemocracia

Como es de rigor, los acontecimientos españoles han empezado por pasar inadvertidos para la dirección de la Internacional Comunista. Manuilski, "jefe" de los países latinos, declaraba aún recientemente que los acontecimientos de España no eran dignos de atención. No podía ser de otro modo. Esa gente proclamaba en 1928 que Francia se hallaba en vísperas de la revolución proletaria. Después que durante tanto tiempo habían, amenizado un entierro con su música nupcial, no podían acoger, una boda con una marcha fúnebre. Obrar de otro modo significaba para ellos traicionarse a sí mismos. Cuando resultó, sin embargo, que los acontecimientos de España, no previstos por el calendario del "tercer periodo", seguían desarrollándose, los jefes de la Internacional Comunista sencillamente decidieron callar; esto, en todo caso, era más prudente. Pero los acontecimientos de diciembre no hicieron posible la continuación del silencio. Y de nuevo, de acuerdo rigurosamente con la tradición, el jefe de los países latinos describió sobre su propia cabeza un círculo de 180°. Nos referimos al artículo de la Pravda del 17 de diciembre.

En dicho artículo la dictadura de Berenguer, como la dictadura de Primo de Rivera, es declarada "régimen fascista". Mussolini, Mateoti, Primo de Rivera, MacDonald, Chang Kai Chek, Berenguer, Dan, todo eso son variedades del fascismo. Puesto que existe una palabra a punto, ¿qué necesidad hay de pensar? Lo único que queda es añadir a esta lista, para completarla, el régimen "fascista" del Negus de Abisinia. Con respecto al proletariado español, la Pravda comunica que éste no solamente "va asimilándose cada día más rápidamente el programa y las consignas del partido comunista español", sino que "ha comprendido ya que en la revolución le corresponde la hegemonía". Al mismo tiempo, los telegramas oficiales de París dan cuenta de la constitución de soviets de campesinos en España. Como se sabe, bajo la dirección stalinista son, ante todo, los campesinos los que se asimilan y realizan el sistema de los soviets (¡China!). Si el proletariado "ha comprendido ya que en la revolución le corresponde la hegemonía", y los campesinos han empezado a organizar soviets, y todo esto bajo la dirección del partido comunista oficial, la victoria de la revolución española se puede considerar como asegurada, por lo menos hasta el momento en que el "Ejecutivo" de Madrid sea acusado por Stalin y Manuilski de haber aplicado erróneamente la línea general, la cual aparece nuevamente en las páginas de la Pravda como la ignorancia y la ligereza generales. Corrompidos hasta la médula por su propia política, estos "jefes" no son capaces de aprender nada.

En realidad, a pesar de las poderosas proporciones tomadas por la lucha, los factores subjetivos de la revolución -partido, organización de las masas, consignas- se hallan extraordinariamente retrasados con respecto a los objetivos del movimiento, y en este atraso consiste hoy el principal peligro. El desarrollo semiespontáneo de las huelgas, determinantes de sacrificios y derrotas, o que terminan en nada, constituye una etapa completamente inevitable de la revolución, un periodo de despertar de las masas, de su movilización y de su entrada en lucha. No hay que olvidar que en el movimiento toma parte no sólo de la "élite" de los obreros, sino toda su masa. Van a la huelga los obreros de las fábricas, pero asimismo los artesanos, los chóferes y panaderos, los obreros de la construcción y, finalmente, los jornaleros agrícolas. Los

veteranos ejercitan sus músculos, los nuevos reclutas aprenden. A través de estas huelgas la clase empieza a sentirse clase.

Sin embargo, lo que en la etapa actual constituye la fuerza del movimiento -su carácter espontáneo- puede convertirse mañana en su debilidad. Admitir que el movimiento siga en lo sucesivo librado a sí mismo, sin un programa claro, sin una dirección propia, significaría admitir una perspectiva sin esperanzas. No hay que olvidar que se trata nada menos que de la conquista del poder. Aun las huelgas más turbulentas, y con tanto mayor motivo esporádicas, no pueden resolver este problema. Si en el proceso de la lucha el proletariado no tuviera la sensación en los meses próximos de la claridad de los objetivos y de los métodos, de que sus filas se cohesionan y robustecen, se iniciaría inevitablemente en él la desmoralización. Los anchos sectores, impulsados por primera vez por el movimiento actual, caerían en la pasividad. En la vanguardia, a medida que se sintiera vacilar el terreno bajo los pies, empezarían a resucitar las tendencias de acción de grupos y de aventurismo en general. En este caso, ni los campesinos ni los elementos pobres de las ciudades hallarían una dirección prestigiosa. Las esperanzas suscitadas se convertirían rápidamente en desengaño y exasperación. Se crearía en España una situación parecida hasta cierto punto ala de Italia después del otoño de 1920. Si la dictadura de Primo de Rivera fue no una dictadura fascista, sino una dictadura de camarillas militares típicamente española que se apoyaba en determinados sectores de las clases poseyentes, en caso de producirse las condiciones más arriba indicadas - pasividad y actitud expectativa del partido revolucionario y carácter espontáneo del movimiento de las masas-, en España podría aparecer un terreno propicio para un fascismo auténtico. La gran burguesía podría apoderarse de las masas pequeño burguesas, sacadas de su equilibrio, decepcionadas y desesperadas, y dirigir su indignación contra el proletariado. Hoy nos hallamos aún lejos de esto. Pero no hay tiempo que perder.

Aún admitiendo por un instante que el movimiento revolucionario, dirigido por el ala revolucionaria de la burguesía -oficiales, estudiantes, republicanos- pueda conducir a la victoria, la esterilidad de esta victoria resultaría, en fin de cuentas, igual a una derrota. Los republicanos españoles, como ya se ha dicho, permanecen enteramente en el terreno de las relaciones de propiedad actual. No se puede esperar de ellos ni la expropiación de la gran propiedad agraria, ni la liquidación de la situación privilegiada de la Iglesia católica, ni el baldeo radical la de los establos de Augias de la burocracia civil y militar. La camarilla monárquica sería reemplazada sencillamente por la camarilla republicana. Y tendríamos una nueva edición de la efímera e infructuosa república de 1873.

El hecho de que los jefes socialistas vayan a la cola de los republicanos es completamente normal. Ayer la socialdemocracia apoyaba con el hombro derecho a la dictadura de Primo de Rivera. Hoy apoya con el hombro izquierdo a los republicanos. La finalidad superior de los socialistas, los cuales no tienen ni pueden tener una política propia, consiste en la participación en un gobierno burgués sólido. Con esta condición, en fin de cuentas, no tendrían incluso ningún inconveniente en conciliarse con la monarquía.



Pero el ala derecha de los anarcosindicalistas no se halla garantizada contra la posibilidad de seguir este mismo camino: los acontecimientos de diciembre constituyen en este sentido una gran lección y una severa advertencia.

La Confederación Nacional del Trabajo agrupa indiscutiblemente a su alrededor a los elementos más combativos del proletariado. En dicha organización la selección se ha efectuado en el transcurso de una serie de años. Reforzar dicha confederación, convertirla en una verdadera organización de masas es el deber de todo obrero avanzado y ante todo del comunista. Se puede asimismo contribuir a ello actuando en el interior de los sindicatos reformistas, denunciando incansablemente la traición de sus jefes e incitando a los obreros a agruparse en el marco de una confederación sindical única. Las condiciones de la revolución favorecerán extraordinariamente esta labor.

Pero al mismo tiempo no debemos hacer ninguna ilusión respecto a la suerte del anarcosindicalismo como doctrina y como método revolucionario. El anarcosindicalismo, con su carencia de programa revolucionario y su incompreensión del papel del partido, desarma al proletariado. Los anarquistas "niegan" la política hasta que ésta les coge por el pescuezo: entonces dejan el sitio libre para la política de la clase enemiga. ¡Así fue en diciembre!

Si el partido socialista adquiriera durante la revolución una situación dirigente en el proletariado, sería capaz sólo de una cosa: de transmitir el poder conquistado por la revolución a las manos agujereadas del ala republicana, de las cuales pasaría automáticamente luego a los que lo detentan actualmente. El gran parto terminaría en un aborto.

Por lo que se refiere a los anarcosindicalistas, podrían hallarse a la cabeza de la revolución sólo en el caso de que renunciaran a sus prejuicios anarquistas. Nuestro deber consiste en ayudarlos en este sentido. Hay que suponer que, en realidad, parte de los jefes sindicalistas se pasará a los socialistas o será dejada de lado por la revolución; los verdaderos revolucionarios estarán con nosotros; las masas irán con los comunistas, lo mismo que la mayoría de los obreros socialistas.

La ventaja de las situaciones revolucionarias consiste precisamente en que las masas aprenden con gran rapidez. La evolución de estas últimas provocará inevitablemente diferenciaciones y escisiones no sólo entre los socialistas, sino también entre los sindicalistas. En el transcurso de la revolución son inevitables los acuerdos prácticos con los sindicalistas revolucionarios. Nos mostraremos lealmente fieles a estos acuerdos. Pero sería verdaderamente funesto introducir en los mismos elementos de equívoco, de reticencia, de falsedad. Incluso en los días y las horas en que los obreros comunistas luchan al lado de los obreros sindicalistas, no se puede destruir la barrera de principios, disimular las divergencias o atenuar la crítica de la falsa posición del aliado. Sólo con esta condición quedará garantizado el desarrollo progresivo de la revolución.

## VI. Junta revolucionaria y partido

Atestigua hasta qué punto el proletariado tiende a una acción mancomunada la jornada del 15 de diciembre, caracterizada por el hecho de que los obreros se levantaron simultáneamente no sólo en las grandes ciudades, sino también en las poblaciones secundarias aprovechándose de la señal de los republicanos porque ellos no disponen de un vocero propio suficientemente sonoro. Por lo visto, la derrota del movimiento no ha provocado ni una sombra de decepción. La masa considera las propias acciones como experimentos, como escuela, como preparación. Es este uno de los rasgos más elocuentes de los periodos de *impulso revolucionario*.

El proletariado, si quiere entrar en la senda de las grandes acciones, tiene necesidad, ya en el momento presente, de una organización que se levante por encima de las separaciones políticas, nacionales, provinciales y sindicales existentes en las filas del proletariado y que corresponda a la envergadura tomada por la lucha revolucionaria actual. Una organización tal, elegida democráticamente por los obreros de las fábricas, de los talleres, de las minas, de los establecimientos comerciales, del transporte ferroviario y marítimo, por los proletarios de las ciudades y del campo, no puede ser más que el soviets. Los epígonos han causado un daño incalculable al movimiento revolucionario en todo el mundo al afirmar en muchas mentes el prejuicio de que los soviets se crean únicamente para las necesidades del levantamiento armado y únicamente en vísperas del mismo.

En realidad los soviets se constituyen cuando el movimiento revolucionario de las masas obreras, aunque se halle lejos todavía de la insurrección, engendra la necesidad de una organización amplia y prestigiosa capaz de dirigir los combates políticos y económicos que abarcan simultáneamente establecimientos y profesiones diversas. Sólo a condición de que los soviets, durante el periodo preparatorio de la revolución, penetren en el seno de la clase obrera, resultarán capaces de desempeñar un papel directivo en el momento de la lucha inmediata por el poder. Ciertamente, la palabra soviets ha adquirido ahora, después de 13 años de existencia del régimen soviético, un sentido considerablemente distinto del que tenía en 1905 o a principios de 1917, cuando los soviets surgían no como órganos del poder, sino únicamente como organizaciones combativas de la clase obrera. La palabra Junta, íntimamente ligada con toda la historia de la revolución española, expresa de un modo insuperable esta idea. La creación de *Juntas obreras* está a la orden del día en España.

En la situación actual del proletariado, la organización de Juntas presupone la participación en las mismas de los caudillos de la lucha huelguística, comunistas, anarco-sindicalistas, social-demócratas y sin partido. ¿Hasta qué punto se puede contar con la participación de los anarco-sindicalistas y socialdemócratas en los soviets? Es imposible predecirlo desde lejos. El empuje del movimiento obligaría indudablemente a muchos sindicalistas y acaso aún a una parte de los socialistas a ir más allá de lo que quisieran si los comunistas saben plantear con la debida energía el problema de las Juntas obreras.

Con la presión de las masas, las cuestiones prácticas de la organización de los soviets, de las normas de representación, del momento y los procedimientos de elección, etc., etc., pueden y deben ser objeto de acuerdo no sólo de todas las fracciones comunistas entre sí, sino también con los sindicalistas y socialistas dispuestos a ir a la creación de dichos organismos. Los comunistas, ni que decir tiene, en todas las etapas de la lucha actuarán con sus banderas desplegadas.

Contrariamente a lo que supone la novísima teoría del estalinismo, es poco probable que las Juntas campesinas, como organizaciones electivas, surjan, al menos en un número considerable, antes de la toma del poder por el proletariado. En el periodo preparatorio, es más probable que se desenvuelvan en el campo otras formas de organización fundadas no en el principio electivo, sino en la selección individual : asociaciones campesinas, comités de campesinos pobres, células comunistas, sindicatos de obreros agrícolas, etc. Sin embargo, ya ahora se puede poner a la orden del día la propaganda en favor de las *Juntas campesinas* sobre la base del programa agrario revolucionario.

La insurrección republicana de diciembre de 1930 será indudablemente inscrita en la historia como un jalón entre dos épocas de la lucha revolucionaria. El ala izquierda de los republicanos estableció contacto con los jefes de las organizaciones obreras a fin de obtener la unidad de acción. Los obreros desarmados tuvieron que desempeñar el papel de coro cerca de los corifeos republicanos. Este objetivo fue realizado en la medida necesaria para poner de manifiesto de una vez para siempre la incompatibilidad del complot militar con la huelga revolucionaria. El gobierno halló en el interior del propio ejército suficientes fuerzas contra el complot militar, que oponía un arma a la otra. Y la huelga, privada de objetivo independiente y de dirección propia, quedó reducida a nada tan pronto la sublevación militar fue vencida.

El papel revolucionario del ejército, no como instrumento de los experimentos de la oficialidad, sino como parte armada del pueblo, se halla determinado en fin de cuentas por el papel de los obreros y de las masas campesinas en la marcha de la lucha. Para que la huelga revolucionaria pueda obtener la victoria, ha de enfrentar a los obreros y al ejército. Por importantes que sean los elementos puramente militares de este choque, la política predomina. La masa puede ser conquistada sólo planteando de un modo claro los fines sociales de la revolución.

Para llevar a cabo eficazmente todas estas tareas son necesarias tres condiciones: el partido, el partido y el partido.

Es difícil juzgar desde lejos cómo se formarán las relaciones entre las distintas organizaciones y grupos comunistas actualmente existentes y cuál será el destino en el futuro. La experiencia lo mostrará. Los grandes acontecimientos someten infaliblemente a prueba las ideas, las organizaciones y los hombres. Si la dirección de la Internacional Comunista se muestra incapaz de proponer a los obreros españoles algo más que una falsa política, el mando burocrático y la escisión, el verdadero partido comunista de España se formará y templará fuera del marco oficial de la Internacional Comunista. Sea como sea, el partido debe ser creado. Dicho partido

debe ser único y centralizado.

La clase obrera no puede en ningún caso constituir su organización política de acuerdo con el principio federativo. El partido comunista, que no es el prototipo del régimen estatal futuro de España, sino la palanca de acero destinada a derrumbar el régimen existente, no puede ser organizado más que a base de los principios del centralismo democrático.

La *Junta* proletaria será la vasta arena en que cada partido y cada grupo serán sometidos a prueba a la vista de las grandes masas. Los comunistas opondrán la divisa del frente único de los obreros a la práctica de la coalición de los socialistas y parte de los sindicalistas con la burguesía. Sólo el frente único revolucionario hará que el proletariado inspire la confianza necesaria a las masas oprimidas de la ciudad y del campo. La realización del frente único es concebible sólo bajo la bandera del comunismo. La Junta tiene necesidad de un partido dirigente. Sin una firme dirección, se convertiría en una forma vacía de organización y caería indefectiblemente bajo la dependencia de la burguesía.

A los comunistas españoles les está asignada, por consiguiente, una gran misión histórica. Los obreros avanzados de todos los países seguirán con apasionada atención el desarrollo del gran drama revolucionario que tarde o temprano exigirá de ellos no sólo simpatía, sino ayuda efectiva. ¡Estaremos con el arma al brazo!

## Los deberes del comunista españoles <sup>2</sup>

1. La monarquía -ha perdido el poder, pero espera reconquistarlo. Las clases poseedoras están todavía firmes en sus posiciones. El bloque de los republicanos y de los socialistas se ha puesto sobre el terreno del derribo republicano, a fin de retener a las masas sobre el terreno de la revolución socialista. No hay que fiarse de las palabras. Son necesarios actos. Primero: detención de los directores más significados del antiguo régimen, confiscación de los bienes de la dinastía y de los de sus servidores más comprometidos. Armamento del proletariado.

2. El gobierno, apoyándose en los republicanos y socialistas, se esforzará por todos los medios por extender sus bases hacia la derecha, hacia la dirección de la gran burguesía, e intentará capitulaciones con el objeto de neutralizar a la iglesia. El gobierno es un gobierno de explotadores, creado para protegerse contra los explotados. El proletariado está en oposición irreconciliable con el gobierno de los agentes republicanos "socialistas" de la burguesía.

3. La participación de los socialistas en el poder significa que los choques violentos entre los obreros y los jefes socialistas irán en aumento.

Esto abre grandes posibilidades a la política revolucionaria de frente único. Toda huelga, toda manifestación, toda aproximación de los obreros hacia los soldados, toda tentativa de la masa por la democratización verdadera del país, tropezará en lo sucesivo con la resistencia de los jefes socialistas como hombres «de orden». Es, por lo tanto, más importante para los obreros comunistas el participar en el frente único con los obreros socialistas sindicalistas y sin partido, y arrastrarlos con ellos.

4. Los obreros comunistas constituyen hoy una pequeña minoría en el país. No pueden una manera inmediata tomar el poder. No pueden actualmente proponerse como tarea práctica la caída violenta del gobierno republicano-socialista. Toda tentativa en este sentido sería una aventura catastrófica. Es necesario que las masas de obreros, soldados y campesinos atraviesen la etapa de las ilusiones republicanas socialistas, a fin de que se libren de ellas lo más radical y definitivamente posible. Es necesario no limitarse a hacer frases, mirar los hechos con los ojos muy abiertos; preparar decididamente la segunda revolución, la revolución proletaria.

5. La tarea de los comunistas en el período actual consiste en ganar la mayoría de los obreros, la mayoría de los soldados, la mayoría de los campesinos. ¿Qué es necesario hacer para esto? Hacer agitación, educar los cuadros, "explicar pacientemente" (Lenin), organizar. Todo esto sobre la experiencia de las masas y de la participación activa de los comunistas en esta experiencia: política amplia y audaz de frente único.

6. Los comunistas no establecerán, con el bloqueo republicano-socialista o con los partidos de éste, ningún acuerdo que pueda restringir o debilitar de un modo directo o indirecto la libertad de crítica y de agitación comunistas. Por todas partes, y sin

---

2. "Comunismo", No. 2, junio de 1931.

tardar, los comunistas explicarán a las masas populares que en la lucha contra todas las variedades de la contrarrevolución monárquica, estarán en la primera fila, pero que para esta lucha ninguna alianza es necesaria con los republicanos y los socialistas, cuya política está inevitablemente fundada en concesiones a la reacción, e intentará cubrir las intrigas de ésta.

7. Los comunistas lanzan las consignas democráticas más radicales: libertad completa de las organizaciones proletarias, libertad de autodeterminación local, elección por el pueblo de todos los funcionarios, concesión del voto a los hombres y mujeres desde los 18 años, etc., creación de una milicia obrera, y después de una milicia campesina. Confiscación de todos los bienes de la dinastía y de los bienes de la Iglesia en favor del pueblo, en primer lugar en favor de los obreros sin trabajo, de los campesinos pobres y por la mejora de la situación de los soldados. Separación completa de la Iglesia y el Estado. Concesión de todos los derechos civiles y libertades políticas a los soldados. Elección de los oficiales en el ejército. El soldado no es un verdugo del pueblo ni un mercenario armado de los ricos, sino un ciudadano revolucionario hermano de sangre del obrero y del campesino.

8. La consigna central del proletariado es la del "soviet obrero". Esta -consigna debe ser anunciada, popularizada constante e incansablemente y en la primera ocasión que se presente debe llevarla a cabo. El soviet obrero no significa la lucha inmediata por el poder. Esta es, indudablemente, la perspectiva; pero a la cual la masa no puede llegar más que por el camino de su propia experiencia y con ayuda del trabajo de clarificación de los comunistas. El soviet obrero significa hoy la reagrupación de las fuerzas dispersas del proletariado, la lucha por la unidad de la clase obrera, por su autonomía. El soviet obrero se ocupa del socorro de huelga, alimentación de los parados, ligazón con los soldados, a fin de prevenir encuentros sangrientos entre ellos, ligazón entre la ciudad y el campo, a fin de asegurar la alianza de los obreros con los campesinos pobres. El soviet obrero incorpora a representantes de los regimientos. Es así, así solamente, como el soviet se convertirá en el órgano de la insurrección proletaria y más tarde en el órgano del poder.

9. Los comunistas deben elaborar inmediatamente un programa agrario revolucionario. La base de éste debe ser la confiscación de las tierras de las clases privilegiadas y ricas, de los explotadores, comenzando por la dinastía y la Iglesia, en favor de los campesinos y de los soldados. Este programa debe ser concretamente adaptado a las diferentes partes del país. En toda provincia que tenga particularidades económicas e históricas propias, es necesario inmediatamente una comisión para la elaboración concreta del programa agrario, en colaboración estrecha con los campesinos revolucionarios de la localidad. Es necesario saber oír la voz de los campesinos, a fin de formularla de un modo claro y preciso.

10. Los socialistas llamados de izquierda invitarán a los comunistas a formar un bloque e incluso la unificación de las organizaciones. A esto deben responder los comunistas: "Estamos dispuestos, en interés de la clase obrera y por la solución de tareas concretas determinadas, a trabajar unidos de la mano con todo grupo y toda organización proletaria. Con este motivo proponemos precisamente la formación

de soviets. Representantes obreros, pertenecientes a diferentes partidos, discutirán en estos soviets todas las cuestiones actuales y todas las tareas inmediatas. El soviets obrero es la forma más natural, más abierta, más honrada y más sana de la alianza para un trabajo común. En el soviets, nosotros, los comunistas, propondremos nuestras consignas y nuestras soluciones, y nos esforzaremos por convencer a los obreros de la justeza de nuestra posición. Todo obrero debe gozar en el seno del soviets obrero de una entera libertad de crítica. En la lucha por las tareas practicas propuestas por el soviets, nosotros, los comunistas, estaremos siempre en primera fila". He aquí la forma de colaboración que los comunistas proponen fraternalmente a los obreros socialistas, sindicalistas y sin partido.

Asegurando la unidad en sus propias filas, los comunistas ganarán la confianza del proletariado y de la gran mayoría de los campesinos pobres, en su mano armada tomarán el poder y abrirán la era de la revolución socialista.

*Kadikoi, 5 de mayo de 1931.*

## La revolución española y sus peligros

### Los dirigentes de la Internacional Comunista ante los acontecimientos de España

La revolución española avanza. En el proceso de lucha crecen también sus fuerzas internas. Pero al mismo tiempo crecen igualmente los peligros. Hablamos, no de los peligros que tienen su origen en las clases dominantes y en sus servidores políticos republicanos y socialistas. P-stos son enemigos declarados; nuestra misión con respecto a ellos es perfectamente clara. Pero hay otros peligros interiores.

Los obreros españoles miran con confianza a la Unión Soviética, hija de la revolución de octubre. Este estado de espíritu constituye un capital precioso del comunismo. La defensa de la Unión Soviética es el deber de todo obrero revolucionario. Pero no se puede permitir que se abuse de la confianza de los obreros en la revolución de octubre para imponer a los mismos una política que se halla en contradicción fundamental con todas las experiencias y las enseñanzas de octubre.

Hay que decirlo claramente; hay que decirlo de un modo tal que lo oiga la vanguardia del proletariado español e internacional: *la revolución proletaria de España se halla amenazada de un peligro inmediato por parte de la dirección actual de la Internacional Comunista*. Toda revolución, incluso la que nos inspire más esperanzas, puede ser aniquilada, como lo ha demostrado la experiencia de la revolución alemana de 1923, y, de un modo más elocuente, la experiencia de la revolución china de 1925-1927. Tanto en un caso como en otro, la causa inmediata del desastre fue la dirección errónea. Ahora le ha llegado el turno a España. Los dirigentes de la Internacional Comunista no han aprendido nada de sus propios errores o, lo que es peor, para cubrir los errores precedentes se ven precisados a justificarlos. En todo lo que depende de ellos, preparan a la revolución española la misma suerte de la revolución china.

En el transcurso de dos años se desorientó a los obreros avanzados con la desventurada teoría del "tercer período", que ha debilitado y desmoralizado a la IC. Finalmente los dirigentes se batieron en retirada. Pero, ¿cuándo? Precisamente en el momento en que la crisis mundial marcaba un cambio radical de la situación y daba a la luz las primeras posibilidades de una ofensiva revolucionaria. Los procesos interiores de España se desarrollaban, entre tanto, de un modo imperceptible para la IC. Manuilski declaraba -iy Manuilski desempeña hoy las funciones de jefe de la IC!- que los acontecimientos de España no merecían ninguna atención.

En nuestro estudio "La revolución española y la táctica de los comunistas", escrito antes de los acontecimientos de abril, anticipábamos que la burguesía, adornándose con todos los matices del republicanismo, salvaguardaría con todas sus fuerzas, y hasta el último instante, su alianza con la monarquía. "Es verdad que no está excluida la circunstancia -decíamos- de que las clases poseyentes se vean obligadas a sacrificar a la monarquía para salvarse ellas mismas (ejemplos: ¡Alemania!)." Estas líneas sirvieron de pretextos a los estalinianos -naturalmente, después de



los acontecimientos- para hablar de un pronóstico falso <sup>3</sup>. Un agente que no ha previsto nunca nada, pide a los otros no pronósticos marxistas, sino previsiones teosóficas, para saber qué día y en qué forma se producirán los acontecimientos; es así como los enfermos ignorantes y supersticiosos exigen milagros de la medicina. La previsión marxista consiste en ayudar a orientarse en el sentido general del desarrollo de los acontecimientos y a interpretar sus "sorpresas". El hecho de que la burguesía española se haya decidido a separarse de la monarquía se explica por dos razones igualmente importantes. El desbordamiento impetuoso de la cólera popular impuso a la burguesía la tentativa de hacer servir de mingo a Alfonso, odiado por el pueblo. Pero esta maniobra, que traía aparejada consigo serios riesgos, le ha sido posible realizarla a la burguesía española únicamente gracias a la confianza de las masas en los republicanos y los socialistas y a que en el cambio de régimen no se tenía que contar con el peligro comunista. La variante histórica que se ha realizado en España es, por consiguiente, el resultado de la fuerza de la presión popular, de una darte, y de la debilidad de la IC, de otra. Hay que empezar con la comprobación de estos hechos. El principio fundamental de la táctica debe ser el siguiente: si quieres ser más fuerte no empieces por exagerar tus propias fuerzas. Pero este principio no tiene ningún valor para los epígonos-burócratas. Si en víspera de los acontecimientos Manufiski predecía que no ocurriría nada serio al día siguiente del cambio de régimen, el irreemplazable Péri, encargado de suministrar informaciones falsas sobre los países latinos, empezó a mandar telegrama tras telegrama, diciendo que el proletariado español apoyaba casi exclusivamente al partido comunista y que los campesinos españoles creaban soviets. "Pravda" publicaba estas estupideces, completándolas con otras sobre los "trotskistas", que ven a remolque de Alcalá Zamora, cuando la verdad es que éste metía y mete en la cárcel a los comunistas de izquierda... En fin, el 14 de mayo, "Pravda" publicaba un artículo de fondo titulado "España en llamas", que pretendía tener un carácter programático y que representa la condensación de los errores de los epígonos traducidos al lenguaje de la revolución española.

### *¿Cómo actuar ante las Cortes?*

La Pravda intenta partir de la verdad indiscutible de que la propaganda abstracta es insuficiente: "El partido comunista debe decir a las masas lo que deben hacer hoy". ¿Qué propone la propia Pravda en este sentido? Agrupar a los obreros "para el desarme de la reacción, para el armamento del proletariado, para la constitución de los comités de fábrica, para la introducción por iniciativa propia de la jornada de siete horas, etcétera etc." Etc. etc., así se dice textualmente. Las consignas enumeradas son indiscutibles, aunque se dan sin ninguna conexión interior y sin la consecuencia que debe desprenderse de la lógica del desarrollo de las masas. Pero lo que es sorprendente es que el artículo de la Pravda no diga ni una sola palabra sobre las elecciones a las Constituyentes, como si este acontecimiento político en la vida de la nación española no existiera o como si no tuviera nada que ver con los obreros. ¿Qué significa este mutismo?

3. Los que más se distinguen en este sentido son los estalinianos norteamericanos. Es difícil imaginarse hasta dónde llega la vulgaridad y la estupidez de los funcionarios retribuidos y sin control alguno. (L.T.)

Aparentemente, la transformación republicana se produjo, como es sabido, por mediación de las elecciones municipales. Ni que decir tiene; son mucho más profundas las causas del cambio de régimen, de las cuales hemos hablado mucho antes de la caída del ministerio Berenguer. Pero la forma "parlamentaria" de la liquidación de la monarquía ha servido enteramente los intereses de los republicanos burgueses y de la democracia pequeño burguesa. Actualmente hay en España muchos obreros que se imaginan que pueden resolverse las cuestiones fundamentales de la vida social con ayuda de la papeleta electoral. Estas ilusiones no pueden ser destruidas mas que por la experiencia. Pero hay que saber facilitar ésta. ¿Cómo? ¿Volviendo la espalda a las Cortes o, al contrario, participando en las elecciones? Hay que dar una respuesta.

Además del artículo de fondo citado, el mismo periódico publica un artículo "teórico" (números del 7 y del 10 de mayo) que pretende dar un análisis marxista de las fuerzas internas de la revolución española y una definición bolchevique de su estrategia. En dicho artículo tampoco se dice una sola palabra a propósito de si se deben boicotear las elecciones o participar en las mismas. En general, la Pravda guarda silencio sobre las consignas y los fines de la democracia política, a pesar de que califique de democrática la revolución. ¿Que significa este mutismo? Se puede *participar* en las elecciones, se puede *boicotearlas*. Pero, ¿se puede ignorarlas?

Con respecto a las Cortes de Berenguer, la táctica del boicot era enteramente justa. Se veía de antemano con claridad, que, o bien Alfonso conseguiría adoptar nuevamente por un cierto periodo el camino de la dictadura militar, o bien que el movimiento desbordaría a Berenguer con sus Cortes. En estas condiciones, los comunistas debían tomar sobre sí la iniciativa de la lucha por el boicot de las Cortes. Es precisamente lo que tratamos de hacer comprender con ayuda de los débiles recursos que teníamos a nuestra disposición. <sup>4</sup>

Si los comunistas españoles se hubieran pronunciado oportuna y decididamente por el boicot, difundiendo en el país incluso pequeñas hojas sobre el particular, su prestigio en el momento de la caída del ministerio Berenguer habría aumentado considerablemente. Los obreros avanzados se hubieran dicho: "Esa gente es capaz de comprender las cosas". Por desgracia, los comunistas españoles, desorientados por la dirección de la IC, no comprendieron la situación e iban a participar en las elecciones aunque sin convicción alguna. Los acontecimientos los desbordaron y la primera victoria de la revolución no aumentó la influencia de los comunistas.

Actualmente es el gobierno de Alcalá Zamora el que se encarga de la convocatoria de las Cortes Constituyentes. ¿Hay algún motivo para suponer que la convocatoria de estas Cortes será impedida por una segunda revolución? De ningún modo. Son perfectamente posibles poderosos movimientos de las masas, pero este movimiento, sin partido, sin dirección, no puede conducir a una segunda revolución. La consigna de ese boicot sería en la actualidad una consigna de autoaislamiento. Hay que tomar

---

4. La Oposición de Izquierda no tiene prensa diaria. No hay más remedio que desarrollar en cartas privadas ideas que deberían constituir el contenido de los artículos cotidianos. (L.T.)

una participación activísima en las elecciones.

### *El cretinismo parlamentario de los reformistas y el cretinismo antiparlamentario de los anarquistas*

El cretinismo parlamentario es una enfermedad detestable, pero el cretinismo antiparlamentario no vale mucho más, como lo pone de manifiesto con claridad el destino de los anarcosindicalistas españoles. La revolución plantea en toda su magnitud los problemas políticos y, en su fase actual, les da la forma parlamentaria. La atención de la clase obrera no puede dejar de estar concentrada en las Cortes, y los anarcosindicalistas votarán "sigilosamente" por los republicanos e incluso por los socialistas. En España, menos que en ninguna otra parte, se puede luchar contra las ilusiones parlamentarias sin combatir al mismo tiempo la metafísica antiparlamentaria de los anarquistas.

En una serie de artículos y cartas hemos demostrado la enorme importancia de las consignas democráticas para el desarrollo ulterior de la revolución española. La ayuda a los parados, la jornada de siete horas, la revolución agraria, la autonomía nacional, todas estas cuestiones vitales y profundas están ligadas en la conciencia de la gran mayoría de los obreros españoles, sin excluir a los anarcosindicalistas, con las futuras Cortes. En el periodo de Berenguer era necesario boicotear las Cortes de Alfonso en nombre de las *Cortes Constituyentes revolucionarias*. En la agitación era necesario colocar desde el principio, en primer término, la cuestión de los derechos electorales. Sí; ¡la cuestión prosaica de los derechos electorales! Ni que decir tiene que la democracia soviética es incomparablemente superior a la burguesa. Pero los soviets no caen del cielo. Es preciso crecer para llegar a ellos.

Hay en el mundo gentes que se permiten llamarse marxistas y que manifiestan un espléndido desprecio por consignas tales como, por ejemplo, la del sufragio universal igual, directo y secreto para los hombres y las mujeres a Partir de los dieciocho años. Sin embargo, si los comunistas españoles hubieran lanzado a su tiempo esa consigna, defendiéndola en discursos, artículos y manifiestos, habrían adquirido una popularidad enorme. Precisamente porque las masas populares de España están inclinadas a exagerar la fuerza creadora de las Cortes, es por lo que todo obrero consciente, todo campesino revolucionario quieren participar en las elecciones. No nos solidarizamos ni un instante con las ilusiones de las masas; pero lo que tienen de *progresivo* dichas ilusiones debemos utilizarlo hasta el fin; de lo contrario, no somos revolucionarios, sino unos despreciables pedantes. Aunque no sea más que porque la reducción de la edad electoral interesa vivamente a muchos millares de obreros, de obreras, de campesinos y campesinas. Y ¿a cuáles? A los jóvenes, a los activos, a los que están llamados a realizar la segunda revolución. Oponer estas jóvenes generaciones a los socialistas que se esfuerzan en apoyarse en los obreros de más edad, constituye la misión elemental e indiscutible de la vanguardia comunista.

Es más. El gobierno de Alcalá Zamora quiere hacer aprobar una Constitución con dos cámaras. Las masas revolucionarias que acaban de derribar la monarquía y que están

impregnadas de una aspiración apasionada, aunque muy confusa todavía, hacia la igualdad y la justicia, acogerán con ardor la agitación de los comunistas contra el plan de la burguesía, consistente en colocar sobre la espalda del pueblo una "cámara de señores". Esta cuestión particular podrá desempeñar un papel enorme en la agitación, crear grandes dificultades a los socialistas, sembrar la discordia entre los socialistas y republicanos, es decir, dividir, aunque no sea más que temporalmente, a los enemigos del proletariado y, lo que es mil veces más importante, establecer una línea divisoria entre las masas obreras y los socialistas.

La reivindicación de la jornada de siete horas, lanzada por la Pravda, es muy justa, extraordinariamente importante e inaplazable. Pero, ¿se puede plantear esta reivindicación de un modo abstracto, ignorando la situación política y los fines revolucionarios de la democracia? Al hablar únicamente de la jornada de siete horas, de los comités de fábrica y del armamento de los obreros, ignorando la política, sin mencionar ni una sola vez en sus artículos las elecciones a Cortes, Pravda hace el juego al anarcosindicalismo, lo alimenta, lo cubre. Sin embargo, el joven obrero, al cual los republicanos y los socialistas privan del derecho al voto, a pesar de que la legislación burguesa lo considera suficientemente maduro para la explotación capitalista, o al cual se quiere imponer la segunda cámara, en la lucha contra estas ignominias, querrá mañana volver la espalda al anarquismo y tender la mano hacia el fusil. Oponer la consigna del armamento de los obreros a los procesos políticos reales que arrastran vigorosamente a las masas, significa aislarse de estas últimas y aislar a éstas de las armas.

La consigna de la autodeterminación nacional reviste actualmente en España una importancia excepcional. Sin embargo, esta consigna se plantea también hoy en el terreno democrático. No se trata, evidentemente, para nosotros, de incitar a los catalanes ya los vascos a separarse de España, sino de luchar para que se les dé esa posibilidad si expresan ellos mismos esta voluntad. Pero, ¿cómo determinarla? Muy sencillamente: mediante el sufragio universal, igualitario, directo y secreto de las regiones interesadas. Hoy no existe otro medio. Más adelante, las cuestiones nacionales, lo mismo que todas las otras serán resueltas por los soviets, como órganos de la dictadura del proletariado. Pero no podemos imponer los soviets a los obreros en cualquier momento. Lo único que podemos hacer es conducirlos hacia ellos. Aún menos podemos imponer al pueblo los soviets que el proletariado creará únicamente en el porvenir. Pero hay que dar una respuesta a las cuestiones de hoy. En el mes de mayo los municipios de Cataluña fueron llamados a elegir sus diputados para la elaboración de la Constitución catalana, es decir, para decidir su actitud hacia España. ¿Es que los obreros catalanes pueden mostrarse indiferentes ante el hecho de que la democracia pequeño burguesa, que, como siempre, se somete al gran capital, intente resolver la suerte del pueblo catalán por medio de unas elecciones antidemocráticas? La consigna de la autodeterminación nacional, sin las consignas de la democracia política que la completan y la concretan, es una fórmula vacía, o, lo que es mucho peor, un modo de engañar a la gente.

Durante un cierto periodo, todas las cuestiones de la revolución española aparecerán, en una u otra forma, a través del prisma del parlamentarismo. Los campesinos

esperarán, con una tensión extrema, lo que digan las Cortes a propósito de la cuestión agraria. ¿No es fácil comprender la importancia que podría tener en las condiciones actuales un programa agrario comunista sostenido desde la tribuna de las Cortes? Para esto son necesarias dos condiciones: hay que tener un programa agrario y conquistar un acceso a la tribuna parlamentaria. Ya sabemos que no son las Cortes las que resolverán el problema de la tierra. Es necesaria la iniciativa audaz de las propias masas campesinas. Pero para una iniciativa semejante las masas tienen necesidad de un programa y de una dirección. La tribuna de las Cortes es necesaria a los comunistas para mantener el contacto con las masas. y de este contacto nacerán los acontecimientos que desbordarán las Cortes. En esto consiste el sentido de la actitud revolucionaria - dialéctica hacia el parlamentarismo.

¿Cómo se explica, entonces, el hecho de que la dirección de la IC guarde silencio sobre esta cuestión? Únicamente porque es prisionera de su propio pasado.

Los estalinistas rechazaron demasiado ruidosamente la consigna de la Asamblea Constituyente para China. El VI Congreso estigmatizó oficialmente como "oportunismo" las consignas de la democracia política para los países coloniales. El ejemplo de España, país incomparablemente más avanzado que China e India, pone al descubierto toda la consistencia de las decisiones del VI Congreso. Pero los estalinistas están atados de pies y manos. Como no se atreven a incitar al boicot del parlamentarismo, sencillamente se callan. ¡Que perezca la revolución, pero que se salve la reputación de infalibilidad de los jefes! <sup>5</sup>

### *¿Cuál será el carácter de la revolución en España?*

En el artículo teórico citado más arriba, que parece escrito expresamente para embrollar los cerebros, después de los intentos de definir el carácter de clase de la revolución española, se dice textualmente lo siguiente: "A pesar de todo esto (!), sería falso, sin embargo (!), caracterizar ya la revolución socialista". (Pravda, 10 de mayo.) Esta frase basta para apreciar todo el análisis. ¿Es que hay alguien en el mundo -debe preguntarse el lector- capaz de creer que la revolución española "en la etapa actual" puede ser considerada como socialista sin que corra el riesgo de ir a parar a un manicomio? ¿De dónde ha sacado en general la Pravda la idea de la necesidad de semejante "delimitación", y en una forma tan suave y condicional? "A pesar de todo esto sería falso, sin embargo..." Se explica esto por el hecho de que los epígonos han hallado, por desgracia suya, una frase de Lenin sobre la "transformación" de la revolución burguesodemocrática en socialista. Como no han

---

5. El grupo italiano "Prometeo" (bordiguianos) niega en general las consignas democráticas revolucionarias para todos los países y todos los pueblos. Este doctrinarismo sectario, que coincide prácticamente con la posición de los estalinistas no tiene nada de común con la de los bolcheviques-leninistas. La oposición internacional de izquierda debe declinar todo asomo de responsabilidad por semejante infantilismo de extrema izquierda. Precisamente la experiencia actual de España atestigua que las consignas de la democracia política desempeñarán indudablemente un papel de una gran importancia en el proceso de derrumbamiento de la dictadura fascista. Entrar en la revolución española o italiana con el programa de "Prometeo" es lo mismo que ponerse a nadar con las manos atadas a la espalda; el nadador que tal haga corre un riesgo muy considerable de ahogarse. (L.T.)

comprendido a Lenin y han olvidado o deformado la experiencia de la revolución rusa, han puesto en la base de los errores oportunistas más groseros la noción de la "transformación". No se trata, ni mucho menos -digámoslo inmediatamente-, de sutilezas académicas, sino de una cuestión de vida o muerte para la revolución proletaria. No hace aún mucho tiempo, los epígonos esperaban que la dictadura de Kuomintang se "transformaría" en dictadura obrera y campesina, y esta última en dictadura socialista del proletariado. Se imaginaban, además -Stalin desarrollaba este tema con una profundidad particular-, que de una de las alas de la revolución se irían desprendiendo poco a poco los "elementos de derecha", mientras que en la otra ala se irían reforzando los "elementos de izquierda". Así se veía el progreso orgánico de la "transformación". Por desgracia, la magnífica teoría de Stalin-Martínov está enteramente basada en el desprecio más absoluto hacia la teoría de clases de Marx. El carácter del régimen social, y, por consiguiente, de toda revolución, está determinado por el carácter de la clase que detenta el poder. El poder no puede pasar de manos de una clase a las de otra mas que mediante un levantamiento revolucionario, y de ningún modo mediante una "transformación orgánica". Los epígonos pisotearon esta verdad fundamental, primero en China y ahora en España. Y vemos en la Pravda a los sabios científicos ponerse los manguitos y colocar el termómetro bajo el sobaco de Alcalá Zamora, mientras reflexionan: ¿se puede o no se puede reconocer que el proceso de "transformación" ha conducido ya la revolución española a la fase socialista? y los sabios -rindamos justicia a su sabiduría- llegan a la conclusión siguiente: No; por ahora aún no se puede reconocer.

Después de habernos dado una apreciación sociológica tan preciosa, la Pravda entra en el terreno de los pronósticos y de las directivas. "En España -dice- la revolución socialista no puede ser la finalidad inmediata. La finalidad inmediata (!) consiste en la revolución obrera y campesina contra los grandes terratenientes y la burguesía. (Pravda, 10 de mayo). Es indudable que la revolución socialista no es en España la "finalidad inmediata". Sin embargo, sería mejor y más preciso decir que la insurrección armada con el objetivo de la toma del poder por el proletariado no es en España la "finalidad inmediata". ¿Por qué? Porque la vanguardia diseminada del proletariado no arrastra aún tras de sí a la clase, y ésta no arrastra tras de sí a las masas oprimidas del campo. En estas condiciones, la lucha por el poder sería aventurismo. Pero, ¿qué significa en este caso la frase complementaria: "la finalidad inmediata es la revolución obrera y campesina contra los grandes terratenientes y la burguesía"? ¿Es decir, que entre el régimen republicano burgués y la dictadura del proletariado actual habrá una revolución particular "obrera y campesina"? Además, ¿es que esta revolución intermedia, "obrera y campesina", particular en oposición a la revolución socialista, es en España una "finalidad inmediata"? ¿Está, pues, a la orden del día un cambio de régimen? ¿Por la insurrección armada o por otro medio? ¿En qué se distinguirá precisamente la revolución obrera y campesina "contra los terratenientes y la burguesía" de la revolución proletaria? ¿Qué combinación de fuerzas de clase le servirá de base? ¿Qué partido dirigirá la primera revolución en oposición a la segunda? ¿En qué consiste la diferencia de programas y métodos de esas dos revoluciones? Buscaremos en vano una respuesta a estas preguntas. La confusión y el barullo mental están cubiertos por la palabra "transformación". A pesar de todas las reservas contradictorias, esa gente sueña en un proceso de

tránsito evolutivo de la revolución burguesa a la socialista, por una serie de etapas orgánicas que se presentan bajo distintos seudónimos: Kuomintang, "dictadura democrática", "revolución obrera y campesina", "revolución popular", y en este proceso el momento decisivo en que una clase arrebató el poder a otra, se disuelve imperceptiblemente.

### *El problema de la revolución permanente*

La revolución proletaria, claro está, es al mismo tiempo una revolución campesina; pero en las condiciones contemporáneas es una revolución campesina fuera de la revolución proletaria. Podemos decir a los campesinos con pleno derecho que nuestro fin es la creación de una república obrera y campesina, de la misma manera que después del levantamiento de octubre hemos dado el nombre de "gobierno obrero y campesino" al gobierno de la dictadura proletaria. Pero no oponemos la revolución obrera y campesina a la proletaria, sino que, por el contrario, las identificamos. Es ésta la única manera justa de plantear la cuestión.

Aquí chocamos de nuevo con el centro mismo de la cuestión de la llamada "revolución permanente". En su lucha contra esta teoría los epígonos han llegado hasta la ruptura completa con el punto de vista de clase. Es verdad que después de la experiencia del "bloque de las cuatro clases" en China, se han vuelto más prudentes. Pero a consecuencia de esto se han embrollado aún más y procuran con todas sus fuerzas embrollar a los demás.

Por fortuna, gracias a los acontecimientos, la cuestión ha salido de la esfera de los sabios ejercicios de los profesores rojos sobre los viejos textos. No se trata de recuerdos históricos, ni de seleccionar extractos, sino de una nueva y grandiosa experiencia histórica que se desarrolla ante nuestros ojos. Aquí dos puntos de vista son confrontados en el campo de la lucha revolucionaria. No se puede escapar a su control. El comunista español que no se dé cuenta a tiempo de la esencia de las cuestiones relacionadas con la lucha contra el "trotsquismo", se verá teóricamente desarmado ante las cuestiones fundamentales de la revolución española.

### *¿Qué es la "transformación" de la revolución?*

Sí, Lenin propugnó en 1905 la fórmula hipotética de la "dictadura democrática del proletariado y de los campesinos". De existir en general un país en el cual pudiera esperarse una revolución agraria democrática *independiente* anterior a la toma del poder por el proletariado, ese país era precisamente Rusia, donde el problema agrario dominaba toda la vida nacional, donde los movimientos campesinos revolucionarios se prolongaban durante décadas, donde existía un partido agrario revolucionario con una gran tradición y una amplia influencia entre las masas. Sin embargo, aun en Rusia, no hubo sitio para una revolución intermedia entre la burguesa y la proletaria. En abril de 1917 Lenin repetía sin cesar, refiriéndose a Stalin, Kamérev y otros que se aferraban a la vieja fórmula bolchevique de 1905: "No hay y no habrá otra "dictadura democrática" que la de Miliukov-Tseretelli-Chernov: *la dictadura democrática es,*

por su esencia misma, *una dictadura de la burguesía sobre el proletariado*; sólo la dictadura del proletariado puede suceder a la "dictadura democrática". Quien invente fórmulas intermedias es un pobre visionario o un charlatán." He aquí la conclusión que sacaba Lenin de la experiencia viva de las revoluciones de febrero y de octubre. Nosotros seguimos colocados sobre la base de esa experiencia y de esas conclusiones.

¿Qué significa, pues, en este caso, para Lenin la "transformación de la revolución democrática en socialista"? Desde luego nada de lo que ven en su imaginación los epígonos y razonadores hueros pertenecientes al grupo de profesores rojos. Hay que saber que la dictadura del proletariado no coincide, ni mucho menos de una manera mecánica, con la noción de revolución socialista. La conquista del poder por la clase obrera se produce en un medio nacional determinado, en un periodo determinado y para la solución de cuestiones determinadas. En las naciones atrasadas dichas cuestiones de solución inmediata tienen un carácter democrático: liberación nacional del yugo imperialista y revolución agraria, como en China; revolución agraria y de los pueblos oprimidos, como en Rusia. Lo mismo vemos actualmente en España, aunque en otra disposición. Lenin decía incluso que el proletariado ruso había llegado en octubre de 1917 al poder, ante todo, como *agente de la revolución burguesa democrática*. El proletariado victorioso empezó por la resolución de los problemas democráticos, y, poco a poco, mediante la lógica de su dominación, enfocó las cuestiones socialistas. Sólo doce años después de su poder ha empezado a emprender seriamente la colectivización de la economía agraria. Es esto lo que Lenin calificaba de "transformación" de la revolución democrática en socialista. No es el poder burgués el que se transforma en obrero-campesino y luego en proletario, no; el poder de una clase no se "transforma" en poder de otra, sino que se arrebató con las armas en la mano. Pero después que la clase obrera ha conquistado el poder, los fines democráticos del régimen proletario se transforman inevitablemente en socialistas. El tránsito orgánico y por evolución de la democracia al socialismo es concebible sólo bajo la *dictadura del proletariado*. He aquí la idea central de Lenin. Los epígonos han deformado todo esto, lo han embrollado, falsificado, y ahora envenenan con sus falsificaciones la conciencia del proletariado internacional.

### *Dos variantes: el oportunismo y el aventurismo*

Se trata -repetámoslo nuevamente- no de sutilezas académicas, sino de cuestiones vitales de la estrategia revolucionaria del proletariado. No es cierto que en España esté a la orden del día la "revolución obrera y campesina". No es cierto que, en general, esté hoy a la orden del día en España una nueva revolución, es decir, una lucha inmediata por el poder. No; lo que está a la orden del día es la lucha por las masas, para libertarlas de las ilusiones republicanas y de su confianza en los socialistas, por su agrupamiento revolucionario. La segunda revolución vendrá; pero será la revolución del proletariado conduciendo tras de sí a los campesinos pobres. No habrá sitio para una "revolución obrera y campesina" especial entre el régimen burgués y la dictadura del proletariado. Contar con una revolución semejante y adaptar la política a la misma significa "kuomintangizar" al proletariado, es decir, matar la revolución.



Las fórmulas confusionistas de Pravda abren dos caminos que fueron experimentados en China hasta sus últimas consecuencias: el camino oportunista y el camino de la aventura. Si hoy Pravda no se decide aún a "caracterizar" la revolución española como revolución obrera y campesina, quién sabe si no lo hará mañana, cuando Zamora Chang Kai-Chek sea reemplazado por el "fiel Van-Tan-Vei": en este caso el izquierdista Lerroux. ¿No dirán entonces los sabios profesores -los Martínov, Kuusinen y Cía- que nos hallamos en presencia de una república obrera y campesina que hay que "sostener en tanto en que..." (fórmula de Stalin en marzo de 1917) o sostenerla enteramente? (Fórmula del mismo Stalin con respecto al Kuomintang en 1925-1927.)

Pero hay también una posibilidad aventurista, que acaso responda aún mejor al estado de espíritu centrista de hoy. El editorial de la Pravda dice que las masas españolas "empiezan asimismo a dirigir sus golpes, contra el gobierno." Sin embargo, ¿es que el partido comunista español puede lanzar la consigna del derrumbamiento del gobierno actual como una *finalidad inmediata*? En la sabia incursión de la Pravda se dice, como hemos visto, que la finalidad inmediata es la revolución obrera y campesina. Si se entiende esta "fase" no en el sentido de la transformación, sino en el derrocamiento del poder, aparece completamente ante nosotros la variante del aventurismo. El débil partido comunista puede decir en Madrid, como dijo (o como se le mandó que dijera) en diciembre de 1927 en Cantón: "Para una dictadura proletaria, naturalmente, no estamos todavía en sazón; pero como hoy se trata de un grado intermedio, de la dictadura obrera y campesina, intentemos la insurrección de aunque no sea más que con nuestras débiles fuerzas, y acaso salga alguna cosa de ello." En efecto no es difícil prever que cuando se ponga de manifiesto el retraso criminal con que se ha obrado en el primer año de la revolución española los culpables de esta pérdida de tiempo empezarán a azotar a los "ejecutores" y les empujarán, acaso, a una aventura trágica por el estilo de la de Cantón.

### *Las perspectivas de las "jornadas de julio"*

¿Hasta qué punto es real este peligro? Es completamente real. Tiene sus raíces en las condiciones interiores de la revolución misma, que revisten un carácter particularmente amenazador a causa de los equívocos y de la confusión de los jefes. En la situación española de hoy se oculta una nueva explosión de las masas que corresponde más o menos a aquellos combates de 1917 en Petrogrado, que han entrado en la historia con el nombre de "Jornadas de julio" y que no condujeron al desastre de la revolución gracias a la justa política de los bolcheviques. Es necesario detenerse en esta cuestión candente para España.

Hallamos el prototipo de las "Jornadas de julio" en todas las antiguas revoluciones, empezando por la gran revolución francesa, con distintos resultados, pero, como regla general, desdichadas y a menudo catastróficas. La etapa de este orden es inherente al mecanismo de la revolución burguesa, en la medida en que la clase que se sacrifica más por el éxito de la revolución y que deposita más esperanza en la misma, es la que obtiene menos de ella. La lógica de este proceso es completamente clara. La clase poseyente, después de haber obtenido el poder por el golpe de Estado,

se inclina a considerar que por ello mismo la revolución ha realizado ya íntegramente su misión, y de lo que más se preocupa es de demostrar su buena conducta a las fuerzas reaccionarias. La burguesía "revolucionaria" provoca la indignación de las masas populares por las mismas medidas con las cuales se esfuerza en conquistar la buena disposición de las clases derribadas. La desilusión de las masas se produce muy pronto, antes de que su vanguardia se haya enfriado de los combates revolucionarios. El sector avanzado se imagina que con un nuevo golpe puede dar cima a lo realizado antes de una manera insuficientemente decisiva o corregirlo. De aquí el afán de una nueva revolución sin preparación, sin programa, sin tener en cuenta las reservas, sin pensar en las consecuencias. De otra parte, la burguesía llegada al poder no hace más que vigilar el momento del empuje impetuoso de abajo para intentar arreglar definitivamente las cuentas al pueblo. Tal es la base social y psicológica de esa semirevolución complementaria que, más de una vez en la historia, se ha convertido en el punto de partida de la contrarrevolución victoriosa.

En 1848 las "Jornadas de julio" se desarrollaron en Francia en junio y tomaron un carácter incomparablemente más grandioso y más trágico que en Petrogrado en 1917. Las llamadas "Jornadas de junio" del proletariado de París habían nacido con una fuerza irresistible de la revolución de febrero. Los obreros de París, con los fusiles de febrero en la mano, no podían dejar de reaccionar ante las contradicciones existentes entre el programa pomposo y la realidad miserable, ante ese intolerable contraste que repercutía cada día en sus estómagos y en sus conciencias. Sin plan, sin programa, sin dirección, las Jornadas de junio de 1848 no eran más que un reflejo potente e inevitable del proletariado. Los obreros insurreccionados fueron aplastados despiadadamente. Fue así como los demócratas desbrozaron el camino al bonapartismo.

La explosión gigantesca de la *Commune* fue asimismo, con respecto al golpe de Estado de septiembre de 1870, lo que habían sido las Jornadas de junio con respecto a la revolución de febrero de 1848. La insurrección de marzo del proletariado parisién no tenía nada que ver con el cálculo estratégico, sino que nació de una trágica combinación de circunstancias, completada por una de esas provocaciones de que es tan capaz la burguesía francesa cuando el miedo excita su mala fe. En la *Commune* de París el proceso reflexivo del proletariado contra el engaño de la revolución burguesa se elevó por primera vez al nivel de revolución proletaria, pero para ser echada abajo inmediatamente.

Hoy la revolución incruenta, pacífica, gloriosa (la lista de estos adjetivos es siempre la misma), en España prepara ante nuestros ojos sus "Jornadas de junio", si se toma el calendario de Francia, o sus "Jornadas de julio", si se toma el calendario de Rusia. El gobierno de Madrid, bañándose en frases que parecen a menudo una traducción del ruso, promete medidas amplias contra el paro forzoso y los latifundios, pero no se atreve a tocar ninguna de las viejas llagas sociales. Los socialistas de la coalición ayudan a los republicanos a sabotear los fines de la revolución. El jefe de Cataluña, de la parte más industrial y más revolucionaria de España, predica un reinado milenario sin naciones ni clases oprimidas, pero al mismo tiempo no hace absolutamente nada para ayudar al pueblo a liberarse, por lo menos, de una parte

de sus cadenas más odiadas. Maciá se esconde tras el Gobierno de Madrid, el cual, a su vez, se esconde tras las Cortes Constituyentes. ¡Como si la vida se detuviera esperando esas Cortes! ¡Y como si no fuera evidente que las Cortes futuras no serán más que una reproducción ampliada del bloque republicano-socialista, que no tiene otra preocupación más que la de que todo quede como antes! ¿Es difícil prever el incremento febril de la indignación de los obreros y de los campesinos? La desproporción entre la marcha de las masas en la revolución y en la política de las nuevas clases dirigentes es el origen de ese conflicto irreconciliable que, en su desarrollo ulterior, o dará lugar a la primera revolución, la de abril, o conducirá a la segunda revolución.

Si el partido bolchevique se hubiera obstinado en considerar el movimiento de junio como "inoportuno" y hubiese vuelto la espalda a las masas, la semi insurrección hubiera caído inevitablemente bajo la dirección esporádica e incoherente de los anarquistas, de los aventureros, de los elementos que hubieran expresado de un modo ocasional la indignación de las masas, y se habría visto ahogada en sangre por convulsiones estériles. Pero, por el contrario, si el partido, poniéndose al frente del movimiento, hubiera renunciado a su apreciación de la situación en su conjunto para deslizarse hacia las sendas de los combates decisivos, la insurrección habría tomado un impulso audaz; los obreros y los soldados, bajo la dirección de los bolcheviques, se habrían adueñado temporalmente del poder en Petrogrado en el mes de junio, pero únicamente para preparar luego el fracaso de la revolución. Sólo la dirección acertada del partido de los bolcheviques evitó las dos variantes de ese peligro fatal en el sentido de las jornadas de junio de 1848 y de la Commune de París de 1871. El golpe asestado en julio de 1917 a las masas y al partido fue muy considerable. Pero no fue un golpe decisivo. Las víctimas se contaron por decenas, pero no por decenas de miles. La clase obrera salió de esa prueba no decapitada ni exangüe; conservó completamente sus cuadros combativos, los cuales aprendieron mucho, y en octubre condujeron al proletariado a la victoria.

Precisamente desde el punto de vista de las "Jornadas de junio" constituye un terrible peligro la ficción de la revolución "intermedia" que, según se pretende, está a la orden del día en España.

### *La lucha por las masas y las Juntas obreras*

El deber de la Oposición de Izquierda consiste en poner de manifiesto, desenmascarar y condenar a la vergüenza eterna en la conciencia de la vanguardia proletaria, de un modo implacable, la fórmula de una "revolución obrera y campesina" particular, distinta de las revoluciones burguesa y proletaria. ¡No creáis esto, comunistas de España! No es más que una ilusión y un engaño. Es una trampa diabólica que puede convertirse mañana en una soga para vuestro cuello. Reflexionad bien en las lecciones de la revolución rusa y en las de los desastres de los epígonos. Ante vosotros se abre una perspectiva de lucha por la *dictadura del proletariado*. En nombre de esta misión debéis agrupar a vuestro alrededor a la clase obrera y levantar a los millones de campesinos pobres para que ayuden a los obreros. Es ésta una labor gigantesca. Sobre vosotros, comunistas de España, recae una responsabilidad revolucionaria

enorme. No cerréis los ojos ante vuestra debilidad, no os dejéis engañar por las ilusiones. La revolución no cree en las palabras, sino que somete todo a prueba, a la prueba sangrienta. Sólo la dictadura del proletariado puede derrocar la dominación de la burguesía. No hay, no habrá, ni puede haber, ninguna revolución intermedia, más "simple", más "económica", más accesible a vuestras fuerzas. La historia no inventará para vosotros ninguna dictadura con descuento. El que os hable de ella os engaña. Preparaos seriamente, con tenacidad, de un modo incansable, para la dictadura del proletariado.

Sin embargo, el objetivo inmediato que se plantea a los comunistas españoles *no es la lucha por el poder, sino la lucha por las masas*, y esta lucha se desarrollará en el periodo próximo sobre la base de la república burguesa y, en proporciones enormes, bajo las consignas de la democracia. El objetivo inmediato es, indudablemente, la creación de Juntas obreras (soviets). Pero sería absurdo oponer las Juntas a las consignas de la democracia. La lucha contra los privilegios de la Iglesia y contra la dominación de las Ordenes religiosas y de los conventos -lucha puramente democrática- condujo en mayo a una explosión de las masas que creó condiciones favorables, desgraciadamente no utilizadas, para la elección de diputados obreros. En la fase actual, las Juntas son la forma organizada del frente único proletario, para las huelgas, para la expulsión de los jesuitas, para la participación en las elecciones a las Constituyentes, para el contacto con los soldados, para el apoyo al movimiento campesino. Es sólo a través de las Juntas, que engloban al núcleo fundamental del proletariado, como los comunistas podrán asegurar su hegemonía entre el proletariado y, por consiguiente, en la revolución. Sólo a medida que vaya aumentando la influencia de los comunistas sobre la clase obrera, las Juntas se convertirán en órganos de lucha por el poder. En una de las etapas posteriores -no sabemos aún cuando- las Juntas, como órganos del poder del proletariado, se verán opuestas a las instituciones democráticas de la burguesía. Sólo entonces llegará la última hora de la democracia burguesa.

En todos los casos en que las masas se ven arrastradas a la lucha, sienten invariablemente -no pueden menos de sentirla- la necesidad aguda de una organización prestigiosa que se eleve por encima de los partidos, de las fracciones y de las sectas, y que sea capaz de unir a todos los obreros en una acción común. Son precisamente las Juntas obreras elegibles las que deben presentar esta forma de organización. Hay que saber sugerir a las masas esta consigna en el instante oportuno, y momentos semejantes aparecen actualmente a cada instante. Oponer la consigna de los soviets, como órganos de la dictadura del Proletariado, a la lucha real de hoy, significa convertir dicha consigna en un santuario ultrahistórico, en un icono ultrarrevolucionario, que pueden adorar algunos devotos, pero que no puede nunca arrastrar a las masas revolucionarias.

### *La cuestión de los ritmos de la revolución española*

Pero ¿queda aún tiempo para la aplicación de una táctica acertada? ¿No es ya tarde? ¿No se han dejado pasar ya todos los plazos?

El determinar acertadamente los ritmos de desarrollo de la revolución tiene una enorme importancia, si no para definir la línea estratégica fundamental, al menos para la definición de la táctica. Ahora bien, sin una táctica justa, la mejor línea estratégica puede conducir a la ruina. Naturalmente, es imposible prever los ritmos por un largo periodo. El ritmo debe ser comprobado en el curso de la lucha, sirviéndose de los síntomas más variados. Además, en el curso de los acontecimientos, el ritmo puede cambiar bruscamente. Pero, a pesar de todo, hay que tener ante los ojos una perspectiva determinada, a fin de efectuar en la misma, en el proceso de la experiencia, correcciones necesarias.

La gran revolución francesa empleó más de tres años para llegar al punto culminante: la dictadura de los jacobinos. La revolución rusa condujo en ocho meses a la dictadura de los bolcheviques. Vemos aquí una diferencia enorme de los ritmos. Si en Francia los acontecimientos se hubieran desarrollado más rápidamente, los jacobinos no hubieran tenido tiempo para formarse, pues en vísperas de la revolución no existían como partido. De otra parte, si los jacobinos hubieran representado una fuerza ya en vísperas de la revolución, los acontecimientos indudablemente se habrían desarrollado con más rapidez. Tal es uno de los factores que determina el ritmo. Pero hay otros que son acaso más decisivos.

La revolución rusa de 1917 fue precedida de la revolución de 1905, calificada de ensayo general por Lenin. Todos los elementos de la segunda y de la tercera revolución fueron preparados de antemano, de manera que las fuerzas que participaron en la lucha avanzaban por un camino conocido. Esto aceleró extraordinariamente el periodo de ascensión de la revolución hacia su punto culminante.

Pero así y todo, hay que suponer que el factor decisivo en la cuestión del ritmo en 1917 fue la guerra. La cuestión de la tierra podía ser aún aplazada por algunos meses, incluso acaso por algunos años. Pero la cuestión de la muerte en las trincheras no permitía ningún aplazamiento. Los soldados decían: "¿Qué necesidad tengo de la tierra si yo no estaré allí?" La presión de una masa de doce millones de soldados fue un factor que contribuyó extraordinariamente a acelerar la revolución. Sin la guerra, a pesar del "ensayo general" de 1905 y de la existencia del partido bolchevique, el periodo preparatorio, prebolchevista de la revolución, hubiera podido durar no ocho meses, sino acaso un año, dos y más.

El partido comunista español ha entrado en los acontecimientos en un estado de debilidad extrema. España no está en guerra; los campesinos españoles no están concentrados por millones en los cuarteles y en las trincheras, ni se hallan bajo el peligro inmediato de exterminio. Todas estas circunstancias obligan a esperar un desarrollo más lento de los acontecimientos y permiten, por consiguiente, confiar en que se dispondrá de un plazo más largo para la preparación del partido y la conquista del poder.

Pero hay factores que obran en el sentido opuesto y que pueden provocar tentativas prematuras de un combate decisivo que equivaldría al desastre de la revolución:

la ausencia de un partido fuerte aumenta la importancia de lo espontáneo en el movimiento; las tradiciones anarcosindicalistas obran en el mismo sentido; finalmente, la falsa orientación de la IC abre las puertas a las explosiones de aventurismo.

La conclusión de estas analogías históricas es clara: si la situación en España (ausencia de tradiciones revolucionarias recientes; ausencia de un partido fuerte; ausencia de la guerra) conduce a que el *alumbamiento normal* de la dictadura del proletariado se vea, según todas las apariencias, prolongado por un plazo considerablemente más largo que en Rusia, existen, por el contrario, circunstancias que refuerzan extraordinariamente el peligro de un *aborto revolucionario*.

La debilidad del comunismo español, que es el resultado de la falsa política oficial, hace, a su vez, a este último extremadamente susceptible de asimilarse las conclusiones más peligrosas de las directivas falsas. Al débil no le gusta ver su propia debilidad, teme hallarse retrasado, se enerva y corre demasiado. En particular, los comunistas españoles pueden temer las Cortes. En Rusia, la Asamblea Constituyente, aplazada por la burguesía, se reunió después ya del desenlace decisivo y fue liquidada sin esfuerzo. Las Cortes Constituyentes españolas se reúnen en una fase más próxima de la revolución. En las Cortes, los comunistas, si en general logran ir allí, serán una minoría insignificante. De esto puede nacer el pensamiento de intentar el derrocamiento de las Cortes lo más pronto posible, aprovechándose de cualquier ofensiva espontánea de las masas. Semejante aventura no sólo no resolvería el problema del poder, sino que, por el contrario, se rechazaría muy considerablemente la revolución, la cual quedaría seguramente con la columna vertebral rota. El proletariado podrá arrancar el poder de manos de la burguesía sólo a condición de que la mayoría de los obreros tiendan a ello apasionadamente y de que la mayoría explotada del pueblo tenga confianza en el proletariado. Es precisamente en la cuestión de las instituciones parlamentarias de la revolución en la que los camaradas españoles deben fijarse, no tanto en la experiencia rusa cuanto en la de la gran revolución francesa. La dictadura de los jacobinos fue precedida de tres parlamentos. Por estos tres peldaños las masas se elevaron hasta la dictadura jacobina. Sería estúpido creer -como los republicanos y socialistas madrileños- que las Cortes pondrán efectivamente un punto a la revolución. No; las Cortes no pueden hacer otra cosa que dar un nuevo empuje al desarrollo de la revolución, asegurando al mismo tiempo una mayor regularidad del mismo. Semejante perspectiva es muy importante para la orientación en el curso de los acontecimientos, para contrarrestar el enervamiento y el aventurismo.

Esto no significa, ni que decir tiene, que los comunistas deban desempeñar el papel de freno de la revolución, y, aún menos, que deban desolidarizarse de los movimientos y de las acciones de las masas de la ciudad y del campo. Semejante política sería funesta para el partido, el cual debe conquistar aún la confianza de las masas revolucionarias. Únicamente porque los bolcheviques dirigieron todos los combates de los obreros y de los soldados tuvieron en julio la posibilidad de evitar la catástrofe de las masas.

Si las condiciones objetivas y la mala fe de la burguesía hubieran impuesto al proletariado el combate decisivo en las condiciones desfavorables, los comunistas habrían, naturalmente, encontrado su puesto en las primeras filas de los combatientes. Un partido revolucionario preferirá siempre exponerse a la destrucción, junto con su clase, que permanecer al margen predicando la moral y dejando a los obreros sin dirección bajo las bayonetas de la burguesía. Un partido aplastado en la lucha penetrará profundamente en el corazón de las masas, y tarde o temprano tomará su desquite. Un partido que se retire en el momento de peligro no renacerá más. Pero los comunistas españoles no se hallan en general situados en esta alternativa trágica. Al contrario, hay todos los motivos para creer que la ignominiosa política del socialismo en el poder y la desorientación lamentable del anarcosindicalismo impulsarán cada vez más a los obreros hacia el comunismo, y que el partido - a condición de que tenga una política justa- dispondrá de tiempo suficiente para prepararse y conducir al proletariado a la victoria.

### *¡Por la unidad de las filas comunistas!*

Uno de los crímenes más vergonzosos de la burocracia estalinista es la escisión sistemática de las filas comunistas, poco numerosas en España, escisión que no se deriva de los acontecimientos de la revolución española, sino que les ha sido impuesta bajo la forma de directivas que se desprenden de la lucha de la burocracia estalinista por su propia conservación. La revolución crea siempre en el proletariado una fuerte corriente hacia el ala izquierda. En 1917 se fundieron con los bolcheviques todos los grupos y todas las corrientes que le eran espiritualmente afines, aunque en el pasado hubieran luchado contra el bolchevismo. El partido no sólo creció rápidamente, sino que vivió una vida interior de una extraordinaria turbulencia. Desde abril hasta octubre, y más tarde, durante los años de guerra civil, la lucha de tendencias y de grupos en el partido bolchevique alcanza en algunos momentos una gravedad extraordinaria. Pero no se producen escisiones, ni tan siquiera exclusiones individuales. La presión poderosa de las masas cohesiona al partido. La lucha interna le educa, le aclara su propio camino. En esta lucha todos los miembros del partido adquieren una convicción profunda en el acierto de la política del partido y en la seguridad revolucionaria de la dirección. Es sólo esta convicción de los bolcheviques de fila, conquistada en la experiencia y en la lucha ideológica, lo que da la posibilidad a la dirección de lanzar a todo el partido al combate en el momento necesario, y sólo la convicción profunda del partido en el acierto de su política inspira a las masas obreras la confianza en el mismo. Grupos artificiales impuestos desde fuera; ausencia de lucha ideológica libre y honrada; aplicación del calificativo de enemigos a los amigos; creación de leyendas que sirven para la escisión de las filas comunistas. He aquí lo que paraliza actualmente al partido comunista español. Este debe librarse de las tenazas burocráticas que lo condenan a la impotencia. Hay que agrupar las filas comunistas sobre la base de una discusión abierta y honrada. Hay que preparar el congreso de unificación del partido comunista español.

La situación se complica por el hecho de que no sólo la burocracia estalinista oficial en España, poco numerosa y débil, sino también las organizaciones opositoras,

que formalmente se hallan fuera de la Internacional Comunista -la Federación catalana y el grupo autónomo de Madrid-, carecen de un programa de acción claro y, lo que es todavía peor, están contaminados en una gran parte de los prejuicios que los epígonos del bolchevismo han sembrado con tanta abundancia durante estos últimos ocho años. Los opositores catalanes no tienen la claridad necesaria en la cuestión de la "revolución obrera y campesina", de la "dictadura democrática" y aun del "partido obrero y campesino". Esto redobla el peligro. La lucha por la reconstitución de la unidad de las filas comunistas debe ser combinada con la lucha contra la podredumbre ideológica y la falsificación estalinista.

Es ésta la misión de la Oposición de Izquierda. Pero hayó que decir la verdad: ésta apenas ha iniciado aún su tarea. Sabemos las condiciones difíciles en que se hallan nuestros compañeros de ideas; persecuciones policiacas ininterrumpidas bajo Primo de Rivera, bajo Berenguer y bajo Alcalá Zamora. El compañero Lacroix, por ejemplo, sale de la cárcel para volver a entrar en ella. El aparato de la IC, impotente en el terreno de la dirección revolucionaria, desarrolla una gran actividad en el de las persecuciones y de las calumnias. Todo esto dificulta extremadamente el trabajo. Sin embargo, éste debe ser llevado a cabo. Hay que agrupar las fuerzas de la Oposición de Izquierda en todo el país, fundar una revista y un boletín, agrupar a la juventud obrera, formar círculos y luchar por la unidad de las filas comunistas sobre la base de una política marxista justa.

Kadikei, 28 de mayo de 1931



## Primeras lecciones de España

Europa se ha convertido en una escuela formidable y muy dura para el proletariado. En un país tras otro se desarrollan acontecimientos que exigen de los obreros muchos sacrificios y mucha sangre, pero que, hasta ahora, no han conducido a la victoria de los enemigos del proletariado más que en Italia, Alemania y Austria. La política de los viejos partidos obreros ilustra la forma en que es *imposible* dirigir al proletariado, la forma en que es *imposible* preparar la victoria.

En el momento en que escribo, la guerra civil española aún no ha terminado. Los obreros del mundo entero esperan febrilmente la noticia de la victoria del proletariado español. Si, tal como esperamos firmemente, consigue esta victoria, habrá que decir que esta vez los obreros habrán vencido a pesar de que su dirección haya hecho todo lo necesario para preparar su derrota. ¡Tanto más honor y tanta más gloria para los obreros españoles!

### *El cuerpo de oficiales*

Los socialistas y los comunistas pertenecen, en España, al Frente Popular, que ya una vez traicionó a la revolución pero que, gracias a los obreros y a los campesinos, ha logrado una vez más la victoria (en las elecciones), formando en febrero un gobierno "republicano". Seis meses más tarde, el ejército "republicano" entra en campaña contra su pueblo. Se revela, de este modo, que el gobierno del frente popular, que ha mantenido, con el dinero del pueblo, a la casta de los oficiales, ha dado a ésta autoridad, poder, armas y jóvenes obreros y campesinos a los que dar órdenes, y todo ello para facilitarle su preparación del aplastamiento de los obreros y los campesinos.

Es más, incluso hoy, en plena guerra civil, el gobierno de frente popular hace todo lo que puede para dificultar la victoria. Como se sabe, una guerra civil no se lleva tan sólo con medios militares, sino también con medios políticos. En el plano puramente militar, la revolución española es más débil que sus enemigos. Su fuerza reside en que es capaz de hacer que se yergan grandes masas. Es capaz, incluso, de arrebatárselos su ejército a los oficiales reaccionarios: basta con que levante, de forma seria y audaz, el programa de la revolución socialista.

Es preciso proclamar que la tierra, las fábricas, las factorías, pasan de inmediato de las manos de los capitalistas a las del pueblo. Hay que pasar, en los hechos, a la realización de este programa en las zonas en que el poder está en manos de los obreros. El ejército fascista no podría resistirse ni veinticuatro horas a la atracción de semejante programa: los soldados atarían de pies y manos a sus oficiales para entregarlos en los estados mayores de la milicia obrera más cercanos. Pero los ministros burgueses no podrían aceptar un programa como éste. Frenando la revolución, obligan a los obreros y a los campesinos a verter diez veces más sangre en la guerra civil. Y, como coronación, esos caballeros esperan volver a desar

los obreros inmediatamente después de la victoria y exigirles respeto a las sagradas leyes de la propiedad privada. Tal es la verdadera esencia de la política de frente popular. ¡Todo lo demás sólo son frases y mentiras!

Muchos partidarios del frente popular mueven hoy la cabeza, con aire de reproche, ante el gobierno de Madrid: "¿Cómo no previeron esto? ¿Por qué no depuraron a tiempo el ejército? ¿Por qué no tomaron las medidas necesarias?" Hay muchos críticos de esta especie, sobre todo en Francia, donde, sin embargo, la política de los jefes del frente popular no se distingue rigurosamente en nada de la política de sus colegas españoles. Puede profetizarse que, a pesar de la dura lección de España, el gobierno de Léon Blum no realizará una depuración seria del ejército. ¿Por qué? Porque las organizaciones obreras figuran en una alianza con los radicales y son, por consiguiente, prisioneras de la burguesía.

### *El papel del frente popular*

Es una ingenuidad lamentarse de que los republicanos españoles, o los socialistas, o los comunistas, no hayan previsto nada, haya dejado escapar una ocasión. La cuestión no está en absoluto en la perspicacia de tal o cual ministro o dirigente, sino en la dirección, en la orientación general de su política. El partido obrero que concluye una alianza política con la burguesía radical renuncia, por ello mismo, a luchar contra el militarismo capitalista. La dominación de la burguesía, es decir, la preservación de la propiedad privada de los medios de producción, es inconcebible sin el sostenimiento de los explotadores por parte de las fuerzas armadas. El cuerpo de los oficiales constituye la guardia del capital. Sin ella, la burguesía no podría mantenerse ni un solo día. La selección de los individuos, su formación y su educación convierten a los oficiales, en su conjunto, en enemigos irreductibles del socialismo. El que haya excepciones aisladas no cambia nada.

Esto es así en todos los países burgueses. El peligro no está en los bocazas y en los demagogos militares que se proclaman abiertamente fascistas; es infinitamente más amenazador el hecho de que el conjunto del cuerpo de los oficiales, cuando se acerca la revolución proletaria, se convierta en verdugo del proletariado. Eliminar del ejército a cuatrocientos o quinientos agitadores reaccionarios significa, en el fondo, dejarlo todo como en el pasado. ¡El cuerpo de los oficiales, en cuyo seno se concentran tradiciones seculares de sometimiento del pueblo, debe ser quebrado, disuelto, aplastado en su conjunto, sin dejar rastro. Hay que remplazar el ejército de cuartel, al mando de la casta de los oficiales, por la milicia popular, es decir, por la organización democrática de los obreros y los campesinos armados. No existe ninguna otra solución. Pero semejante ejército es incompatible con la dominación de los explotadores, grandes o pequeños. ¿Pueden los republicanos aceptar medidas como éstas? No, en ningún caso. El gobierno de frente popular, es decir, el gobierno de la coalición de los obreros y la burguesía, es, por su misma esencia, el gobierno de la capitulación ante la burocracia y los oficiales. Esta es la lección principal de los acontecimientos de España, que hoy se paga con millares de vida humanas.

## *Defensa de la república, o revolución obrera*

La alianza política de los dirigentes obreros con la burguesía se cubre con el pretexto de la defensa de la "república". La experiencia española revela qué es exactamente esa defensa. La palabra "republicano", igual que la palabra "demócrata", pertenece al charlatanismo consciente que sirve para disimular las contradicciones de clases. El burgués es republicano mientras la república protege la propiedad privada. Y los obreros utilizan la república con objeto de derribar la propiedad privada. En otros términos, la república pierde todo valor, para el burgués, en el mismo momento en que empieza a resultar valiosa a ojos del obrero. Los radicales no pueden entrar en un bloque con los partidos obreros sin antes haberse garantizado un apoyo, personificado en el cuerpo de los oficiales. No es causal que, en Francia, se encuentre Daladier al frente del ministerio de guerra. La burguesía francesa le ha confiado ya otras veces ese puesto, y nunca la ha decepcionado. Pensar que Daladier sea capaz de depurar al ejército de fascistas y de reaccionarios, en otros términos, de disolver el cuerpo de oficiales, es propio de gente de la calaña de Maurice Paz y de Marceati Pivert, pero nadie los toma en serio.

Pero en ieste punto nos interrumpen con esta exclamación: "¿Cómo puede disolverse el cuerpo de oficiales? Esto significa destruir el ejército, dejar desarmado al país ante el fascismo. ¡Hitler y Mussolini no desean otra cosa!" Todos estos argumentos son ya conocidos, y desde hace tiempo. Así razonaban, en 1917, los cadetes, los socialistas revolucionarios y los mencheviques rusos. Así razonan los dirigentes del frente popular español. Los obreros españoles se han creído a medias estos razonamientos mientras no se han convencido, por experiencia propia, que el enemigo fascista más cercano se encontraba en el ejército español. No era gratuitamente que nuestro viejo amigo Karl Liebknecht decía: "¡El enemigo principal está en nuestro país!"

"L'Humanité" lloriqueando, implora la depuración de los elementos fascistas del ejército. Pero ¿a qué precio se paga esta petición? Votar los créditos para el mantenimiento del cuerpo de oficiales, aliarse con Daladier y, a través suyo, con el capital financiero, mientras se reclama, simultáneamente, que ese ejército, esencialmente capitalista, sirva al pueblo y no al capital, significa o bien que se ha caído en la más profunda idiotez, o bien que se engaña conscientemente a las masas trabajadoras.

"Pero no podemos quedarnos sin ejército, repíten los jefes socialistas y comunistas; tenemos que defender nuestra democracia, y, junto con ella, a la Unión Soviética, contra Hitler." Después de la lección de España, no es difícil prever las consecuencias de esta política, tanto para la democracia como para la Unión Soviética. Tras elegir el momento favorable, el cuerpo de oficiales, codo a codo con las disueltas ligas fascistas, pasará a la ofensiva contra las masas trabajadoras, y, si las vence, aplastará los míseros restos de democracia burguesa y tenderá la mano a Hitler para una lucha común contra la URSS.

No es posible leer sin ira y sin franca repugnancia los artículos del "Populaire" y de "L'Humanité" sobre los acontecimientos de España. Esa gente no aprende nada. No

quiere aprender nada. Cierra conscientemente los ojos ante los hechos. Para ella, la lección principal está en que hay que mantener a toda costa la "unidad" del frente popular, es decir, la unidad con la burguesía, la amistad de Daladier.

Daladier es, sin duda alguna, un gran "demócrata". Pero, ¿se puede dudar ni por un instante de que, aparte de su trabajo oficial en el ministerio Blum, realice un considerable trabajo oficioso en el estado mayor y el cuerpo de oficiales? Ahí se encuentran personas serias, capaces de mirar frente a frente la realidad de los hechos, en vez de embriagarse, como Blum, con una retórica vacua. Ahí se preparan contra cualquier sorpresa. Daladier, sin ninguna duda, se concierta con los jefes militares en torno a las medidas que deberían adoptarse en el caso de que los obreros manifestaran una actividad revolucionaria. Indudablemente, los generales se anticipan de buena gana a Daladier. Se dicen, en privado "Soportemos a Daladier mientras no hayamos terminado con los obreros; entonces podremos instalar a un amo más fuerte". Entre tanto, los dirigentes socialistas y comunistas repiten, un día tras otro, "nuestro amigo Daladier". El obrero debe responderles: "¡Dime con quién andas y te diré quién eres!" La gente que confía el ejército a Daladier, ese viejo agente del capital, es indigna de la confianza de los obreros.

El proletariado de España, igual que el de Francia, no desea, indudablemente, quedarse desarmado frente a Hitler y Mussolini. Pero tiene que aplastar al enemigo en su propio país para defenderse contra ellos. Es imposible derribar a la burguesía sin quebrar el cuadro de oficiales. Es imposible quebrar el cuerpo de oficiales sin derribar a la burguesía. En todas las contrarrevoluciones victoriosas, los oficiales han desempeñado el papel decisivo. Todas las revoluciones victoriosas, siempre que han tenido un profundo carácter social, han destruido el viejo cuerpo de oficiales. Así operó la Gran Revolución francesa a finales del siglo XVIII. Así operó la revolución de octubre de 1917. Sin embargo, para decidirse a adoptar esa medida, hay que dejar de arrastrarse de rodillas ante la burguesía radical. Hay que confiar en la fuerza, la iniciativa, el valor del proletariado. Será el proletariado el que sabrá ganarse al soldado. Será la alianza auténtica, y no adulterada, de los obreros, los campesinos y los soldados. Esta alianza está ahora creándose y templándose en el fuego de la guerra civil en España. La victoria del pueblo significará el fin del frente popular y el comienzo de la España soviética. La revolución social, vencedora en España, se expandirá inevitablemente al resto de Europa. Para los verdugos fascistas de Italia y Alemania, esto será indiscutiblemente más terrible que todos los pactos diplomáticos y todas las alianzas militares.

*30 de junio de 1936.*

## Los ultraizquierdistas en general y los incurables en particular. Algunas consideraciones teóricas

El pensamiento marxista es concreto, es decir, considera todos los factores decisivos o importantes en torno a una cuestión determinada, no sólo en sus relaciones recíprocas, sino también en su desarrollo. No disuelve la situación del momento presente en la perspectiva general, sino que, mediante la perspectiva general, hace posible el análisis de la situación presente con toda su particularidad. La política empieza precisamente con este análisis concreto. El pensamiento oportunista, así como el pensamiento sectario, tienen en común el extraer, de la complejidad de las circunstancias y de las fuerzas, uno o dos factores que les parecen ser los más importantes -y que, de hecho, a veces lo son-, los aíslan de la realidad compleja y les atribuyen una fuerza sin límites ni restricciones.

En la prolongada época de anteguerra, el reformismo utilizó de este modo factores muy importantes, pero temporales: el poderoso desarrollo del capitalismo, la elevación del nivel de vida del proletariado, la estabilidad de la democracia, etc. Ahora es el sectarismo el que se sirve de las tendencias y de los factores más importantes: la decadencia del capitalismo, el descenso del nivel de vida de las masas, la descomposición de la democracia, etc. Sin embargo, del mismo modo que el reformismo en la época precedente, el sectarismo transforma las tendencias históricas en factores todopoderosos y absolutos. Los "ultraizquierdistas" detienen el análisis allí donde éste no hace más que empezar. Oponen a la realidad un esquema hecho. Sólo que las masas viven en la realidad. Por esto es que el esquema sectario no tiene la menor influencia en la mentalidad de los obreros. El sectarismo, por su misma esencia, está destinado a la esterilidad.

El capitalismo imperialista no es ya capaz de desarrollar las fuerzas productivas de la humanidad y, por esta razón, no puede conceder a los obreros ni concesiones materiales ni reformas sociales efectivas. Todo esto es exacto. Pero todo esto sólo es exacto a escala de toda una época. Hay ramas de la industria que se han desarrollado, después de la guerra, con una fuerza prodigiosa (automóvil, aviación, electricidad, radio), pese al hecho de que el nivel general de la producción no se haya elevado o se haya elevado muy poco por encima del nivel de anteguerra y de la guerra. Esta economía en podredumbre conoce, además, flujos y reflujos. Los obreros no acaban casi nunca con la lucha, que a veces resulta victoriosa. Es cierto que el capitalismo vuelve a tomar a los obreros, con la mano derecha; lo que les ha dado con la izquierda. Así es como el alza de los precios aniquila las grandes conquistas de la era de Léon Blum. Pero este resultado, determinado por la intervención de distintos factores, empuja, a su vez, a los obreros en el camino de la lucha. Es precisamente esta poderosa dialéctica de nuestra época la que abre una perspectiva revolucionaria.

Un dirigente sindical que se dejara guiar exclusivamente por la tendencia general del capitalismo en podredumbre para renunciar a toda lucha económica y parcial sería, de hecho, y a pesar de sus concepciones "revolucionarias", un agente de la reacción. Un dirigente sindical marxista no sólo debe considerar las tendencias generales del capitalismo, sino también analizar los rasgos específicos de la situación, la coyuntura, las condiciones locales, así como también el elemento psicológico, para proponer una actitud de combate, de expectativa o de retroceso.

Tan sólo en base a esta actividad práctica, íntimamente ligada a la experiencia de la gran masa, puede el dirigente sindical desvelar las tendencias generales del capitalismo en podredumbre y educar a los obreros para la revolución.

Es verdad que nuestra época se caracteriza políticamente por una lucha sin cuartel entre el socialismo (comunismo) y el fascismo. Pero esto no significa, desgraciadamente, que el proletariado sea ya, en todas partes, consciente de esta alternativa, ni que pueda, en un país dado, en un momento dado, desinteresarse de la lucha parcial por la salvaguardia de las libertades democráticas. La alternativa fundamental, comunismo o fascismo, establecida por Lenin, se ha convertido para muchos en una fórmula hueca de la que se sirven demasiado a menudo, los centristas de izquierda para cubrir sus capitulaciones, o los sectarios para justificar su inactividad.

Al entrar en el gobierno de la Generalitat de Cataluña, el malogrado Andrés Nin inició su declaración radiodifundida con esta tesis: "La lucha que comienza no es la lucha entre la democracia burguesa y el fascismo, como piensan algunos, sino entre el fascismo y el socialismo". Esta fórmula era, por lo demás, corriente en el POUM. Todos los artículos de "La Batalla" sólo fueron interpretaciones y variaciones de ella. Hemos visto a algunos sectarios, en Bélgica, por ejemplo, apoderarse de esta fórmula para encontrar en ella la justificación total o parcial, de la política del POUM. Sin embargo, en la práctica, Nin transformó la fórmula leninista en su contrario: entró en un gobierno burgués que tenía por objetivo expoliar y asfixiar todas las adquisiciones, aplastar todos los puntos de apoyo de la revolución socialista naciente. El fondo de su pensamiento era, más o menos, el siguiente: puesto que esta revolución es una revolución socialista "por esencia", nuestra entrada en el gobierno no puede más que ayudarla. El sectario seudorrevolucionario se indigna: "La participación de Nin en el gobierno fue quizás un error, pero sería un crimen exagerar su importancia. ¿Acaso no reconoció Nin que la revolución era socialista "por esencia"?" Sí, lo proclamó, pero tan sólo para justificar una política que zapaba las bases de la revolución.

El carácter socialista de la revolución, determinado por los factores sociales fundamentales de nuestra época, no viene por ello, sin embargo, ya servido y garantizado desde el comienzo mismo del desarrollo revolucionario. A partir de abril de 1931, el gran drama español asumió el carácter de una revolución "republicana" y "democrática". Durante los años que siguieron, la burguesía pudo imprimir su sello a los acontecimientos, aunque la alternativa leninista de comunismo o fascismo conservara, en último análisis, toda su validez. Cuanto más los centristas de izquierda y los sectarios transforman esta alternativa en una ley suprahistórica, tanto menos

capaces son de arrebatarse a las masas de la influencia burguesa. Es más, no hacen otra cosa que reforzar esta influencia. El POUM ha pagado cara esta experiencia, sin extraer de ello, desdichadamente, las enseñanzas necesarias.

Así como los centristas de izquierda se cubren con el nombre de Lenin, para encerrar a la revolución en su marco primitivo, el de la democracia burguesa, los ultraizquierdistas cogen de la misma alternativa leninista el derecho de ignorar y boicotear el desarrollo real de la revolución.

“La diferencia -respondí a un camarada norteamericano- entre el gobierno Negrín y el de Franco es la misma que hay entre la democracia burguesa en podredumbre y el fascismo.” Es en esta constatación elemental donde empieza nuestra orientación política. “¡Cómo! Clamarán los ultraizquierdistas, ¡se nos quiere acorralar en la elección entre la democracia burguesa y el fascismo! ¡Esto es oportunismo en estado puro! La revolución española, en el fondo, es la lucha entre el socialismo y el fascismo. La democracia burguesa no ofrece ninguna salida ...”, etc.

La alternativa “socialismo o fascismo” significa tan sólo, y ya es mucho, que la revolución española no puede resultar victoriosa más que por la dictadura del proletariado. Pero esto no significa en absoluto que la victoria esté garantizada de antemano. Una vez más, de lo que se trata, y toda la tarea política reside ahí, es de *transformar esta revolución híbrida, confusa, semiciega y semisorda, en una revolución socialista*. No basta con decir lo que es, también hay que saber partir de lo que es. Los partidos dirigentes, incluso los que hablan de socialismo, sin descartar al POUM, hacen todo lo que pueden por impedir la transformación de esta semirrevolución, mancillada y desfigurada, en una revolución consciente y completa. La clase obrera, impulsada por su instinto, logra, desde luego, en los momentos culminantes de la lucha revolucionaria, clavar jalones importantes, en el camino del socialismo. Pero sólo son jalones que, en el reflujo, son barridos por los partidos dirigentes. No es difícil saltar por encima de esta realidad contradictoria apoyándose en alguna generalización sociológica. Pero esto no hace avanzar las cosas ni un milímetro. Hay que superar las dificultades materiales mediante la acción, es decir, mediante una táctica apropiada a la realidad.

La lucha militar en España está dirigida, actualmente, por Franco, por un lado, y por otro por Negrín-Stalin. Si bien Franco representa el fascismo, Negrín y Stalin, en cambio, no representan en absoluto el socialismo. Representan, por el contrario, un freno “democrático” que detiene el movimiento hacia el socialismo. La alternativa *histórica* de “comunismo o fascismo” *no* ha encontrado todavía su expresión política. Lejos de ello. Desde julio de 1936, la revolución española se ve, incluso, rechazada muy atrás respecto al objetivo que Nin formulaba sin comprender. Pero la guerra civil en España sigue siendo, pese a todo, un hecho de importancia capital. Hay que tomar este hecho tal como es, es decir, como lucha armada entre dos campos sociales subyugados, en uno de los lados, por la democracia burguesa, y en el otro por el fascismo abierto. De lo que se trata es de encontrar una actitud justa ante esta lucha híbrida para transformarla, desde dentro, en lucha por la dictadura del proletariado.

El gobierno Negrín-Stalin es un freno cuasi-democrático en el camino del socialismo, pero es también un freno -ni seguro ni duradero, sin duda, pero un freno de todos modos- en el camino del fascismo. Quizá mañana, pasado mañana, pueda el proletariado español romper ese freno para adueñarse del poder. Pero si hoy ayudara a romperlo, aunque fuera pasivamente, no serviría más que al fascismo. La tarea no está tan sólo en apreciar teóricamente los dos campos en su justo valor, sino también en utilizar prácticamente su lucha para dar un salto adelante.

Los centristas de izquierda, igual que los "ultraizquierdistas" incurables, citan a menudo el ejemplo de la política bolchevique en el conflicto Kerenski-Kornilov, sin haber entendido nada. El POUM dice: "Pero los bolcheviques lucharon al lado de Kerenski." Los ultraizquierdistas replican: "Pero los bolcheviques, incluso ante la amenaza de Kornilov, negaban toda confianza a Kerenski." Ambos tiene razón... a medias, es decir, ambos están completamente equivocados. Los bolcheviques no permanecieron neutros entre los campos de Kerenski y Kornilov. Aceptaron el mando oficial mientras no fueron lo bastante fuertes para derribarlo. Fue precisamente en el mes de agosto, con el levantamiento de Kornilov, cuando empezó el ascenso prodigioso de los bolcheviques. Este ascenso sólo fue posible gracias al doble aspecto de la política bolchevique. Los bolcheviques, aun participando en primera línea en la lucha contra Kornilov, no asumieron la menor responsabilidad por la política de Kerenski; al contrario, la denunciaron como responsable del asalto reaccionario y por incapaz de dominarlo. Así fue como prepararon las premisas políticas de la revolución de octubre, en la que la alternativa de "bolchevismo o contrarrevolución (comunismo fascismo)" se convirtió, de tendencia histórica, en realidad viva e inmediata.

Debemos enseñar esta lección a la juventud. Debemos inculcarle el método marxista. En cuanto a los que hace decenas de años que han dejado atrás la edad escolar, y que se obstinan en oponernos constantemente -tanto a nosotros como a la realidad- las mismas fórmulas, que, por lo demás, han tomado de nosotros, hay que reconocerlos, públicamente, como incurables a los que es preciso mantener a varias leguas de los estados mayores donde se elabora la política revolucionaria.

*28 de septiembre de 1937.*

Parece ser que, mientras escribimos estas líneas, se está llevando a cabo, en España, una nueva "depuración", a una escala gigantesca. Según puede entenderse de reseñas de prensa deliberadamente confusas, el golpe se dirige esta vez, ante todo, contra los anarcosindicalistas. Es muy posible que esto sea la preparación de una reconciliación entre Negrín-Stalin y Franco. Pero no se puede descartar que la burocracia de Moscú, que piensa que todo puede solucionarse con la GPU, prepare de este modo una "victoria" que sigue escapándosele. En realidad, no puede hacer otra cosa que o bien preparar el triunfo de Franco, o bien alguna dictadura militar de un Miaja "republicano" que se parecerá a Franco como dos gotas de agua.

Tan sólo los imbéciles profundos pueden hacerse ilusiones acerca de los objetivos y los métodos de la camarilla staliniana o de la democracia negrenista. Muy bien



puede ser que la lucha entre los dos campos cese de golpe. Esta nueva situación dictaría una nueva táctica al servicio del mismo objetivo estratégico. No obstante, por el momento, continúa la lucha militar entre Negrín y Franco, y la táctica de hoy viene dictada por la situación de hoy.

*29 de septiembre de 1937.*

## Lección de España: última advertencia

### *Menchevismo y bolchevismo en España*

Las operaciones militares en Abisinia y Extremo Oriente están siendo estudiadas cuidadosamente por todos los estados mayores militares que preparan la futura gran guerra. Los combates del proletariado español, esos relámpagos anunciadores de la futura revolución internacional, deben estudiarse con no menos atención por parte de los estados mayores revolucionarios; sólo bajo esta condición podremos no vernos cogidos de improviso por los acontecimientos que se avecinan.

En el campo republicano se han enfrentado, con fuerzas desiguales, tres concepciones: el menchevismo, el bolchevismo y el anarquismo. En lo que respecta a los partidos republicanos burgueses, no tienen ni ideas ni importancia política independientes, y no han hecho más que mantenerse sobre los hombros de los reformistas y los anarquistas. Por lo demás, no sería en absoluto exagerado decir que los jefes del anarcosindicalismo español han hecho todo lo posible por desautorizar su doctrina y reducir prácticamente a cero su propia importancia. De hecho, en el campo republicano se han enfrentado dos doctrinas: el bolchevismo y el menchevismo.

De acuerdo con la concepción de los socialistas y los stalinianos, es decir, los mencheviques del a primera y la segunda leva, la revolución española sólo tenía que resolver tareas democráticas; por esto era necesario constituir un frente único con la burguesía "democrática". Desde este punto de vista, toda tentativa del proletariado de salirse de los marcos de la democracia burguesa era no sólo prematura, sino también funesta. Por lo demás, lo que estaba a la orden del día no era la revolución, sino la lucha contra Franco. El fascismo no es la reacción feudal, sino la reacción burguesa. El que no se pueda luchar contra esta reacción burguesa más que con las fuerzas y los métodos de la revolución proletaria es una moción que el menchevismo, siendo también él una rama del pensamiento burgués, no quiere ni puede hacer suya.

El punto de vista bolchevique, expresado hoy tan sólo por la joven sección de la IV Internacional, procede de la teoría de la revolución permanente, es decir, de la de que incluso las tareas puramente democráticas, como la liquidación de la propiedad de la tierra semifeudal, sólo pueden resolverse con la conquista del poder por el proletariado; lo que pone, a su vez, al orden del día la revolución socialista. Por lo demás, los mismos obreros españoles, desde los primeros pasos de la revolución, se asignaron en la práctica no sólo tareas democráticas, sino también otras puramente socialistas. Exigir que no se salga de los límites de la democracia burguesa significa, de hecho, no ya jugar a la revolución democrática, sino renunciar a ella. Tan sólo trastocando las relaciones sociales en el campo puede convertirse al campesino, masa principal de la población, en un poderoso baluarte contra el fascismo. Pero los propietarios de la tierra están vinculados, con lazos indisolubles, a la burguesía bancaria, industrial y comercial, así como a la intelligentsia burguesa que de ella

depende. El partido del proletariado se encontraba, de este modo, ante la necesidad de esta elección: o con las masas campesinas, o con la burguesía liberal. Incluir en una misma coalición a la vez a los campesinos y a la burguesía liberal no podía tener más que un objetivo: ayudar a la burguesía a engañar a los campesinos y a aislar a los obreros. La revolución agraria no podía realizarse más que contra la burguesía, y, por consiguiente, tan sólo por medio de las medidas de la dictadura del proletariado. No existe ningún régimen intermedio.

Desde el punto de vista de la teoría, lo que ante todo resulta chocante en la política española de Stalin es el completo olvido del ABC del leninismo. La Internacional Comunista, con un retraso de algunas decenas de años -¡y qué años!-, ha restablecido por completo en sus derechos la doctrina del menchevismo. Es más, se ha esforzado por dar a esta doctrina una expresión más "consecuente" y, por lo tanto, más absurda. En la Rusia zarista, a comienzos de 1905, la fórmula de la "revolución puramente democrática" tenía a su favor, en todo caso, infinitamente más argumentos que en España en 1937. No tiene nada de sorprendente que, en la España contemporánea, la política "obrera liberal" del menchevismo se haya convertido en la política antiobrera, reaccionaria, del stalinismo. Con ello, la doctrina del menchevismo, esa caricatura del marxismo, se ha visto, a su vez, caricaturizada.

### *La teoría del frente popular*

Sería ingenuo, sin embargo, pensar que a la raíz de la política del Comintern en España se encuentren determinados "errores" teóricos. El stalinismo no se guía por la teoría marxista, ni por ninguna teoría, sea cual sea, sino que lo hace empíricamente, en base a los intereses de la burocracia soviética. En privado, los cínicos de Moscú se rien de la "filosofía" del frente popular al estilo Dimitrov. Pero tienen a su disposición, para engañar a las masas, a numerosos cuadros de propagandistas de esta fórmula sagrada, sinceros o encanallados, ingenuos o charlatanes. Louis Fischer, con su ignorancia y su suficiencia, con su estado de espíritu de discursador provinciano orgánicamente sordo para la revolución, es el más repugnante de los representantes de esta poco atrayente cofradía. La "unión de las fuerzas progresistas", el "tríunfo de las ideas del frente popular", el "golpe asestado por los trotskistas a la unidad de las filas antifascistas"... ¿Quién creería que hace noventa años que fue escrito el *Manifiesto comunista*?

Los teóricos del frente popular no van más allá, en el fondo, de la primera regla de la aritmética, la de la suma: la suma de los comunistas, los socialistas, los anarquistas y los liberales es superior a cada uno de sus términos. Sin embargo, la aritmética no basta, en este asunto. Se necesita, por lo menos, la mecánica: la ley del paralelogramo de fuerzas se verifica incluso en política. La resultante, como se sabe, es tanto más corta cuanto más divergen entre ellas las distintas fuerzas. Cuando unos aliados políticos tiran en sentidos contrarios, la resultante es nula. El bloque de los distintos agrupamientos políticos de la clase obrera es absolutamente necesario para resolver tareas comunes. En determinadas circunstancias históricas en que tal o cual bloque es capaz de atraer hacia él a las masas pequeñoburguesas oprimidas, cuyos intereses están cerca de los del proletariado, la fuerza común de

semejante bloque puede ser mucho más importante que la resultante de las fuerzas que lo constituyen. En cambio, la alianza del proletariado con la burguesía, cuyos respectivos intereses, actualmente, en las cuestiones fundamentales, forman un ángulo de 180 grados, no puede, por regla general, más que paralizar la fuerza revolucionaria del proletariado.

La guerra civil, en la que la fuerza de la sola violencia tiene poco juego, exige de sus participantes una suprema abnegación. Los obreros y los campesinos sólo pueden lograr la victoria cuando combaten por su propia emancipación. Someterlos, en estas condiciones, a la dirección de la burguesía significa garantizar anticipadamente su derrota en la guerra civil.

Estas verdades no son, de ningún modo, fruto de un análisis puramente teórico. Representan, por el contrario, la conclusión irrefutable de toda la experiencia histórica, al menos desde 1848. La historia moderna de las sociedades burguesas está plagada de frentes populares de toda especie, es decir, de las más diversas combinaciones políticas aptas para engañar a los trabajadores. La experiencia española no es más que un nuevo eslabón trágico en esta cadena de crímenes y de traiciones.

### *La alianza con la sombra de la burguesía*

El hecho más sorprendente, desde el punto de vista político, es que, en el frente popular español, no había, en el fondo, ningún paralelogramo de fuerzas: el puesto de la burguesía estaba ocupado por su sombra. Por medio de los stalinianos, los socialistas y los anarquistas, la burguesía española subordinó al proletariado sin ni siquiera tomarse la molestia de participar en el frente popular: la aplastante mayoría de los explotadores de todos los matices políticos se había pasado al campo de Franco. La burguesía española comprendió, sin ninguna teoría de la revolución permanente, desde el comienzo del movimiento revolucionario de las masas, que, cualquiera que fuera su punto de partida, ese movimiento se dirigía contra la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, y que era imposible terminar con él con los medios de la democracia.

Por esto sólo quedaron en el campo republicano residuos insignificantes de la clase poseedora, los señores Azaña, Companys y sus semejantes, abogados políticos de la burguesía, pero en absoluto la burguesía misma. Las clases poseedoras, habiéndolo apostado todo en el de la dictadura militar, supieron, al mismo tiempo, utilizar a los que ayer eran sus representantes políticos para paralizar, desagregar, y luego asfixiar, el movimiento socialista de las masas en el territorio "republicano".

Los republicanos de izquierda, que no representaban ya, bajo ningún título, a la burguesía española, representaban aún menos a los obreros y los campesinos: no representaban a nadie aparte de a sí mismos. Sin embargo, gracias a sus aliados socialistas, stalinianos y anarquistas, esos fantasmas políticos desempeñaron un papel decisivo en la revolución. ¿Cómo? Sencillamente, como encarnación del principio de la revolución democrática, es decir, de la inviolabilidad de la propiedad

privada.

### *Los stalinianos en el frente popular*

Las causas de la aparición del frente popular español y su mecánica interna están muy claras. La tarea de los jefes en retirada del ala izquierda de la burguesía consistía en detener la revolución de las masas y en recobrar la confianza perdida de los explotadores: ¿para qué Franco, si nosotros, republicanos, podemos hacer lo mismo? En este plano esencial, los intereses de Azaña y de Companys coincidían plenamente con los de Stalin, para el cual era preciso conquistar la confianza de las burguesías inglesa y francesa mostrándose capaz de proteger el orden contra la anarquía. Azaña y Companys servían, necesariamente, de cobertura a Stalin frente a los obreros: él, Stalin, está, evidentemente, por el socialismo, pero no puede rechazar a la burguesía republicana. Stalin resulta necesario para Azaña y Companys como verdugo experto, que goza de una autoridad revolucionaria. Sin él, reducidos a un amasijo de nulidades, no hubieran podido ni se hubieran atrevido a atacar a los obreros.

Los reformistas tradicionales de la II Internacional, que hace tiempo han perdido la cabeza ante el curso de la lucha de clases, recobraron cierta seguridad con el apoyo de Moscú. Este apoyo, por lo demás, no fue concedido a todos los reformistas; sino tan sólo a los más reaccionarios: Caballero representaba la cara del partido socialista que estaba girada hacia la aristocracia obrera, mientras que Negrín y Prieto seguían volviendo la mirada hacia la burguesía. Negrín ha vencido a Caballero con la ayuda de Moscú. Los socialistas de izquierda y los anarquistas, prisioneros del frente popular, se han esforzado, es verdad, por salvar de la democracia lo que podía salvarse. Pero al no haber sido capaces de movilizar a las masas contra los gendarmes del frente popular sus esfuerzos, a fin de cuentas, han quedado reducidos a lamentables lloriqueos. Los stalinianos se han encontrado, de este modo, aliados con el ala más derechista, más abiertamente burguesa, del partido socialista. Han dirigido sus golpes contra la izquierda, contra el POUM, los anarquistas y los socialistas de izquierda, es decir, contra los agrupamientos centristas que reflejaban, aunque imperfectamente, la presión de las masas revolucionarias.

Este hecho político, significativo en sí mismo, da también la medida de la degeneración del Comintern en el curso de los últimos años. En otro momento, definimos al stalinismo como un centrismo burocrático; los acontecimientos han aportado un determinado número de pruebas de la exactitud de esta afirmación, pero hoy está superada. Los intereses de la burocracia bonapartista no corresponden ya al carácter híbrido del centrismo. En su búsqueda de arreglos con la burguesía, la camarilla staliniana sólo es capaz de aliarse con los elementos más conservadores de la aristocracia obrera en todo el mundo; con ello, queda definitivamente establecido el carácter contrarrevolucionario del stalinismo en la arena mundial.

## *Las ventajas contrarrevolucionarias del stalinismo*

Hemos llegado al nudo de la solución del enigma: ¿cómo y por qué el partido comunista español, insignificante tanto numéricamente como por sus dirigentes, ha sido capaz de concentrar en sus manos todos los resortes del poder, pese a la presencia de organizaciones socialistas y anarquistas incomparablemente más poderosas? La explicación habitual, de acuerdo con la cual los stalinianos, sencillamente, han canjeado el poder por armas soviéticas es superficial. En precio de sus armas, Moscú ha recibido el oro español. Eso bastaba según las leyes del mercado capitalista. ¿Cómo ha logrado Stalin obtener también el poder en este trato? Ordinariamente, se responde: aumentando su autoridad ante las masas mediante equipamiento militar, el gobierno soviético ha podido exigir, como condición para su ayuda, medidas decisivas contra los revolucionarios, apartando, así, de su camino a adversarios peligrosos. Esto es indiscutible, pero es tan sólo un aspecto de la cuestión, y el menos importante. A pesar de la "autoridad" obtenida gracias a los suministros soviéticos, el partido comunista español ha seguido siendo una pequeña minoría, y se ha topado con el odio creciente de los obreros. Por otra parte, no bastaba con que Moscú estableciera condiciones: era también preciso que Valencia las aceptara. Ahí está el fondo del problema. Ya que no tan sólo Companys y Negrín, sino también, Caballero, cuando era presidente del consejo, fueron, de buen o mal grado, al encuentro de las exigencias de Moscú. ¿Por qué? Porque esos señores, por su lado, querían mantener la revolución dentro del marco burgués.

Ni los socialistas, ni siquiera los anarquistas, se han opuesto seriamente al programa staliniano. Tenían miedo de la ruptura con la burguesía. Tenían un pánico mortal ante cada ofensiva revolucionaria de los obreros. Gracias a sus armas y a su ultimátum contrarrevolucionario, Stalin ha sido, para todos esos grupos, un salvador. Les facilitaba, en efecto, lo que deseaban, la victoria militar sobre Franco, y, al mismo tiempo, los liberaba de toda responsabilidad por el curso de la revolución. Se apresuraron, pues, a dejar de lado sus máscaras socialistas y anarquistas, con la esperanza de utilizarlas de nuevo cuando Moscú hubiera restablecido para ellos la democracia burguesa. Para colmo de comodidad esos caballeros podían justificar su traición al proletariado con la necesidad del acuerdo militar con Stalin; este último, por su parte, justificaba su política contrarrevolucionaria con la necesidad del acuerdo con la burguesía republicana.

Sólo desde este punto de vista más amplio, se nos hace comprensible la angelical paciencia que han demostrado ante los representantes de la GPU esos campeones del derecho y de la libertad que son Azaña, Companys, Negrín, Caballero, García Oliver y demás. Si no tuvieron opción, como dicen, ellos no se debe en absoluto a que no tuvieran ninguna otra forma de pagar los aviones y los tanques que con "cabezas" revolucionarias y con derechos obreros, sino porque les resultaba imposible realizar su propio programa "puramente democrático", es decir, antisocialista, si no era mediante el terror. Cuando los obreros y los campesinos entran en la vía de la revolución, es decir, se apoderan de las fábricas, de las grandes propiedades, echan a los antiguos propietarios y toman el poder localmente, entonces la contrarrevolución, burguesa democrática, staliniana o fascista -todo se relaciona-, no tiene ya otro

medio de detener el movimiento que la violencia sangrienta, el embuste y el engaño. La ventaja de la camarilla staliniana en esta vía consistía en que se puso de inmediato a aplicar unos métodos que desbordaban a Azafia, Companys, Negrín y sus demás aliados de "izquierda".

### *Stalin confirma, a su modo, la teoría de la revolución permanente*

De este modo, se han enfrentado, en el territorio de España, dos programas. Por un lado, el de la salvaguardia a cualquier precio de la propiedad privada contra el proletariado, y, si fuera posible, de la salvaguardia de la democracia contra Franco. Por el otro lado, el programa de abolición de la propiedad privada mediante la conquista del poder por el proletariado. El primero expresaba el programa del capital por intermedio de la aristocracia obrera, de las eminencias de la pequeña burguesía y, sobre todo, de la burocracia soviética. El segundo traducía, en idioma marxista, las tendencias, no plenamente conscientes, pero sí poderosas, del movimiento revolucionario de las masas. Por desgracia para la revolución, entre el puñado de los bolcheviques y el proletariado revolucionario estaba el tabique contrarrevolucionario del frente popular.

La política del frente popular, por su parte, no estuvo en absoluto determinada por el chañraje de Stalin como proveedor de armas. El chantaje, indudablemente, va incluido en las condiciones internas de la revolución misma. El fondo social de ésta había sido, durante los seis años precedentes, la creciente ofensiva de las masas contra la propiedad semifeudal y burguesa. Fue precisamente la necesidad de defender esta propiedad la que arrojó a la burguesía a los brazos de Franco. El gobierno republicano había prometido a la burguesía defender la propiedad con medicinas «democráticas», pero registró, sobre todo en julio de 1936, un fracaso total. Cuando la situación se hizo aún más amenazadora en el frente de la propiedad que, en el frente militar, los demócratas de todo pelaje, incluyendo a los anarquistas, se inclinaron ante Stalin, y este último no encontró en su arsenal más métodos que los de Franco.

Sin las persecuciones contra los trotskistas, los poumistas, los anarquistas revolucionarios y los socialistas de izquierda, sin las sucias calumnias, los documentos falsificados, las torturas en las cárceles stalinianas, los asesinatos por la espalda, sin todo eso, la bandera burguesa, bajo la bandera republicana, no se hubiera mantenido ni dos meses. La GPU se hizo dueña de la situación porque defendió de forma más consecuente que otros, es decir, con mayor astucia y crueldad, los intereses de la burguesía contra el proletariado.

En el curso de su lucha contra la revolución socialista, el demócrata Kerenski buscó un apoyo, ante todo, en la dictadura militar de Kornilov; luego trató de volver a Petrogrado en los furgones del general monárquico Krasnov. Los bolcheviques, por su parte, para llevar hasta el fin la revolución democrática, tuvieron que derribar el gobierno de los charlatanes y los discursadores democráticos. Haciéndolo, pusieron fin, de paso, a todas las tentativas de dictadura militar o fascista.

La revolución española revela, una vez más, que es imposible defender la democracia contra las masas revolucionarias si no es con los métodos de la reacción fascista. Y, a la inversa, es imposible llevar una verdadera lucha contra el fascismo más que con los métodos de la revolución proletaria. Stalin ha luchado contra el trotskismo (la revolución proletaria) destruyendo la democracia por medio de medidas bonapartistas y de la GPU. Esto refuta una vez más, y definitivamente, la vieja teoría menchevique, de la que se ha apropiado el Comintern, teoría que divide la revolución socialista en dos capítulos históricos independientes, separados entre ellos en el tiempo. La obra de los verdugos de Moscú confirma, a su modo, la justeza de la teoría de la revolución permanente.

### *El papel de los anarquistas*

Los anarquistas no han tenido, en la revolución española, ninguna posición independiente. No han hecho más que oscilar entre el menchevismo y el bolchevismo. Más precisamente, los obreros anarquistas tendía instintivamente a encontrar una salida en la vía bolchevique (19 de julio de 1936, jornadas de mayo de 1937), mientras que los jefes, por el contrario, empujaban a las masas, con todas sus fuerzas, al campo del frente popular, es decir, al del régimen burgués.

Los anarquistas han dado prueba de una fatal incomprensión de las leyes de la revolución y de sus tareas tratando de limitarse a los sindicatos, es decir, a unas organizaciones de los tiempos de paz, impregnadas de rutina e ignorando lo que ocurría fuera, entre las masas, en los partidos políticos y en el aparato del estado. Si los anarquistas hubieran sido unos revolucionarios, hubieran llamado, ante todo, a la creación de soviets que reunieran a todos los representantes de la ciudad y del campo, incluyendo a los representantes de esos millones de hombres sometidos a la máxima explotación y que no habían entrado nunca en los sindicatos. En los soviets, los obreros revolucionarios hubieran ocupado, naturalmente, una posición dominante. Los stalinianos se hubieran encontrado en insignificante minoría. El proletariado se hubiera convencido de su fuerza invencible. El aparato del estado burgués no se hubiera sostenido ya en nada. No hubiera sido necesario un golpe demasiado fuerte para que ese aparato cayera pulverizado. La revolución socialista hubiera recibido un poderoso impulso. El proletariado francés no, hubiera permitido por mucho tiempo que Léon Blum bloqueara la revolución proletaria al otro lado de los Pirineos.

La burocracia de Moscú no hubiera podido permitirse un lujo semejante. Las más difíciles cuestiones se hubieran resuelto por sí solas.

En lugar de esto, los anarco sindicalistas, que trataban de refugiarse en la política de los sindicatos, se vieron, con gran sorpresa de todo el mundo y de ellos mismos, haciendo de quinta rueda del carro de la democracia burguesa. No por mucho tiempo, ya que la quinta rueda no tiene utilidad. Después de que García Oliver y cía. hubieron ayudado a Stalin y a sus acólitos a arrebatárles el poder a los obreros, los anarquistas fueron echados del gobierno del frente popular. Entonces disimularon el miedo del pequeño burgués ante el gran burgués, el del pequeño burócrata ante el



gran burócrata, bajo discursos lacrimosos sobre la santidad del frente único (de las víctimas con los verdugos) y sobre la imposibilidad de admitir ninguna dictadura, la suya incluida. "Hubiéramos podido tomar el poder en julio de 1936... Hubiéramos podido tomar el poder en mayo de 1937 ...". Así era cómo los anarquistas imploraban a Negrín y a Stalin que les reconocieran y recompensaran su traición a la revolución. Un espectáculo repugnante.

Esta autojustificación "No tomamos el poder, no porque no pudiéramos, sino porque no quisimos, porque estamos contra toda dictadura, etc.", encierra, por sí sola, una condena del anarquismo como doctrina completamente contrarrevolucionaria. Renunciar a la conquista del poder significa dejárselo voluntariamente a los que ya lo tienen, a los explotadores. El fondo de toda revolución ha consistido siempre y sigue consistiendo en llevar al poder a una nueva clase, dándole así todas las posibilidades de realizar su programa. No se puede hacer la guerra sin desear la victoria. Nadie hubiera podido impedir a los anarquistas que establecieran, tras la toma del poder, el régimen que les hubiera parecido, adihitiendo, claro está, que fuera realizable. Pero los mismos jefes anarquistas habían perdido la fe en él. Se apartaron del poder, no porque estuvieran contra toda dictadura de hecho si tanto se les mega..., sino porque habían abandonado completamente sus principios y perdido su valor, si es que alguna vez habían tenido una y otra cosa. Tenían miedo. Tenían miedo de todo, del aislamiento, de la intervención, del fascismo; tenían miedo de Stalin, tenían miedo de Negrín. Pero de lo que más miedo tenían esos bocazas era de las masas revolucionarias.

La negativa a conquistar el poder arroja, inevitablemente, a cualquier organización obrera a la charca del reformismo, y la convierte en juguete de la burguesía; no puede ser de otro modo, dada la estructura de clase de la sociedad.

Al levantarse contra el objetivo, la toma del poder, los anarquistas no podían, a fin de cuentas, dejar de levantarse contra los medios, contra la revolución. Los jefes de la CNT y de la FAI ayudaron a la burguesía, no tan sólo a mantenerse en la sombra del poder en julio de 1936, sino también a restablecer, fragmento a fragmento, lo que había perdido de un solo golpe. En mayo de 1937 sabotearon la insurrección de los obreros, salvando con ello la dictadura de la burguesía. De este modo, el anarquista, que sólo pretendía ser antipolítico, se encontró, de hecho, siendo antirrevolucionario, y, en los momentos más críticos, contrarrevolucionario.

Los teóricos anarquistas que, después del gran examen de los años 1931 a 1937, repiten las eternas cantinelas reaccionarias sobre Kronstadt y afirman que el stalinismo es producto inevitable del marxismo y del bolchevismo, no hacen, con ello, más que demostrar que están muertos para siempre para la revolución.

¿Decís que el marxismo es, en sí mismo, violencia, y que el stalinismo es su descendencia legítima? ¿Por qué entonces nosotros, los marxistas revolucionarios, libramos una lucha a muerte contra el stalinismo en el mundo entero? ¿Por qué la camarilla staliniana ve en el trotskismo a su principal enemigo? ¿Por qué cualquier proximidad con nuestras concepciones o nuestro sistema de acción (Durruti,

Andrés Nin, Landau y otros) obliga a los gangsters del stalinismo a recurrir a una represión sangrienta? ¿Por qué, por otra parte, los jefes del anarquismo español, en el momento de los crímenes de la GPU en Moscú y en Madrid, eran ministros de Caballero-Negrín, es decir, de los servidores de la burguesía y de Stalin? ¿Por qué, incluso ahora, bajo el pretexto de la lucha contra el fascismo, siguen siendo los narquistas prisioneros voluntarios de Stalin-Negrín, es decir, de los verdugos de la revolución por su incapacidad para luchar contra el fascismo?

Los abogados del anarquismo que predicán por Kronstadt y por Makhno no engañan a nadie. En el episodio de Kronstadt y en la lucha contra Makhno, defendimos la revolución proletaria frente a la contrarrevolución campesina. Los anarquistas españoles han defendido y siguen defendiendo la contrarrevolución burguesa frente a la revolución proletaria. Ningún sofisma podrá hacer desaparecer de la historia el hecho de que el anarquismo y el stalinismo se han encontrado en el mismo lado de la barricada, y las masas revolucionarias y los marxistas en el otro lado. Esta es la verdad que entrará para siempre en la conciencia del proletariado.

### *El papel del POUM*

Con el POUM, las cosas no son mucho mejores. Desde luego, ha intentado, teóricamente, apoyarse en la fórmula de la revolución permanente (es por esto que los stalinianos han tratado de trotskistas a los poumistas), pero la revolución no se contenta de simples reconocimientos teóricos. En lugar de movilizar a las masas contra los jefes reformistas, incluyendo a los anarquistas, el POUM intentaba convencer a esos caballeros de las ventajas del socialismo sobre el capitalismo. Era en base a este diapasón que estaban afinados todos los artículos y discursos de los dirigentes del POUM. Para no desvincularse de los jefes anarquistas, dejaron de organizar células propias en la CNT, y, en general, no hicieron dentro de ella ningún trabajo. Por eludir conflictos agudos, no realizaron ningún trabajo en el ejército republicano. En lugar de esto, edificaron sus "propios sindicatos" y sus "propias milicias", que defendían sus propios edificios, y se ocuparon de sus propios sectores de frente. Al aislar a la vanguardia revolucionaria de la clase, el POUM debilitaba a la vanguardia y dejaba a las masas sin dirección. Políticamente, el POUM ha permanecido mucho más cerca del frente popular, cubriendo su ala izquierda, que del bolchevismo. Si el POUM ha caído, víctima de una represión sangrienta y artera, es porque el frente popular no podía llevar a cabo su misión de asfixiar la revolución socialista más que abatiendo, pieza, a pieza, su propia ala izquierda.

A pesar de sus intenciones, el POUM ha constituido, a fin de cuentas, el principal obstáculo en el camino de la construcción de un partido revolucionario. Muy grande es la responsabilidad que han asumido los partidarios platónicos o diplomáticos de la IV Internacional, como el jefe del partido socialista revolucionario holandés, Sneeliet, al sostener abiertamente al POUM en su carácter híbrido, su indecisión, su tendencia a dejar de lado las cuestiones candentes, en una palabra, en su centrismo. La revolución no puede ponerse de acuerdo con el centrismo. Lo desenmascara y lo aniquila. Y, de paso, compromete a los abogados y amigos del centrismo. Ésta es una de las lecciones más importantes de la revolución española.

## *El problema del armamento*

Los socialistas y los anarquistas que tratan de justificar su capitulación ante Stalin por la necesidad de pagar las armas de Moscú con el abandono de toda conciencia y de todo principio, sencillamente mienten, y mienten estúpidamente. Sin duda alguna, muchos de ellos hubieran preferido salirse del paso sin asesinatos y falsificaciones. Pero cada fin impone sus medios. Desde abril de 1931, es decir, desde mucho antes de la intervención militar de Moscú, los socialistas y los anarquistas han hecho todo lo que han podido para frenar la revolución proletaria. Stalin les ha enseñado cómo llevar este trabajo hasta el final. Si se han convertido en cómplices de Stalin es porque perseguían los mismos objetivos políticos.

Si los jefes anarquistas hubieran sido mínimamente revolucionarios, hubieran podido replicar, desde el primer chantaje de Moscú, no sólo con la continuación de la ofensiva socialista, sino también mediante la divulgación, ante la clase obrera mundial, de las condiciones contrarrevolucionarias establecidas por Stalin. Con ello, hubieran colocado a la dictadura de Moscú entre la revolución socialista y la dictadura de Franco. La burocracia thermidoriana teme la democracia y la odia. Pero también teme verse asfixiada en el anillo fascista. Depende, además, de los obreros. Todo autoriza a suponer que Moscú se hubiera visto obligado a proporcionar armas, y quizás, incluso, a precios más módicos.

Pero no se acaba el mundo en el Moscú de Stalin. Al cabo de año y medio de guerra civil, podría estar desarrollada la industria de guerra, española, adaptando a las necesidades de la guerra una serie de fábricas civiles. Si este trabajo no se ha llevado a cabo, ello se debe únicamente a que las iniciativas de las organizaciones obreras han sido combatidas tanto por Stalin como por sus aliados españoles. Una industria de guerra fuerte se hubiera convertido en un poderoso instrumento en manos de los obreros. Los jefes del frente popular prefieren depender de Moscú.

Es precisamente en esta cuestión, donde se revela con especial claridad el papel pérfido del frente popular, que imponía a las organizaciones obreras proletarias la responsabilidad de las transacciones traidoras entre la burguesía y Stalin. En la medida en que los anarquistas estaban en minoría, no podían, evidentemente, impedir que el bloque dirigente llegara a los compromisos que le pareciera con Moscú y los amos de Moscú, Londres y París, pero sí podían y debían, sin dejar de ser los mejores combatientes del frente, deslindarse claramente de las traiciones y los traidores, explicar a las masas la verdadera situación, movilizarlas contra el gobierno burgués, aumentar día a día sus fuerzas para, finalmente, adueñarse del poder y, con él, de las armas de Moscú.

Pero, ¿qué hubiera ocurrido si Moscú, debido a la ausencia del frente popular, se hubiera negado a entregar armas? ¿Y qué hubiera ocurrido, contestamos nosotros, si la Unión Soviética no hubiera existido? Hasta ahora, las revoluciones no han triunfado gracias a las protecciones extranjeras que les proporcionaran armas. Los protectores extranjeros se han encontrado, ordinariamente, del lado de la contrarrevolución. ¿Será necesario recordar las intervenciones francesa, inglesa y americana contra los

soviets? El proletariado de Rusia venció a la reacción interna y a los intervencionistas extranjeros sin apoyo militar exterior. Las revoluciones resultan victoriosas gracias, ante todo, a un programa social que da a las masas la posibilidad de apoderarse de las armas que están en su territorio y de desagregar al ejército enemigo. El ejército rojo se apoderó de las reservas militares francesas, inglesas, americanas, y arrojó al mar a los cuerpos expedicionarios extranjeros. ¿Es que ya se ha olvidado esto?

Si hubiera habido, a la cabeza de los obreros y los campesinos armados, es decir, a la cabeza de la España republicana, revolucionarios en vez de cobardes agentes de la burguesía, el problema del armamento de ningún modo hubiera tenido un papel de primer plano. El ejército de Franco, sin dejar de lado a los rifeños coloniales y a los soldados de Mussolini, no estaba en absoluto inmunizado contra el contagio revolucionario. Los soldados fascistas, rodeados por todos lados por las llamas de la revolución socialista, hubieran quedado reducidos a una cantidad insignificante. No eran armas lo que faltaba en Madrid y en Barcelona, ni tampoco "genios" militares. Lo que faltaba era el partido revolucionario.

### *Las condiciones de la victoria.*

Las condiciones para la victoria de las masas en la guerra civil contra los opresores son, en el fondo, muy simples.

1. Los combatientes del ejército revolucionario deben tener plena conciencia de que combaten por su completa emancipación social y no por el restablecimiento de la vieja forma (democrática) de explotación.

2. Lo mismo debe ser comprendido por los obreros y los campesinos, tanto en la retaguardia del ejército revolucionario como en la del ejército enemigo.

3. La propaganda, en el frente propio, en el frente adversario y en la retaguardia de los dos ejércitos, tiene que estar totalmente impregnada por el espíritu de la revolución social. La consigna: "Primero la victoria, después las reformas", es la fórmula de todos los opresores y explotadores, empezando por los reyes bíblicos y terminando por Stalin.

4. La victoria viene determinada por las clases y capas que participan en la lucha. Las masas deben disponer de un aparato estatal que exprese, directa e inmediatamente, su voluntad. Este aparato sólo puede ser construido por los soviets de diputados de los obreros, campesinos y soldados.

5. El ejército revolucionario no sólo debe proclamar, sino también llevar a cabo inmediatamente, en las provincias conquistadas, las más urgentes medidas de la revolución social: expropiación y entrega a los necesitados de las reservas existentes de productos alimenticios, manufacturados, etc., redistribución de los alojamientos en provecho de los trabajadores, y sobre todo de las familias de los combatientes, expropiación de la tierra y de los instrumentos agrícolas en provecho de los campesinos, establecimiento del control obrero sobre la producción y del

poder soviético en sustitución de la antigua burocracia.

6. Deben expulsarse, inexorablemente, del ejército revolucionario los enemigos de la revolución socialista, es decir, los elementos explotadores y sus agentes, aunque se disfracen con la máscara de "demócrata", de "republicanos", de "socialista" o de "anarquista".

7. A la cabeza de cada división debe figurar un comisario con una autoridad irreprochable, como revolucionario y como combatiente.

8. En cada división militar debe existir un núcleo cohesionado formado por los combatientes más abnegados, recomendados por organizaciones obreras. Los miembros de este núcleo tienen un privilegio, el de ser los primeros en entrar en fuego.

9. El cuerpo de mando comprende, necesariamente, en los primeros tiempos, a muchos elementos extranjeros y poco seguros. Su verificación y su selección deben realizarse sobre la base de la experiencia militar, de las atestaciones aportadas por los comisarios y de las opiniones de los combatientes rasos. Al mismo tiempo, deben dedicarse esfuerzos a la preparación de comandantes procedentes de las filas de los obreros revolucionarios.

10. La estrategia de la guerra civil tiene que combinar las reglas del arte militar con las tareas de la revolución social. No sólo en la propaganda, sino también en las operaciones militares, es preciso tomar en cuenta la composición social de las distintas partes del ejército adversario (voluntarios burgueses, campesinos movilizados, o, como en el caso del ejército de Franco, esclavos coloniales), y, al elegir las líneas de operaciones, hay que tomar en cuenta, estrictamente, la cultura social de las correspondientes regiones del país (regiones industriales, campesinas, revolucionarias o reaccionarias, regiones de nacionalidades oprimidas, etc.). En breve término, la política revolucionaria domina la estrategia.

11. El gobierno revolucionario, como comité ejecutivo de los obreros y los campesinos, tiene que ser capaz de conquistar la confianza del ejército y del pueblo trabajador.

12. La política exterior debe tener como principal objetivo despertar la conciencia revolucionaria de los obreros, los campesinos y las nacionalidades oprimidas del mundo entero.

### *Stalin ha garantizado las condiciones de la derrota*

Las condiciones de la victoria son, como vemos, perfectamente sencillas. Su conjunto se denominada revolución socialista. Ninguna de estas condiciones se ha dado en España. La razón principal de ello está en que no había partido revolucionario. Stalin ha intentado, desde luego, transportar al terreno de España los procedimientos exteriores del bolchevismo: buró político, comisarios, células, GPU, etc. Pero había vaciado estas formas de su contenido socialista. Había repudiado el programa

bolchevique y, junto con él, los soviets como forma necesaria de la iniciativa de las masas. Ha puesto la técnica del bolchevismo al servicio de la propiedad burguesa. Imaginaba, en su mezquindad burocrática, que los comisarios eran capaces por sí solos de garantizar la victoria. Pero los comisarios de la propiedad privada sólo han sido capaces de garantizar la derrota.

El proletariado ha manifestado capacidades combativas de primer orden. Gracias a su peso específico en la economía del país, gracias a su nivel político y cultural, estaba, desde el primer día de la revolución, no por debajo, sino por encima del proletariado ruso de comienzos de 1917. Sus propias organizaciones han sido los obstáculos principales en el camino de la victoria. La camarilla que detentaba el mando, concertada con, la contrarrevolución, se componía de agentes a sueldo, de arribistas, de elementos desclasados y de desechos sociales de toda especie. Los representantes de las demás organizaciones obreras, reformistas inveterados, bocazas, anarquistas, centristas incurables del POUM, gruñían, vacilaban, suspiraban, maniobraban, pero, a fin de cuenta, se adaptaban a los stalinianos. El resultado de todo su trabajo fue que el campo de la revolución social (obreros y campesinos) se vio sometido a la burguesía, o, más exactamente, a su sombra, perdió su carácter, perdió su sangre. No faltaron ni el heroísmo de las masas ni el valor de revolucionarios aislados. Pero las masas quedaron abandonadas a ellas mismas, y los revolucionarios fueron marginados, sin programa, sin plan de acción. Los jefes militares se preocuparon más del aplastamiento de la revolución social que de las victorias militares. Los soldados perdieron la confianza en sus comandantes, las masas **5** en el gobierno; los campesinos se mantuvieron al margen, los obreros se cansaron, las derrotas se sucedían unas a otras, la desmoralización aumentaba. No era difícil prever todo esto desde el comienzo de la guerra civil. El frente popular, al fijarse como tarea la salvación del régimen capitalista, estaba destinado a la derrota militar. Stalin, poniendo al bolchevismo cabeza abajo, ha cumplido con éxito el papel central de sepulturero de la revolución.

La experiencia española, dicho sea de paso, demuestra una vez más que Stalin no entendió nada de la revolución de octubre ni de la guerra civil. Su lento espíritu provinciano se quedó retrasado respecto al curso impetuoso de los acontecimientos entre 1917 y 1921. Todos aquellos de sus discursos y artículos de 1917 en que expresaba un pensamiento propio contienen ya toda su última doctrina thermidoriana. En este sentido, el Stalin de la España de 1937 es el continuador del Stalin de la conferencia de marzo de 1917. **6** Sin embargo, en 1917 sólo estaba asustado por los obreros revolucionarios, mientras que en 1937, los ha estrangulado; el oportunismo se ha convertido en verdugo.

---

6. Referencia a la conferencia celebrada por el partido bolchevique en Petrogrado el 28 de marzo de 1917, cinco días antes de la llegada de Lenin a Petersburgo. En ella, Stalin defendió posiciones conciliadoras con el gobierno provisional y contrarias a la toma del poder por los bolcheviques, posiciones que mantuvo, durante los meses siguientes, en las columnas de "Pravda". Estas posiciones, por lo demás, eran dominantes en el partido bolchevique antes del regreso de Lenin, y lo siguieron siendo durante algún tiempo después de la formulación de las "Tesis de Abril". (N. del E.)

## *La guerra civil en la retaguardia*

“¡Pero para obtener la victoria sobre los gobiernos Caballero y Negrín hubiera sido precisa la guerra civil en la retaguardia de los ejércitos republicanos!”, grita, asustado, el filósofo demócrata. ¡Como si, a falta de esto, no se hubiera producido en el seno de la España republicana una guerra civil, la más artera y deshonesta de todas ellas, la guerra de los propietarios y los explotadores contra los obreros y los campesinos! Esta guerra incesante se tradujo en detenciones y asesinatos de revolucionarios, en desarme de los obreros, en armamento de la policía burguesa, y finalmente en el abandono, en el frente, sin armas ni refuerzos, de los destacamentos obreros, supuestamente en interés del desarrollo de la industria de guerra. Cada uno de estos actos constituye un severo golpe contra el frente, una abierta traición militar, dictada por los intereses de clase de la burguesía. Sin embargo, el filisteo “demócrata”, ya sea estaliniano, socialista o anarquista, considera que la guerra civil de la burguesía contra el proletariado, incluso en la misma retaguardia inmediata del frente, es una guerra natural e inevitable que tiene por objeto “garantizar la unidad del frente popular”. En cambio, la guerra civil del proletariado contra la contrarrevolución republicana aparece, ante los ojos del mismo filisteo, como una guerra criminal, “fascista”, “trotskista”, que destruye la unidad de las fuerzas antifascistas. Decenas de Norman Thomas, de Attlee, de Otto Bauer, de Zyromski, de Malraux, y de pequeños traficantes de mentiras tipo Duranty y Louis Fischer difunden esta sensatez por todo el mundo. Entre tanto, el gobierno del frente popular se desplaza de Madrid a Valencia y de Valencia a Barcelona.

Si bien, tal como atestiguan los hechos, sólo la revolución socialista es capaz de aplastar al fascismo, por otra parte la insurrección del proletariado no es concebible más que si la clase dominante se ve atezada por grandes dificultades. Sin embargo, los filisteos demócratas invocan precisamente estas dificultades para demostrar que la insurrección proletaria es inadmisibles. Si el proletariado espera a que los filisteos demócratas le anuncien la hora de su emancipación, será esclavo eternamente. Enseñar a los obreros a reconocer a los filisteos reaccionarios bajo todas sus máscaras y a despreciarlos, sean estas máscaras las que sean, es la primera tarea y la principal obligación revolucionaria.

## *El desenlace*

La dictadura del stalinismo en el campo republicano, por su misma naturaleza, no tendrá larga duración. Si las derrotas provocadas por la política del frente popular lanzaran, una vez más, al proletariado español a una ofensiva revolucionaria, victoriosa en esta ocasión, la camarilla estaliniana quedaría marcada con un hierro candente. Pero si, como es más verosímil, Stalin consigue llevar hasta el final su trabajo de sepulturero de la revolución, ni siquiera en este caso logrará gratitud. La burguesía española lo ha necesitado como verdugo, pero no le resulta útil como protector y preceptor. Londres y París por un lado, y Berlín y Roma por otro, resultan, a sus ojos, mucho más serios que Moscú. Es posible que el mismo Stalin quiera retirarse de España antes de la catástrofe definitiva. Esperaría, de este modo, hacer

recaer la responsabilidad de la derrota en sus propios aliados. Tras lo cual Litvinov solicitaría de Franco el restablecimiento de las relaciones diplomáticas. Ya hemos visto eso varias veces.

Sin embargo, la victoria total del ejército republicano sobre Franco no significaría el triunfo de la democracia. Los obreros y los campesinos han llevado, por dos veces, al poder a los republicanos, así como a sus agentes: en abril de 1931 y en febrero de 1936. Las dos veces, los héroes del frente popular cedieron la victoria del pueblo a los más reaccionarios de los representantes de la burguesía. Una tercera victoria de los generales del frente popular significa su acuerdo inevitable con la burguesía fascista acosta de los obreros y los campesinos. Un régimen semejante no sería más que otra forma de la dictadura militar, quizás sin monarquía ni abierta dominación de la iglesia católica.

Finalmente, es posible que las victorias parciales de los republicanos sean utilizados por intermediarios anglofranceses "desinteresados" para reconciliar a los beligerantes. No es fácil comprender que, en el curso de tal variante, los últimos restos de la democracia serían asfixiados en los fraternales abrazos de los generales, Miaja (comunista) y Franco (fascista). Repitémoslo, solo puede vencer, ya sea la revolución socialista, ya el fascismo.

No hay que descartar todavía, por lo demás, que la tragedia de lugar, en el último momento, a una farsa. Cuando los héroes del frente popular tengan que abandonar su última capital, antes de subir al barco o al avión, no dejarán de proclamar una serie de reformas socialistas, para dejar de ellos un buen recuerdo al pueblo. Pero esto no les servirá de nada. Los obreros de todo el mundo recordarán con odio y desprecio a los partidos que habrán conducido a su perdición a un pueblo heroico.

La trágica experiencia de España es una advertencia amenazadora, tal vez la última advertencia antes de acontecimientos aún más grandiosos, dirigida a todos los obreros del mundo entero. Las revoluciones, en palabras de Marx, son las locomotoras de la historia, avanzan más aprisa que el pensamiento de los partidos mitad o un cuarto revolucionarios. El que se detiene cae bajo las ruedas de la locomotora. Por otra parte, y éste es el principal peligro, muchas veces la misma locomotora descarrila. Debe penetrarse en el problema de la revolución hasta el fondo, hasta sus últimas consecuencias concretas. Hay que conformar la política de acuerdo con las leyes fundamentales de la revolución, es decir, de acuerdo con el movimiento de las clases en lucha y no con los temores y los prejuicios superficiales de los grupos pequeñoburgueses que se hacen llamar frente popular y un montón de otras cosas. La línea de menor resistencia demuestra ser, en la revolución, la línea del peor fracaso. El miedo a aislarse de la burguesía conduce al aislamiento respecto a las masas. La adaptación a los prejuicios conservadores de la aristocracia obrera significa la traición a los obreros y a la revolución. El exceso de prudencia es la más funesta imprudencia. Ésta es la principal lección del hundimiento de la organización política más honesta de España, el POUM, partido centrista. Manifiestamente, los grupos del Buró de Londres no quieren o no saben extraer las conclusiones necesarias de la última advertencia de la historia. Por ello, se destinan a sí mismos a la perdición.



Existe ahora, en cambio, una nueva generación de revolucionarios que se educa en las lecciones de las derrotas. Ha verificado en los hechos la reputación de ignominia de la II Internacional. Ha medido la profundidad de la caída de la III Internacional. Ha aprendido a juzgar a los anarquistas, no por sus palabras, sino por sus actos. Ésta es una gran escuela, una inapreciable. escuela, pagada con la sangre de innumerables combatientes. Los cuadros revolucionarios se agrupan ahora bajo la sola bandera de la IV Internacional. Ha nacido bajo el rugir de las derrotas para conducir a los trabajadores a la victoria.

*Coyoacán, 17 de diciembre de 1937.*

## Clase, partido y dirección: ¿por qué ha sido vencido el proletariado español? (cuestiones de teoría marxista)

Hasta qué punto ha retrocedido el movimiento obrero es algo que no puede juzgarse a partir tan sólo del estado de las organizaciones de masas, sino también estudiando los reagrupamientos ideológicos en curso y las investigaciones teóricas en las que tantos grupos han ientrado. En Paris se publica el periódico "Que faire?" que, por una razón u otra, es considerado como marxista, pero que en realidad se sitúa por completo en el marco del empirismo de los intelectuales burgueses de izquierda y de esos trabajadores aislados que han adquirido todos los vicios de los intelectuales.

Igual que todos los grupos que no poseen ni bases teóricas, ni programa, ni tradiciones, ese pequeño periódico ha tratado de agarrarse a las faldas del POUM, que parecía ofrecer a las masas un atajo hacia la victoria. Sin embargo, el resultado de la revolución española es, a primera vista, inesperado: ese periódico no ha progresado, sino que ha retrocedido. En realidad, eso está en la naturaleza de las cosas. Se han tensado al máximo las contradicciones entre la pequeña burguesía y el conservadurismo, por un lado, y las necesidades de la revolución proletaria por otro. Nada tan lógico como que los defensores e intérpretes de la política del POUM se hayan visto empujados hasta muy atrás, tanto en el plano político como en el plano teórico.

"Que faire?" no tiene, en sí mismo ni por sí mismo, la menor importancia. Pero presenta un interés a título de síntoma. Por esto nos parece útil detenernos en su apreciación de las causas de la derrota de la revolución española, en la medida en que pone de relieve las características actuales del ala izquierda del seudomarxismo.

### "Que faire?" explica

Empezaremos por reproducir literalmente la siguiente cita, sacada de una reseña del folleto *L'Espagne livrée*,<sup>7</sup> de nuestro camarada Casanova:

"¿Por qué ha sido aplastada la revolución? "Porque -responde el autor-, el PC llevaba una política equivocada, seguida, desgraciadamente, por las masas revolucionarias". Pero ¿por qué diablos las masas revolucionarias, que han abandonado a sus antiguos dirigentes, se han alineado bajo las banderas del PC? "Porque el verdadero partido revolucionario no estaba maduro". Nos encontramos en plena tautología. Política equivocada seguida por las masas, partido no maduro, eso es, o bien la manifestación de una determinada disposición de las fuerzas sociales (inmadurez de la clase obrera,

---

7. Este escrito de Casanova fue publicado en diciembre de 1939 por la Ligue Communiste francesa. Existe versión castellana en esta misma editorial: M. Casanova, *La guerra de España*, Fontamara, Barcelona, 1978. (N. del E.)

ausencia del campesinado), que debe explicarse a partir de los hechos narrados, entre otros, por el mismo Casanova o bien es el efecto de la acción de determinados individuos o grupos de individuos malsanos, no contrarrestada por unos esfuerzos equivalentes por parte de los "individuos puros", los únicos cualificados para salvar revoluciones. Tras haber rozado la primera vía, la vía marxista, Casanova se lanza resueltamente en la segunda. Nos encontramos en plena demonología. El responsable de la derrota es el diablo en jefe, Stalin, secundado por los diablillos, los anárquistas y los demás: la fatalidad ha querido que el dios de los revolucionarios no haya enviado a España a un Lenin o un Trotsky, como hizo en Rusia en 1917."

Y viene la conclusión lógica: "He aquí dónde se llega cuando se pretende imponer, a cualquier precio, a los hechos la ortodoxia reseca de una capilla".

Esta arrogancia teórica es tanto más espléndida cuanto que es difícil concebir cómo ha sido posible hacer caber en unas pocas líneas tantas observaciones banales, triviales o erróneas, características del estilo filisteo conservador.

El autor del pasaje citado se guarda mucho de dar la menor explicación de la derrota de la revolución española: se contenta con indicar que se debe recurrir a explicaciones más profundas, como "el estado de las fuerzas sociales". No es por casualidad que son evitadas, de este modo, las explicaciones. Estos críticos del bolchevismo son, todos ellos, unos teóricos temerosos por la sencilla razón de que no tienen nada sólido bajo los pies. Para no tener que desvelar su propia quiebra, tienen que hacer malabarismos con los hechos y dar vueltas en torno a las opiniones de los demás. Se limitan a alusiones y a medias ideas, como si no tuvieran tiempo de dar definiciones extraídas de su propia cordura. En realidad, la cordura les falta por completo. Su arrogancia es inseparable de su charlatanería intelectual.

Analícemos, una por una, las alusiones y medias ideas de nuestro autor. Según él, una política errónea de las masas sólo puede explicarse como "manifestación de un determinado estado de las fuerzas sociales", es decir, por la "inmadurez de la clase obrera» y la "ausencia del campesinado". A los aficionados a las tautologías no les resultaría fácil encontrar otras igual de idiotas. ¿Una "política errónea" de las masas se explica por su "inmadurez"? Pero, ¿qué es la "inmadurez" de las masas? Es, evidentemente, su predisposición a seguir una política errónea. ¿En qué consistía esta política errónea? ¿Quiénes eran sus iniciadores? ¿Las masas o los dirigentes? Nuestro autor no abre boca en este punto. Y, mediante esta tautología, transfiere la responsabilidad a las masas. Este clásico truco, empleado por todos los traidores, los desertores y sus abogados, repugna especialmente cuando se trata del proletariado español.

### *La sofística de los traidores*

En 1936 -por no remontarnos más lejos-, los obreros españoles rechazaron el ataque de los oficiales que habían madurado su conspiración bajo el ala protectora del frente popular. Las masas improvisaron milicias y construyeron comités obreros, reductos de su propia dictadura. Por su parte, las organizaciones dirigentes del

proletariado ayudaron a la burguesía a disolver estos comités, a poner fin a los asaltos de los obreros contra la propiedad privada y a subordinar las milicias obreras al mando de la burguesía, con el POUM, por añadidura, participando en el gobierno y asumiendo directamente, de este modo, su parte de responsabilidad en el trabajo de la contrarrevolución. ¿Qué significa, en un caso como éste, la "inmadurez" del proletariado? Evidentemente, significa tan sólo que, pese a que las masas adoptaran una línea justa, no fueron capaces de romper la coalición de los socialistas, los stalinianos, los anarquistas y el POUM con la burguesía. Este modelo de sofisma procede del concepto de una especie de madurez absoluta, es decir, de una condición de perfección de las masas en la que no tienen ya ninguna necesidad de dirección, y, es más, en la que son capaces de vencer contra su propia dirección. Ahora bien, semejante madurez no existe ni puede existir.

"Pero, ¿por qué unos obreros que demuestran un instinto revolucionario tan certero y aptitudes óptimas para el combate irían a someterse a una dirección traidora?", objetarán nuestros sabios. Contestaremos que no ha existido el menor rastro de semejante sumisión. La línea de combate seguida por los obreros cortaba, en todo momento, la línea de la dirección según un ángulo determinado, y, en los momentos más críticos, este ángulo era de 180 grados. La dirección, entonces, directa o indirectamente, ayudaba a someter a los obreros por la fuerza de las armas.

En mayo de 1937, los obreros de Cataluña se levantaron no sólo a pesar de su propia dirección, sino contra ella. Los dirigentes anarquistas -burgueses patéticos y despreciables, con disfraces baratos de revolucionarios- han repetido, desde entonces, en su prensa, cientos de veces, que si la CNT hubiera querido tomar el poder en mayo lo hubiera logrado sin dificultad. Y, por una vez, lo que dicen los anarquistas es la pura verdad. La dirección del POUM se colgó literalmente de las faldas de la CNT, y se contentó con cubrir su política con una fraseología distinta. Sólo gracias, a esto logró la burguesía aplastar aquel levantamiento de mayo de ese proletariado "carente de madurez". Es preciso no haber comprendido nada de todo lo que se refiere a las relaciones entre la clase y el partido, entre las masas y sus dirigentes, para repetir la frase hueca según la cual las masas españolas no hicieron más que seguir a su dirección. Lo más que puede decirse al respecto es que las masas, que intentaron incansablemente abrirse paso hacia la vía justa, descubrieron que la construcción, en medio del fuego del combate, de una nueva dirección que respondiera a las necesidades de la revolución era una tarea que desbordaba sus fuerzas. Estamos en presencia de un proceso dinámico en el que las distintas fases de la revolución se suceden rápidamente, en cuyo curso la dirección, o incluso distintos sectores de la dirección, desertan y se pasan de golpe al lado del enemigo de clase, mientras que la dirección que consideran nuestros sabios permanece puramente estática: ¿por qué la clase obrera en su conjunto siguió a una mala dirección?

### *La manera dialéctica de abordar el problema*

Existe un viejo adagio que refleja la concepción evolucionista y liberal de la historia: un pueblo tiene el gobierno que -se merece. La historia, sin embargo, nos muestra que un solo y mismo pueblo puede tener, en el curso de un período relativamente

breve, gobiernos muy distintos (Rusia, Italia, Alemania, España, etc.), y, además, que el orden en que éstos se suceden no sigue siempre el mismo sentido, del despotismo hacia la libertad, como imaginan los liberales evolucionistas. El secreto de este estado de hecho reside en que un pueblo se compone de clases hostiles, y en que esas clases, por su parte, están formadas por capas distintas; parcialmente opuestas entre ellas, con direcciones distintas. Es más, todo pueblo recibe la influencia de otros pueblos, compuestos a su vez por clases. Los gobiernos no son la expresión de la "madurez" siempre creciente de un "pueblo", sino el producto de la lucha entre las distintas clases y entre las distintas capas dentro de cada clase, y, finalmente, de la acción de fuerzas externas -alianzas, conflictos, guerras, etc.-. Hay que añadir que un gobierno, a partir del momento en que se establece, puede durar mucho más tiempo que la relación de fuerzas de la que ha surgido. Es precisamente a partir de tales contradicciones históricas que se producen las revoluciones, ]OS golpes de estado, las contrarrevoluciones.

Se tiene que emplear el mismo método dialéctico para abordar la cuestión de la dirección de una clase. Nuestros sabios, igual que los liberales, admiten tácitamente el axioma según el cual cada clase tiene la dirección que se merece. En realidad, la dirección no es en absoluto un "simple reflejo" de una clase o el producto de su propia potencia creadora. Una dirección se constituye a través de los choques entre las distintas clases o de las fricciones entre las distintas capas de una clase determinada. Pero una vez aparece, la dirección se eleva inevitablemente por encima de su clase y, por ello mismo, corre el peligro de sufrir la presión y la influencia de otras clases. El proletariado puede "tolerar" largo tiempo a una dirección que ha sufrido ya una total degeneración interna, pero que no ha tenido ocasión de manifestarla en el curso de grandes acontecimientos. Es necesario un fuerte choque histórico para que se revele agudamente la contradicción que existe entre la dirección y la clase. Los choques históricos más poderosos son las guerras y las revoluciones. Precisamente por esto la clase obrera se encuentra muchas veces cogida de improviso por la guerra y la revolución. Sin embargo, cuando la vieja dirección ha revelado ya su propia corrupción interna, la clase no puede improvisar inmediatamente una nueva dirección, y menos aún cuando no ha heredado del período precedente unos cuadros revolucionarios sólidos, capaces de aprovechar el hundimiento del viejo partido dirigente. La interpretación marxista, es decir, dialéctica, y no escolástica, de las relaciones entre una clase y su dirección no deja piedra sobre piedra de los sofismas legalistas de nuestro autor.

### *Cómo se produjo la maduración de los obreros rusos*

Nuestro autor concibe la madurez del proletariado como un fenómeno puramente estático. Sin embargo, en el curso de una revolución, la conciencia de clase es el proceso más dinámico imaginable, y es el que determina directamente el curso de la revolución. ¿Era posible, en enero de 1917, o incluso en marzo, tras el derrocamiento del zarismo, contestar a la pregunta de si el proletariado ruso había "madurado" lo bastante como para tomar el poder al cabo de ocho o nueve meses? En aquel momento, la clase obrera era extremadamente heterogénea social y políticamente.

Durante los años de guerra, se había renovado en un 30 o un 40 %, a partir de las filas de la pequeña burguesía, a menudo reaccionaria, a expensas de los campesinos atrasados, a expensas de las mujeres y de los jóvenes. En marzo de 1917, sólo una pequeña minoría de la clase obrera seguía al partido bolchevique, y, además, en su seno reinaba la discordia. Una aplastante mayoría de obreros sostenía a los mencheviques y a los "socialistas-revolucionarios", es decir, a socialpatriotas conservadores. La situación era todavía menos favorable en cuanto al ejército y al campesinado. También hay que mencionar el nivel cultural del país, generalmente bajo, y la falta de experiencia política en las más amplias capas del proletariado, particularmente en provincias, por no hablar ya de los campesinos y los soldados.

¿Cuál era el activo del bolchevique? Tan sólo Lenin poseía una concepción revolucionaria clara, elaborada en sus menores detalles, al comienzo de la revolución. Los cuadros rusos del partido estaban dispersos y notablemente desorientados. Pero el partido gozaba de autoridad entre los obreros avanzados, y Lenin tenía una gran autoridad sobre los cuadros del partido. Su concepción política correspondía al desarrollo real de la revolución, y la ajustaba con cada nuevo acontecimiento. Estos elementos del activo hicieron milagros en una situación revolucionaria, es decir, en las condiciones de una encarnizada lucha de clases. El partido alineó rápidamente su política hasta hacer que respondiera a la concepción de Lenin, es decir, al verdadero curso de la revolución. Gracias a esto, encontró un firme apoyo en decenas de millares de trabajadores avanzados. En unos pocos meses, basándose en el desarrollo de la revolución, el partido fue capaz de convencer a la mayoría de los trabajadores de la justeza de sus consignas. Esta mayoría, organizada en los soviets, fue capaz, a su vez, de atraer a los obreros y a los campesinos. ¿Cómo podría abarcarse este desarrollo dinámico, dialéctico, por medio de una fórmula de "madurez" o "inmadurez" del proletariado? Lenin fue un factor colosal en la maduración del proletariado ruso en febrero de 1917. Lenin no había caído del cielo. Encarnaba la tradición revolucionaria de la clase obrera. Ya que, para que las consignas de Lenin encontraran el camino de las masas, tenían que existir cuadros, por débiles que fueran en un comienzo; era preciso que estos cuadros tuvieran confianza en su dirección, confianza que se fundaba en la experiencia pasada. Rechazar estos elementos en los cálculos significa, sencillamente, ignorar la revolución viva, remplazarla por una abstracción, "la relación de fuerza", ya que el desarrollo de las fuerzas se modifica incesante y rápidamente bajo el impacto de los cambios en la conciencia del proletariado, debido a que las capas más avanzadas atraen a las más atrasadas, a que la clase va adquiriendo confianza en sus propias fuerzas. El elemento principal, vital, de este proceso es el partido, así como el elemento principal y vital del partido es su dirección. El papel y la responsabilidad de la dirección, en una época revolucionaria, tienen una importancia gigantesca.

### *Relatividad de la "madurez"*

La victoria de octubre constituye un sólido testimonio de la "madurez" del proletariado. Pero es relativo. Unos años más tarde fue ese mismo proletariado el que permitió que la revolución fuera estrangulada por una burocracia surgida de sus propias filas.

La victoria no es, en absoluto, la fruta madura de la "madurez" del proletariado. La victoria es una tarea estratégica. Es preciso utilizar las condiciones favorable de una crisis revolucionaria para movilizar a las masas; es preciso, tomando como punto de partida su nivel dado de "madurez", empujarlas hacia adelante, enseñarles a darse cuenta de que el enemigo no es absolutamente omnipotente, de que está desgarrado por contradicciones, de que reina el pánico detrás de su imponente fachada. Si el partido bolchevique no hubiera logrado llevar a cabo este trabajo, ni siquiera se podría hablar de revolución proletaria. Los soviets hubieran sido aplastados por la contrarrevolución, y los sabihondos de todos los países hubieran escrito artículos y libros en base al leit-motiv de que sólo unos visionarios impenitentes podían soñar, en Rusia, en la dictadura de un proletariado tan débil numéricamente y tan inmaduro.

### *El papel auxiliar de los campesinos*

Igualmente abstracta, pedante y equivocada es la referencia a la "ausencia" del campesinado. ¿Dónde y cuándo ha visto nuestro sabio, en una sociedad capitalista, a un campesinado con un programa revolucionario independiente o con una capacidad independiente de acción revolucionaria? El campesinado puede desempeñar un papel inmenso en la revolución, pero tan sólo un papel auxiliar.

En muchos casos, los campesinos españoles actuaron con audacia y lucharon valientemente. Sin embargo, para que se levantara toda la masa del campesinado, hubiera sido preciso que el proletariado diera el ejemplo de un levantamiento decisivo contra la burguesía e inspirara a los campesinos la confianza en la posibilidad de victoria. Ahora bien, la iniciativa revolucionaria del proletariado mismo se veía paralizada, a cada paso, por sus propias organizaciones.

La "inmadurez" del proletariado, la "ausencia" del campesinado, no constituyen factores últimos ni fundamentales en los acontecimientos históricos. Lo que subtiende la conciencia de las clases son las clases mismas, su fuerza numérica, su papel en la vida económica. Lo que subtiende a las clases es un sistema de producción específico, que está a su vez determinado por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. ¿Por qué, entonces, no explicar la derrota del proletariado por el bajo nivel de su tecnología?

### *El papel de las personalidades*

Nuestro autor sustituye por un determinismo mecánico el condicionamiento dialéctico del proceso histórico. De ahí esas fáciles burlas sobre el papel de los individuos, buenos o malos. La historia es un proceso de lucha de clases. Pero las clases no adquieren todo su peso ni automática ni simultáneamente. En el proceso de la lucha, las clases crean distintos órganos, que desempeñan papeles importantes e independientes y están sujetos a deformaciones. Esto es lo que no permite comprender también el papel de las personalidades en la historia. Existen, naturalmente, grandes causas objetivas que han engendrado el régimen autocrático hitleriano, pero sólo los

pedantes y obtusos profesores de "determinismo" podrían hoy negar el inmenso papel histórico desempeñado por el propio Hitler. La llegada de Lenin a Petrogrado, el 3 de abril de 1917, permitió que el partido bolchevique diera a tiempo el viraje y llevara a la revolución a la victoria. Nuestros sabios podrían decir que si Lenin hubiera muerto en el extranjero a principios de 1917 la revolución de octubre se habría producido "de la misma forma". Pero no es cierto. Lenin constituía uno de los elementos vivos del proceso histórico. Encarnaba la experiencia y la perspicacia de la sección más activa del proletariado. Su aparición, en el momento oportuno, en la arena de la revolución era necesaria para movilizar a la vanguardia y ofrecerle la posibilidad de conquistar a la clase obrera y a las masas campesinas. En los momentos cruciales de los momentos de cambio histórico, la dirección política puede convertirse en un factor tan decisivo como el que constituye el comandante en jefe en los momentos críticos de la guerra. La historia no es un proceso automático. Si no, ¿por qué hay dirigentes? ¿Por qué hay partidos? ¿Por qué hay programas? ¿Por qué hay luchas teóricas?

### *El stalinismo en España*

"Sin embargo -hemos oído, ya preguntar a nuestro autor-, ¿por qué diablos las masas revolucionarias, que han abandonado a sus antiguos dirigentes, se han alineado bajo las banderas del PC?" La pregunta está mal planteada. Es erróneo decir que las masas habían abandonado a todos sus antiguos dirigentes. Los obreros que antes estaban vinculados a organizaciones determinadas siguieron asidos a ellas, aunque observando y controlando. En términos generales, los obreros no rompen fácilmente con el partido que los ha despertado a la vida consciente. Y en este caso, además, se vieron engañados por el sistema de protección mutua que existía en el interior del frente popular: puesto que todo el mundo estaba de acuerdo, era que todo iba bien. Las nuevas masas, recientemente despertadas, se giraban, lógicamente, hacia el Comintern, como único Partido que había realizado una revolución proletaria victoriosa y que, según se esperaba, podía proporcionar armas a España. Más aún, el Comintern era el más celoso campeón de la idea del frente popular, y esto inspiraba confianza a las capas de obreros inexperirnentados. En el seno del frente popular, el Comintern era el más celoso campeón del carácter burgués de la revolución, y esto inspiraba confianza a la pequeña burguesía y a un sector de la burguesía media. He aquí por qué las masas "se alinearon bajo las banderas del PC".

Nuestro autor enfoca esta cuestión como si el proletariado se encontrara en una tienda bien provista eligiendo un par de zapatos nuevos. Pero ya se sabe que ni siquiera esta operación tan simple tiene siempre éxito. Cuando se trata de una nueva dirección, la elección está muy limitada. Tan sólo paso a paso, y únicamente en base a su propia experiencia, a través de las distintas etapas, acaban las más amplias capas de las masas por convencerse de que la nueva dirección es más firme, más segura, más leal que la vieja. Está fuera de duda el que, en el curso de la revolución, un partido débil pueda convertirse rápidamente en un partido poderoso, a condición tan sólo de que comprenda lúcidamente el curso de la revolución y posea cuadros probados, que no se dejen llevar por las palabras ni amedrentar por



la represión. Pero es preciso que semejante partido exista desde mucho antes de la revolución, en la medida en que el proceso de formación de cuadros exige unos plazos considerables y en que la revolución no permite disponer de ese tiempo.

### *La traición del POUM*

El POUM estaba, en España, a la izquierda de todos los demás partidos, y contaba en sus filas, indiscutiblemente, con sólidos elementos proletarios revolucionarios que tenían sólidos lazos anteriores con el anarquismo. Ahora bien, ese partido, precisamente, desempeñó un papel funesto en el desarrollo de la revolución española. No pudo convertirse en un partido de masas porque, para ello, hubiera tenido que demoler antes a los demás partidos, y esto sólo podía lograrse mediante una lucha sin compromisos, mediante una denuncia implacable de su carácter burgués. Pero el POUM, aun criticando a los viejos partidos, se subordinaba a ellos en todas las cuestiones fundamentales. Participó en el bloque electoral "popular"; entró en el gobierno que liquidó los comités obreros; luchó por reconstituir esta coalición gubernamental; capituló una y otra vez ante la dirección anarquista; en función de lo que precede, llevó una política errónea en los sindicatos, adoptó una actitud vacilante y no revolucionaria ante la insurrección de mayo de 1937. Bajo el ángulo del determinismo general, puede admitirse, desde luego, que su política no era accidental. Todo tiene una causa en este mundo. Sin embargo, la serie de causas que infundieron al POUM su carácter centrista no constituye, en absoluto, un simple reflejo del estado del proletariado catalán o español. Dos series causales fueron la una hacia la otra, bajo un ángulo determinado, y, en un momento dado, entraron en conflicto. Es posible, tomando en consideración su anterior experiencia internacional, la influencia de Moscú, la de cierto número de derrotas, etc., explicar, política y psicológicamente, por qué el POUM ha sido un partido centrista.

Pero esto no modifica en nada ese carácter centrista. Ni modifica el hecho de que un partido centrista desempeña, inevitablemente, el papel de freno en la revolución, ni el de que, de todas tenga que acabar rompiéndose el cráneo, ni el de que pueda conducir a la revolución a su aplastamiento. No altera en nada el hecho de que las masas catalanas fueran mucho más revolucionarias que el POUM, el cual era, a su vez, mucho más revolucionario que su dirección. En estas condiciones, hacer recaer la responsabilidad de la política equivocada que se siguió en la "irresponsabilidad" de las masas significa entrar en el terreno de la charlatanería en estado puro medio al que recurren a menudo los fracasados de la política.

### *Responsabilidad de la dirección*

La falsificación histórica consiste en atribuir la responsabilidad de la derrota española a las masas obreras y no a los partidos que paralizaron, o, sencillamente, aplastaron, el movimiento revolucionario de las masas. Los abogados del POUM niegan, sencillamente, el hecho de que los dirigentes deban cargar ninguna clase de responsabilidad, con objeto de no tener ellos que asumir sus propias responsabilidades. Esta filosofía de la impotencia, que busca la aceptación de las

derrotas como eslabones necesarios en la cadena de los desarrollos cósmicos, es totalmente incapaz de plantear, y se niega a plantear, la cuestión del papel de factores tan concretos como los programas, los partidos, las personalidades que organizaron la derrota. Esta filosofía del fatalismo y de la postración está opuesta diametralmente al marxismo, teoría de la acción revolucionaria.

La guerra civil es un proceso en cuyo transcurso se realizan con medios militares las tareas políticas. Si el resultado de tal guerra estuviera determinado por "el estado de las fuerzas de clase", la guerra misma sería innecesaria. La guerra tiene su propia organización, sus propios métodos, su propia dirección, y éstos determinan directamente su resultado. Naturalmente, el "estado de las fuerzas de clase" sirve de base a todos los demás factores políticos; pero de la misma forma que los cimientos de un inmueble no aminoran la importancia de los muros, las ventanas, las puertas y los techos, el "estado de las fuerzas de clase" no aminora en absoluto la importancia de los partidos, de su estrategia y de su dirección. Nuestros sabios, disolviendo lo concreto en lo abstracto, se han quedado, en realidad, a mitad de camino. La respuesta más "profunda" al problema planteado hubiera consistido en declarar que la derrota del proletariado español se debió al insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas. Pero semejante explicación está al alcance de cualquier imbécil.

Estos sabios, al reducir a cero la significación del partido y de su dirección, niegan la posibilidad general de una victoria revolucionaria. Ya que no existe ninguna razón para contar con la expectativa de condiciones más favorables. El capitalismo ha dejado de progresar, el proletariado ya no aumenta numéricamente, sino que, por el contrario, lo que aumenta es el ejército de los parados, lo cual no acrecienta, sino que reduce la potencia combativa del proletariado y produce también un efecto negativo en su conciencia. Tampoco existe ninguna razón para pensar que el campesinado sea capaz bajo el régimen capitalista, de alcanzar una conciencia revolucionaria más elevada. La conclusión del análisis de nuestro autor cae pues en el más completo pesimismo, en el abandono progresivo de las perspectivas revolucionarias. Sin embargo, siendo justos, debemos añadir que nuestros sabios no comprenden lo que ellos mismos dicen,

De hecho, lo que exigen de la conciencia de las masas es algo totalmente fantástico. Los obreros españoles, igual que los campesinos españoles, dieron todo lo que estas clases son capaces de dar en una situación revolucionaria; y estamos pensando, precisamente, en una clase constituida por millones y decenas de millones de tales individuos.

Pero "Que faire?" no representa más que una de esas pequeñas escuelas, iglesias o capillas que se asustan del curso de la lucha de clases y del asalto de la reacción, y que publican sus periodiquillos y su revistillas en su rincón, en caminos marginales, lejos de los desarrollos reales del pensamiento revolucionario, por no hablar siquiera del movimiento de las masas.

## *Represión de la revolución española*

El proletariado español fue víctima de una coalición formada por imperialistas, republicanos españoles, socialistas, anarquistas, stalinianos, y, en el flanco izquierdo, el POUM. Paralizaron, entre todos, la revolución socialista que el proletariado español había empezado, efectivamente, a llevar a cabo. No es fácil acabar con la revolución socialista. Nadie ha descubierto todavía otros medios para lograrlo que no sean la represión feroz, la matanza de la vanguardia, la ejecución de los dirigentes, etc. Naturalmente, el POUM no quería esto. Quería, por un lado, participar en el gobierno republicano e integrarse, como oposición pacífica y leal, al bloque general de los partidos dirigentes, y, por otro lado, mantener con ellos, en una época de guerra civil implacable, unas apacibles relaciones de camaradería. Precisamente por esto fue víctima de las contradicciones de su propia política. Dentro del bloque republicano, fueron los stalinistas los que siguieron la política más coherente. Constituyeron la vanguardia militante de la contrarrevolución burguesa-republicana. Querían eliminar la necesidad del fascismo demostrando a la burguesía española y mundial que ellos mismos eran capaces de estrangular la revolución española bajo la bandera de la "democracia". Esta fue la esencia de su política. Los fracasos del frente popular español intentan hoy cargar las culpas sobre la GPU. Pienso que no puede sospecharse indulgencia por nuestra parte frente a los crímenes de la GPU. Pero vemos claramente, y los decimos a los trabajadores, que, en este caso, la GPU no actuó más que como el destacamento más resuelto del frente popular. Ahí residía la fuerza de la GPU. En esto consistía el papel histórico de Stalin. Tan sólo un filisteo ignorante puede dejar de lado esta realidad con bromillas estúpidas sobre el "jefe de los demonios".

Estos caballeros ni siquiera se plantean la cuestión del carácter social de la revolución. Los lacayos de Moscú, a sueldo de Inglaterra y de Francia, proclamaron que la revolución española era una revolución burguesa. Sobre este fraude se construyó la pérfida política del frente popular, política que, por lo demás, igualmente hubieran sido completamente errónea si la revolución española hubiera sido realmente una revolución burguesa. Sin embargo, la revolución manifestó, desde un comienzo, su carácter proletario, mucho más netamente que en el caso de la revolución rusa de 1917. Hoy figuran en la dirección del POUM individuos que piensan que la política de Andrés Nin era demasiado "izquierdista", que la línea verdaderamente correcta hubiera sido permanecer como ala izquierda del frente popular. Pero la verdadera desgracia fue que Nin, cubriéndose con la autoridad de Lenin y la revolución de octubre, no podía hacerse a la idea de romper con el frente popular. Victor Serge, que no pierde ocasión de comprometerse, por frivolidad, en todas las cuestiones serias, escribe que Nin no quería someterse a órdenes procedentes de Oslo o de Coyoacán. ¿Cómo puede una persona seria reducir a comadreo tan mezquinos la cuestión del contenido de clase de la revolución? Los sabios de "Que faire?" no tienen ningún tipo de respuesta a esta pregunta. Ni siquiera comprenden el significado de la pregunta misma. ¿Qué significado puede tener, en realidad, el hecho de que el proletariado, "carente de madurez", creara sus propios órganos de poder y tratara de regular la producción después de apoderarse de las empresas, mientras que el POUM se empleó a fondo para no romper con los anarquistas burgueses que,

aliados con los republicanos burgueses y con los no menos burgueses socialistas y stalinianos, atacaban y estrangulaban la revolución proletaria? Semejantes bagatelas, naturalmente, sólo pueden presentar un interés para los representantes de una "ortodoxia reseca". Los sabios de "Que faire?" Poseen, en vez de esto, un instrumento especial que les permite medir la madurez del proletariado y las relaciones de fuerzas, con independencia de todas las cuestiones relativas a la estrategia revolucionaria de clase ... <sup>8</sup>

*Agosto de 1940.*

---

8. Éste fue uno de los escritos de Trotsky que quedaron interrumpidos por su asesinato, el 20 de agosto de 1940. Fue recompuesto a partir de los borradores. (N. del E.)